

Cuuuuuuuuueeeennnnntooooooooos...

Historia de un grito lastimero en Cali

Cuuuuuuuuueeeennnnntooooooooos...

Historia de un grito lastimero en Cali

Alejandra Rayo Saavedra y Luis Eduardo Bustamante



Cali, agosto de 2012

Cuuuuueennntooos...

ISBN 978-958-8713-37-3

Primera edición, marzo 2013

Autores

Alejandra Rayo Saavedra

Luis Eduardo Bustamante Coral

Gestión editorial

Dirección de Investigaciones y Desarrollo Tecnológico

Dirección Programa Editorial

Jorge Enrique Salazar Fierro

jesalazar@uao.edu.co

Coordinación Editorial

Claudia Lorena González González

clgonzalez@uao.edu.co

Diagramación y Corrección de Estilo

Juliana Caicedo

Foto de portada

Martha Isabel Calle

Impresión

Cargraphics S.A

2013 Universidad Autónoma de Occidente

Km. 2 Vía a Jamundí, A.A 2790 Cali, Valle del Cauca, Colombia

El contenido de esta publicación es responsabilidad absoluta
de sus autores

Y no compromete el pensamiento de la Institución.

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Este libro no podrá ser reproducido en todo o en parte, por ningún
medio impreso o de reproducción sin permiso escrito del titular
del copyright.

Prólogo de un escritor

Voy a contarles una historia. Imagine una fogata nocturna o un parque citadino. Mi voz retumba entre las sombras y mis manos se mueven dibujando figuras en el aire. Esta sería la mejor manera de prologar un libro sobre la narración oral en Cali; sin embargo, nos vemos limitados al papel y la tinta, por lo que empezaré de nuevo. Voy a contarles una historia. La de dos estudiantes universitarios que, además de querer graduarse, quieren hacer una investigación seria y exigente: quieren trabajar con sus habilidades literarias y dejar un documento que capture un capítulo de la historia de Cali.

Parece un relato de ficción

Y es inevitable pensar esto. En general, las prioridades de las universidades han cambiado de producir conocimiento a producir graduados. La clásica tesis en la que hay que enclaustrarse en una biblioteca o salir a hacer trabajo de campo quince horas diarias, está en vía de extinción. Cada vez aparecen nuevas opciones cuyas demandas parecen más monetarias y menos intelectuales. Y las tesis investigativas suelen encerrarse en un nicho académico que propone más lustre del ego que beneficio para la sociedad. Por

eso, cuando les cuento que estos estudiantes decidieron enfrentar una tarea titánica que podría dejar huella, parece ficción. Pero para agrado mío y de mi público imaginario, Luis y Alejandra, a quienes me atrevo a llamar por sus primeros nombres porque me han concedido el honor de hacerme su amigo, asumieron esta tarea y realizaron una tesis que merece algo mejor que descansar en un estante. Merece ser narración: una historia, un libro.

Las páginas que componen esta obra no dan cuenta real del trabajo que hubo detrás. El periodismo propuesto por Truman Capote y Germán Castro Caicedo se refleja en lo realizado por Luis y Alejandra. Decenas de entrevistas (horas de grabaciones y sus respectivas transcripciones), noches de escritura entre la inspiración y el oficio, todo contra el reloj, y el metabolismo, impulsado por el amor a la narración. Tras estas letras impresas hay una lección a los estudiantes que sólo quieren colgar un cartón y reclamar un cheque. Éste es un libro hijo de la dedicación y el sacrificio de dos enormes talentos que engalanaron a quienes tuvimos el honor de acompañarlos durante sus estudios.

Ahora la ciudad entera se beneficia de la tenacidad de Luis y Alejandra. Una historia no narrada, de esas que se pierden tras los titulares de violencia y narcotráfico, aflora en estas páginas: la de la narración oral. Los personajes aquí dibujados pueden tener la dimensión histórica de Amparo Arrebato o Riverita; son vecinos del Cali Pachanguero; caminan las mismas calles que Jovita Feijoo o Garabato. Ellos mismos se encargan de convertirse en leyenda cada vez que cuentan un cuento. Algún día se escribirán historias sobre ellos. Perdón, ya lo hicieron. Luis y Alejandra nos regalan una fotografía de la Cali joven, de la Univalle de los noventa; de la Colina de San Antonio, de la Loma de la Cruz, de los muchachos que se



sientan en un andén a beber vino de caja y no entienden porqué los viejos les dicen “cocacolos”. Este libro, más que un trabajo de grado, es una crónica de la vida en esta ciudad llamada Santiago de Cali.

Sin embargo, amable espectador de mi fogata imaginaria, la mejor manera de acercarse a las letras de Luis y Alejandra, es hacerlo con la curiosidad del que va a leer una novela; dejarse sorprender por los giros de una historia que es real; identificarse con los personajes literarios que a lo mejor viajan a su lado en el MÍO. Es decir, divertirse con una obra agradable de leer y que retrata en sus líneas a una generación: la de los cuenteros que divagan entre leyendas insondables, y la de los jóvenes que se dejan llevar a esos mundos maravillosos.

Oscar Perdomo Gamboa

Escritor tolimense

Santiago de Cali, 20 de agosto de 2012

www.oscarperdomogamboa.blogspot.com

www.caricaturasdevivianyoscar.blogspot.com



- 10

Nostalgiamos, pues:

Pero nunca habría existido, y es de justicia decirlo, sin la ayuda invaluable, directa o indirecta, de seres maravillosos. La lista es larga: Nicolás Buenaventura, Leonel Salas (QEPD), Miguel Miranda, Zien, Pedro Mario López, Alfredo Valderrama en cuya casa tuve la oportunidad de dar mis primeros pasos en aquellas veladas de cuentos; Pacho Gutiérrez y su espacio Tierra Mestiza (uno de los primeros lugares no universitarios que dio cabida a la cuentería en Cali) y, obviamente, mi mentor y amigo Walner Jaramillo, un ‘Duen-de’ de los pies a la cabeza con quien ya venía hablando la idea de crear un espacio para la cuentería, y me dio la oportunidad de compartir escenario y viajar a mi primer *Off Festival* en la ciudad de Bogotá, evento paralelo al Festival Iberoamericano de Teatro. en 1994.

En dicho festival, el ‘Duende’ me consiguió dormida en un sindicato donde canjeé el derecho a una cama por cuentos. Al amanecer, salía a contarle cuentos a la gente que hacía cola para ver el Festival Iberoamericano de Teatro, pero yo no imaginaba la magnitud del movimiento de cuenteros, ni cómo pasar una gorra y no perecer en el intento. Ahí aparecen Jorge Navarro (QEPD), Roberto Nield y

muchos más, con ganas de ayudar. Era miércoles y yo, caleño, moría de frío y hambre y la dignidad no me dejaba llamar a casa. Ellos me enseñaron el oficio de contar en la calle por monedas y cómo colarme en las obras de teatro; cómo repartir la gorra y cuándo pasarla. Ellos cobraron lo justo por la lección, y luego al Big Bunny a comer hasta reventar. Aún retumban en mí las sabias palabras de Mauricio Linares en la puerta de La Panela. Eso afianzó mi decisión de seguir contando y me permitieron entrar al *Offen* la última actuación.

De contar en la calle por necesidad surgió el llamado grito lastimero. Se me ocurrió porque en Cali y en mi barrio todo se vendía a los gritos (aguacate, mazamorra, champús, chontaduro), y yo solo tenía cuentos. Aunque luego me di cuenta que no lo hacía por convocar sino para darme fuerzas a mí mismo. Me temblaban las piernas, dudaba, el estómago reclamaba y gritar cueeeeeeeento me dio seguridad en mí; esa seguridad que el 'Duende' afianzó con sus consejos de amigo.

En Bogotá me hablaron de La Piscina, La Plaza del Ajedrez, la de Los Ladrillos y La Perola, del Chorro de Quevedo. Mucho nivel, mucho talento, así que de regreso en Cali, con la desaparición triste y reciente de Leonel Salas (QEPD), pensé que ya era el momento, sabía que no fracasaría. Walner estuvo ahí durante ese primer día, aunque no físicamente, pero su prestigio no nos dejaría fracasar y desde la tercera o cuarta sesión acudía a El Perol y daba aliento.

Era un miércoles caluroso, 12:30 p.m., Plaza de Ingenierías de Univalle. Unas cuantas personas, el pañuelo en la cabeza para no olvidar a mi abuela, y el grito. Ya no había marcha atrás. A las 2:00 p.m. se fue la gente. Una semana después se puso el nombre El Perol, guiño de homenaje a un espacio mítico capitalino. Alua,

Zien, Cosmos y Jhon ayudaron; el 'Duende' desde luego, y los invitados de Tierra Mestiza eran aprovechados con la promesa de invitarles a almorzar. Hasta Jota Villaza vino a los dos meses. A la segunda sesión pasé antes por Santa Rosa y compré un perol de aluminio. Ahí la gente depositaba monedas, escasos billetes y, cuando no podían, algún mensaje. Era una forma de apoyar monetaria y moralmente el espacio. De esas notas recuerdo una plegada por mano indudablemente femenina, que decía: "yo vengo aquí porque me gustaría que a los hijos de mis hijos no les falten cuentos ni cuentero".

Benditos enemigos:

Con Walner planteamos la estructura de El Perol de una hora y media de cuentos, así: media hora para uno de la casa con recorrido; quince minutos para espontáneos y 45 restantes para algún invitado especial. Geovanny Pavolini pasó rápido de espontáneo a de la casa y luego a invitado especial. Lem Echavarría venía con recorrido al igual que David Murillo, Andrés Osorio y Juan Mauricio Camayo 'Ángel'. Cristhian Saavedra se hizo casi imprescindible, y después bajó un tal Ricardo Muriel de la Javeriana. Se quedan muchos sin nombrar. Eso sí, solo cuentos en el espacio. Si acaso poesía, humor, música y otras respetables manifestaciones artísticas, ya tenían su espacio en la Plaza de las Banderas de Univalle. ¿Círculo cerrado?, nunca. ¿Con ciertos parámetros y disciplina?, siempre. El resto es historia ya contada. Todo esto simplemente para decir que jamás he conocido tanta solidaridad y compañerismo como en la cuentería, y es de agradecer incluso las animadversiones, las rupturas, los detractores. Eso te hace fuerte. En uno de los baños detrás del Auditorio 5 en Univalle, vi un letrero: 'tu realmente crees, creas, crías o croas'. Me encantó y me sirvió para saber que el ser humano se debate entre el querer, el saber, el tener y el ser. ¿Qué sería de nosotros si tuviéramos la razón

en todo y acertáramos siempre? Aunque un gran narrador –a quién no menciono por no comprometerle– me dijo un día con un juego de palabras: “cuidado viejo Caoz, que el movimiento de cuenteros en Colombia es unido... unnnido de víboras”. Vinieron después los viajes, las invitaciones, algo de reconocimiento; la necesidad imperiosa de crecer como cuentero, tomar talleres, ampliar el repertorio, amigos, colegas, enemigos, dudas, críticas, pugnas con las directivas, con mi Facultad, con mi entorno familiar, felicitaciones, reclamos, festivales, compartir escenario con autoridades en la materia. Todo eso y más me dio El Perol.

“El cuento cuenta como la lluvia
llueve : Jaime Riascos Villegas

Apareció el Riascos. Yo no le conocía. Le vi en la Universidad de Los Andes, en Bogotá. Yo acababa de contar, se me acercó, y en cinco minutos me dijo mis virtudes y tardó 45 más en hacerme mierda, con cariño, sin acritud, con dulzura y sin posibilidad de réplica. Me fui en silencio al hotel diciéndome que siempre en este bello oficio nos faltará algo por aprender. De esa sinceridad nació una amistad con él que aún persiste, basada en la admiración, el respeto y el cariño. Con él y con Carolina Rueda tuve el honor de compartir escenario. Además, estuve con Riascos en el ‘Primer Contarte’ en el Teatro Municipal de Cali. Jaime me enseñó cómo dignificar este oficio y llevarlo a los grandes escenarios. “90% disciplina, 10% talento”, me decía. “Que las oportunidades te pillen trabajando”. Lo de las monedas en El Perol era un acto simbólico para generar algo mucho más grande, pues la cuentería no es un arte mendicante. Todo lo contrario. Por eso intentamos involucrar en nuestros proyectos a directivas universitarias, empresarios y la comunidad en general, sin perder la independencia ya ganada.

Así que re-emprendimos con nuevos lineamientos, y otras universidades se animaron. Jorge Olaya en la Santiago de Cali; la Javeriana ya traía su propia dinámica, como el Icesi y la San Buenaventura.

Riascos nos trajo a Francisco Garzón Céspedes. Un maestro. Un gran ser humano del que aprendí muchísimo, aunque el devenir del tiempo nos puso en lugares distintos. Nunca encajé en la escuela ‘Garzoniana’ (por mi estilo quizá), pero de su mano vino ese primer viaje a España para estar diez días (que se convirtieron en dos meses) de aprendizaje constante y oportunidades nuevas. Al regresar, retorné a El Perol.

Mi aspecto había cambiado lo suficiente como para camuflarme entre el público y, al fondo, pude ver a mi amigo David Murillo llevando la batuta. ¿Agotado yo? Qué va, simplemente ese día entendí que El Perol ya volaba solo; se había ganado ese derecho. Yo ya no era necesario para él, pero David Murillo sí era necesario para mí y no vi justa la ecuación. Dicen que si amas de verdad debes saber esperar, luchar y renunciar. Justo cinco minutos antes de terminar la sesión ese día, di media vuelta y me alejé llorando de alegría hacia el puesto de frutas. Los dos debíamos seguir, pero por caminos separados...

Cali se llena de cuento

Univalle, sede San Fernando, se unió a la fiesta de la palabra: la casa de Zien, la Universidad Santiago de Cali con sus festivales, el Unicuento, la Universidad San Buenaventura, el Icesi, la Javeriana, el Teatro Corfescu. Pacho Centeno y Sandra Barrera confiaron en mí para hacer el ‘Abrapalabra’ en Cali. Gané dinero en el 96’ gracias a todos los cuenteros que arrastraron público durante los festivales

del 97', 98' y 99'. Luego tuve que vender mi carrito para pagar deudas (lógico, nunca fui bueno para los números). Perdí dinero, pero solo eso. El resto fue ganancia, amigos, conocimiento, relaciones laborales y experiencia. ¿Y lo bien que la pasamos?, ¡Que no nos quiten lo baila'ó!

Antes de salir para este exilio en España contra mi voluntad, debí desembolsar una fuerte suma por las pérdidas de mi última aventura en Cali (Cuenteoría), pero sirvió para ver a Primo Rojas con 'Las botas del tío Manuel'. Es decir, valió la pena. Contamos en el TEC, en el Jorge Isaacs; en Bellas Artes, la Colina de San Antonio, la Loma de la Cruz. En el teatro al aire libre Los Cristales, en la Tertulia y en Comfandi. Todos con llenos totales. Pero esto no lo hace un espacio ni un cuentero en solitario. Lo hemos hecho todos, incluso los que no se pueden ver con los de al lado que hacen lo mismo, los que plantean conflictos, los que creen que pueden hacerlo mejor y lo hacen, los que sólo critican y no hacen, los que crean, los que creen, los que crían lo que otros han creado, los que se la pasan croando por las esquinas lamiéndose las heridas; los que vinieron de paso y los que se quedaron; por supuesto, el público. Aquí cabe recordar una frase del cuentero Carlos Pachón, quién al final de su actuación siempre agradecía al público: "porque ustedes son quienes le dan un verdadero sentido a mi trabajo". La cuentería es como el Rock & Roll. Nacen y mueren estrellas. Los Beatles duraron juntos ocho años, muchos murieron a los 27, algunos de sobredosis; otros vinieron, triunfaron y se esfumaron, pero el rock sigue ahí. Jamás he visto a nadie dejar de contar por orden de otro cuentero. Es el cuento y la cuentería los que dirán el camino. Los que optaron por el humor, el *stand up comedy* o la poesía, la música o la vida disipada, o por ser obreros de fábrica después de haber pasado por la cuentería, merecen nuestro agradecimiento,

reconocimiento y respeto: encontraron su camino pero también nos ayudaron a llegar hasta aquí.

Soy culo de mal asiento

Es una expresión muy española (parafraseando a Jaime Garzón, "en Colombia es aceptado matar gente, pero se escandalizan por decir 'culo' en televisión"). Ser culo de mal asiento es no poder quedarse quieto y eso me pasa, es mi destino, no puedo estar ni quieto ni callado, soy un incontinente verbal, por eso llegué a la cuentería. El 27 de marzo de 2012 celebré mis 20 años de estar contando cuentos y creo que aún me queda todo por aprender, incluso de aquel que se sube por primera vez a un escenario con un cuento que ha escuchado de otro. Eso me produce un gran respeto. Aún me sudan las manos, me tiemblan las piernas y temo quedarme en blanco en medio de un cuento. A veces quisiera tener la agilidad de un Jonathan Lenis para salir corriendo, o la contundencia física de un Jhon López para agarrarme a puñetazo limpio, o la sonrisa de un Diego López para cautivar a la gente; pero me veo solito, lejos de casa y con este cuerpo enjuto.

¿Que prologue yo? ¿Cómo? Si no sé resumir; si cuando hablo de cuentería podría morir hablando sin decir nada medianamente interesante, solo que el cuento me salvó la vida y es lo que me mantiene vivo y que quisiera morir de viejo debajo de un ciprés contando cuentos. Sólo tengo cuentos, algunos míos, otros anónimos de tradición oral que llaman; otros copiados descaradamente a mejores cuenteros que yo, y un grito para decir acercaos, hacer caos, que el caos es el inicio de las cosas (lo de Caos me lo puso Zien. Alguien dijo que en Cali primero nos poníamos el apodo y luego nos preocupábamos por hacernos cuenteros). ¿Un grito lastimero? Lastimero



se dice de las quejas, lágrimas, gemidos y manifestaciones de dolor; y la verdad, el único dolor para mí es no estar en Cali para que el aire de San Antonio me refresque las ideas, y ver cómo se va creando una brecha de desunión entre personas que amamos el mismo oficio con amores distintos. Nada más que agregar.

Fin, per fin

Ah, me pidieron que por favor mencionara en este prólogo, si así lo creía conveniente, la importancia de la publicación de este texto para el movimiento cuentero y la importancia de la cuenta-
ría en el quehacer cultural de Cali y Colombia, y a mí solo se me ocurre que el solo hecho de que un grupo de estudiantes se tome la molestia y arriesgue algo tan importante como su trabajo de grado para hablar de la cuentería, ya, en sí mismo, es maravillosamente importante.

La cuentería y la figura del actor que narra ‘a viva voz y con todo su cuerpo’ ha estado ahí desde siempre, ha dado lugar a la creación de espacios, a la formación; se ha involucrado en colegios, en escuelas, universidades; ha unido a seres humanos y ha generado vida (Ariadna es un buen ejemplo); ha dinamizado procesos creativos y ha dado lugar a festivales que mueven a miles de personas en todo el mundo; ha fomentado la lectura crítica, siendo un hecho cultural innegable y un tesoro incalculable que legaremos a las generaciones venideras.

Me proponen a mí que prologue este reportaje y no se percatan en su humildad de comunicadores sociales, que el favor me lo hacen a mí al traer a mi memoria la razón de mi existencia: todos y cada uno de los cuenteros y cuenteras que he conocido y con los que

he compartido, y los espacios que hacen de Cali una ciudad, y de Colombia un país de cuentos.

Gracias a Cuentoluna, Santa Palabra, Unicuento y la Corporación El Perol, por ser y ejercer. Gracias Luis Eduardo y Alejandra por creer que el cuento tiene esta importancia. “Cada artista más es un asesino menos”, “necesitamos menos fusiles y más guitarras”, decía Facundo Cabral.

[illegible]

Carlos Alberto Ortiz Patiño 'Caaz'
Narrador oral, fundador del grupo de cuentería El Peral.
Crevillente (provincia de Alicante). España, verano de 2012.

Presentación de los autores

Sábado, 27 de marzo de 2010. Noche destinada para una declaración de amor. Una pareja de jóvenes visita la Colina del barrio San Antonio y suben las empinadas calles para llegar a un ágora de concreto donde unos cuenteros están contando historias. Ellos, hay que decirlo, no tenían ese propósito previamente definido. Sólo querían caminar juntos y ver qué encontraban como una excusa para estar y hablar, como tal vez otras personas que se les veía mirar de lado a lado indecisos buscando qué hacer. Los cuenteros se mostraron como una buena opción no sólo para los enamorados, sino para todos los parroquianos que abarrotaban las escalinatas del teatrino. Los jóvenes subieron hasta las raíces de un gran árbol ubicado en la parte superior del teatrino y, para no alargar más el cuento, el joven, mientras veía a los cuenteros, le preguntó a su bella acompañante si quería ser su novia, a lo que ella contestó, tras una sonrisa llena de dulzura y una penetrante mirada, que sí.

Así, nosotros, los autores de este trabajo, declaramos que nació el interés por abordar la cuentería. Es una circunstancia fortuita, lo sabemos. Más que de periodistas, las primeras preguntas para

abordar esta práctica surgieron desde nuestra intuición de ciudadanos. Como lo que se preguntaría cualquiera de esas personas que estuvieron ahí esa vez. ¿Qué es la cuentería? ¿Siempre ha existido? ¿Además de la Colina, hay otras expresiones de narración oral en Cali? ¿Quiénes son esos jóvenes que cada fin de semana cuentan relatos maravillosos en ese teatrino?

El primer cuentero al que descubrimos fue Jhohann Castellanos, esa noche de camiseta negra, jean y cabello largo, cuando, luego de declararnos amor, nos irrumpió en aquella parte alta con una tula en sus manos exigiendo el pago por el cuento. “Apenas llegamos”, le explicamos. “Eso no es culpa mía”, contestó en seco mientras seguía cobrando a los demás espectadores.

En una posterior entrevista con él, identificamos a otros colectivos que mantenían la práctica vigente a través de grupos y jornadas. Entonces, el criterio que elegimos para intentar develar esa historia, fue contarla a partir de las historias de vida de los cuenteros que en ese momento se dedicaban a la narración oral de forma constante y organizada en colectivos. La respuesta la encontramos en las agrupaciones Corporación El Perol, Cuentoluna y Santa Palabra, y en los cuenteros y protagonistas de nuestro relato, Jonathan Lenis, Julián Maya, David Murillo, Jhon López, Raúl España, Mauricio Barbosa ‘Vampi’, Jaider Rengifo ‘Jota’, Leonardo Vargas, Cristian Fraga y Jhohann Castellanos, mejor conocido como el ‘Santo’.

Desde lo que indagamos en nuestro rol de ciudadanos, podemos señalar que tal vez la importancia de la narración oral como práctica cultural, estriba en que posibilita otros modos de construir valores de ciudad mediante la fantasía oral de unos cuenteros caleños que, por un lado, son sujetos sociales promotores de una expresión



cultural que les permite en cierta forma sostenerse económicamente, y de otro, jóvenes que a su modo están interesados por la suerte de su ciudad.

En el mundo de la cuentería, los sujetos crean sentido desde la interacción y la re-creación del mundo a partir de la fantasía oral, una forma particular inmanente a la curiosidad que tienen hombres y mujeres de comunicar historias y construir visiones personales de la realidad, en relación con los símbolos que constituyen la cultura.

Qué podría ser más oportuno para explicar esto -y más agradable-, que a través de una narración. Por eso el texto se da como el relato de las historias de cada uno de los cuenteros entrevistados, entrelazadas entre sí. Así, lanzamos este grito lastimero para que sirva de convocatoria a más caleños interesados en escuchar las historias de estos narradores, o cuando menos, redunde el beneficio de este noble movimiento a través de la reflexión de este espejo escrito que presentamos, el cual, a fin de cuentas, busca decir a todos los cuenteros, que les iría mucho mejor si se unieran como debe ser, de una buena vez por todas.

Los autores

El desalojo

En el ágora del barrio San Antonio, unos cuenteros suelen narrar historias los fines de semana, sobre todo en las noches. Mientras algunos parroquianos van llenando puestos porque pronto comienza el espectáculo, los cuenteros se organizan, miran alrededor, discuten un momento entre ellos y, justo así, se encaraman en el muro frontal del teatrino y gritan “cueeeentoo”, “cueeeentoo” de forma prolongada, hasta atraer más visitantes. “Bien puedan, sigan, aquí es VIP, platea, general, más arriba gallinero y por allá barras bravas”, dice un narrador oral lleno de humor. La gente apresurada toma asiento.

El ágora está en lo alto de la Colina. Tiene paredes de piedra. No hay techo. Sus cuatro peldaños en forma semicircular permiten a todos sentarse. Arriba de las escaleras, la atmósfera boscosa y las raíces de un árbol gigantesco también sirven de sentadero a más espectadores. El lugar es aledaño a un CAI de Policía, a un romántico mirador, y a la emblemática capilla de San Antonio.

Se ven familias enteras sentadas alrededor del parque que parecen decir, niños, párense, vamos donde los cuenteros. Claro, argumentan luego los contadores de historias cuando los ven llenar los escalones del ágora: es que este parche sale mucho más barato que ir a cine o a un teatro. Una mazorca, dos mil pesos, una gaseosa, mil doscientos, y cualquier billete de diez mil que se le dé al cuentero, sale, ¿no? La gente ahí lanza una risotada llena de ironía al narrador, quien al instante dibuja en su rostro un rictus de desagrado. ¡Pilas!, exclama señalando al público, ¡esa risa no me gustó!

Además de familias se ven galladas de amigos; personas solitarias, extranjeros, muchos niños. La mayoría parece venir a pie. Debieron haber caminado las empinadas calles del barrio. San Antonio, símbolo de Cali, el lugar de mostrar a quienes visitan la ciudad, tiene muchas casas con arquitectura peculiar. Grandes portones, largos corredores; es herencia colonial. Por eso muchas de estas viviendas son patrimonio cultural. Otra cosa interesante del barrio, es el aroma bohemio que destila la brisa que recorre sus pasajes. Artesanías, confites, cafés, bares alternativos, gente que dice pintar tu retrato en diez minutos, restaurantes, grupos de jóvenes agolpados en las esquinas de las calles tomando cerveza, tocando guitarra, aire fresco y gente tirada en el verde prado de la loma, iluminada por la luz anaranjada del alumbrado eléctrico.

En pocos minutos el ágora se llena de gente. Se apretujan en los peldaños hasta que no queda más espacio. Al percatarse de ello, los cuenteros comienzan a charlar. Hablan con los asistentes, los saludan, les preguntan de qué parte del país son, hablan de los problemas de Cali, de la telenovela del momento, del comercial de moda, del *reality* más comentado, de la cursilería de los enamora-

dos, de las infidelidades, de la vida del estudiante universitario, de lo complicadas que son las mujeres, de lo elementales que suelen ser los hombres, y de muchas otras cosas. Por ejemplo, si ven a un niño cruzar el ágora, fijan la mirada en el pequeño y lanzan un apunte sobre lo difícil que es cuidar a los infantes. Si se acerca una pareja de novios, lo que suelen decir es ¡ah!, fulanita, hace tiempo no venía, ya hasta cambió de novio, bienvenida. Si quienes arriban al ágora son tres jovencitas y un muchacho de escolta, lo que dicen es: llegaron al escenario las ‘Chicas Superpoderosas’, Bombón, Burbuja y Bellota. Esperen, ¡ahí viene también Mojo Jojo! La gente se ríe, y así matan el tiempo. Cuando ven que nadie más va a llegar, los cuenteros alborotan a los espectadores haciéndolos aplaudir. Más fuerte. Y más fuerte. El cuentero se sube en una butaca y hace pose de *rockstar* en el clímax de la ebullición escandalosa. Luego, cuando disminuyen los aplausos, se baja resignado: “ya, dejen la bulla, no va a venir nadie más”. Y tras este ritual, comienza a contar historias.

Pero esa noche no sucedió así. Esa fresca penumbra de viernes 20 de enero de 2012, un camión con policías llegó hasta ahí. Al parecer, una funcionaria de la Secretaría de Gobierno de la ciudad, bien puesta en su rol de autoridad, les notificó a los cuenteros Jhohann Castellanos y Cristian Fraga, del colectivo Santa Palabra (que en ese momento estaban contando), que por quejas de los vecinos, el espacio sería desalojado de ellos. La alarma estalló. Los cuenteros ensombrecieron.

“Te vas a tirar al pelado”

En la mesa de la casa –un ordenado apartamento ubicado en un sexto piso de un edificio en el barrio Meléndez–, Jhohann Castella-

nos Lozano aguardaba una visita. La noche anterior había salido a bailar salsa en un lugar popular conocido como El rincón de don Hebert. Siendo las diez de la mañana del sábado 6 de agosto de 2011, apenas se había levantado. Chancas, jean y una camiseta de rayas negras y rosadas vestían su delgada figura. Su cabello estaba peinado con gel. Su cuerpo exhalaba un halo de loción. Estaba impecable pese al trasnocho y el guayabo. La emoción abrazaba su pensamiento, pues su colectivo Santa Palabra recién había concluido el diplomado Proyecto de Industrias Culturales, Pric, lo que le auguraba buenas perspectivas que incluirían el trabajo de él y su compañero Cristian Fraga en las políticas públicas y culturales de la ciudad. Tras ambientar un poco el espacio con música del Pacífico colombiano que previamente programó en su computador portátil, entrecruza los brazos e inclina un poco la cabeza atento a la primera pregunta.

—¿Recuerdas alguna anécdota del día de tu nacimiento?

—No, nada. Qué me voy a acordar de una anécdota ese día.

De repente, la risa atragantó a Jhohann. Luego, le gritó a la grabadora. Dijo que eso se lo había aprendido al desaparecido periodista, Jaime Garzón. Ahora sí, cuenta su historia: Jhohann es caleño porque sus padres decidieron venirse a esta ciudad, pero sus otros tres hermanos mayores son de Bogotá. Lo que sabe es que fue un bebé no planeado.

—Yo fui condón roto. Me le volé a mi papá y a mi mamá.

Es producto de una farra. Lo hicieron en plena fiesta. Todavía no sabe dónde, pero sospecha que fue en algún lugar de Suramé-

rica. Estaban de viaje de descanso. Su mamá dice que pudo haber sido en Brasil o Argentina, en una fiesta en la que se descuidaron. Ella no quería tener más hijos. Ya tenía tres. No obstante, asegura que el acontecimiento fue una bendición porque su padre, cuando se fue de la casa, dejó a Jhohann de cinco años y su mamá no tenía tiempo para dedicarse al dolor y a la depresión que le implicaba una separación.

El núcleo principal son cuatro hermanos. El papá fue un tipo muy emprendedor de Boyacá, pero criado en Bogotá, capital de Cundinamarca. Una parte de la familia tiene dinero y la otra no. De ahí surge un padre muy buen negociante, que a la edad de 21 años se encuentra con la mamá de Jhohann, entonces de 16. El gallardo hombre la persiguió. A él le encantaba la guitarra y tocaba música colombiana. Precisamente enamoró a su mujer enseñándole a tocar ese instrumento. Además, era el centro de atracción donde llegaba. Todo el mundo sabía que ya empezaba la fiesta cuando tronaba su voz en el recinto. Trabajó con aviación. Por eso viajaron mucho tiempo y conocieron Suramérica. Tuvo también fletes y mulas. Por donde se metía el señor Castellanos, armaba un negocio y ponía a todo el mundo a ganar. Pese a que no tuvo formación universitaria, sí hizo cursos, y dicen que lo que no sabía se lo inventaba. En resumidas cuentas, se trató de un tipo admirable, imponente, panzón, de potente voz. Murió en 1999.

“Yo creo que hay cosas que a uno definitivamente como hombre lo ponen al filo del abismo. Y una de esas es cuando se separa de la mujer con la que compartió quince años de su vida”, deduce el cuentero.

De niño recuerdan a Jhohann como una piquiña completa. Una vez su mamá vio la figurita de su chiquitín sentado en la orilla de

la cama como pensando en voz alta: “qué daño hago, qué daño hago...”. En otra ocasión, un perro lo mordió porque Jhohann le dio martillazos en el hocico. Meses después estuvo parado en el filo del tejado bailando y haciendo monerías, todo un espectáculo para el barrio. Luego, un grupo *scout* del colegio Santa Librada se enfrentó al desafío de apoyar a la mamá en la difícil tarea de cuidar a Jhohann. Cuando regresó de trabajar, se encontró con una escena insólita: el niño estaba arrinconando a tres *scouts* en una esquina de la casa con un palo. Una vez, en un paseo en el Pacífico colombiano, Jhohann, de cuatro años, se perdió en la playa. La mamá casi se bota al mar. Cualquier pedazo de coco flotando en el piélago de agua salada era para ella la cabeza de su hijo menor. Un rato después lo encontraron en un caserío en el centro de un rueda de gente, hablando en su lengua, haciendo el show. Se había perdido a dar lora. Se dice que la mujer consentía a Jhohann por no tener papá. “Te vas a tirar al pelado”, vaticinaban sus otros hijos.

“Llegar al Olimpo no es fácil”

Para llegar a la casa de Mauricio Barbosa hay que caminar mucho. Y caminar subiendo loma, que es más difícil. El bus que más cerca dejaría a alguien en el lugar, pararía en el teatro al aire libre Los Cristales, en el oeste de Cali. De ahí hay que caminar una larga calle empinada, bordeando la Avenida Circunvalar, que es una vía rápida. Luego, subir dos puentes peatonales. El segundo de una altura tal que hace que las rodillas tiemblen de miedo. Ya en el barrio Mortiñal, hay que subir unas escaleras de concreto rodeadas del verde de la maleza, hasta llegar a un terreno plano y ver una malla metálica. Esa es la casa del cuentero. Hay que cruzar esa reja. El visitante, adobado por el candente sol que en Cali suele darse, ha llegado bañado en sudor.

—Llegar al Olimpo no es fácil—. Así recibe Mauricio Barbosa, mejor conocido con el sobrenombre de ‘Vampi’, a quienes visitan por primera vez su morada. Había estado esperando todo el día. Él es más bajo de lo que se ve en televisión o en la Colina de San Antonio. Su cuerpo se ve delgado, casi frágil. La mirada es vivaz; la piel cobriza. Los incisivos sobresalientes y sus modos de anfitrión, generosos y considerados. Ofrece un vaso con jugo de piña al inexperto visitante. Luego, continúa trabajando. Lleva jean azul y camiseta verde. Era una calurosa tarde del 5 de septiembre de 2011.

La casa es humilde y encantadora. Tiene un patio extenso desde el que se puede ver todo Cali. Adelante, la urbe. Atrás, montañas y casitas iguales a las de Vampi. Desde ahí se pueden escuchar conciertos que hay en el estadio Pascual Guerrero. El cuentero dice que vive ahí porque es el mejor sitio del mundo para su familia: todo es más barato y, como conoce a los malandrines del sector, a él no le hacen nada.

En la sala están su esposa, Ángela Vanessa Contreras Vélez, su pequeño hijo Isaac, y su mánager. En el televisor plasma están pasando dibujos animados que el niño observa. Vampi y su mánager trabajan en dos computadores portátiles. Ven videos de programas de Sábados Felices. Vampi acaba de recordar que está cumpliendo seis años de vinculación con ese programa humorístico. Las paredes de la sala están tapizadas por retratos de los Tres Chiflados, el Chapulín Colorado, Charles Chaplin, Mister Bean, Cantinflas y el Chavo del Ocho.

—Colaviza nunca le saca roja a alguien— dice el mánager, refiriéndose a una sección de Sábados Felices donde a un novato cuentachistes se le paga o no por la efectividad de su trabajo—. No le guarda dinero a Caracol. Prefiere dárselo a alguien que lo necesite.

—Hassán está volando—, ripostó Mauricio, exhalando un chorro de humo de su cigarrillo.

—El Cuentahuesos es muy convencido para decir esas bobadas y hacer reír a la gente— alega la esposa sentada en el sofá.

Vampi, tras haberse fumado varios cigarrillos, se dispuso a narrar su historia: nació en Bogotá el 13 de septiembre de 1982, en la Clínica de Marly, cree. Lo cree así pese a la duda porque información de su infancia nunca hubo muy precisa. Su mamá, por esa época, estuvo muy enferma y no le dijo mucho sobre su historia. Se sabe que es hijo único de una madre soltera. Su núcleo familiar lo conformaban la abuela, su mamá y él. Creció en la localidad de Kennedy, barrio Nueva Roma. Los recuerdos gratos están en su infancia, que fue tan bien vivida que piensa que por eso no ha madurado. Su abuela, Lucía Carantonio, lo consentía bastante. Y su mamá, que es inteligente y malgeniada a la vez, lo mimaba pero también lo trataba con el rigor de un adulto. Por eso, cree, desarrolló esa habilidad para hablar sin tapujos con la gente.

Cursó la secundaria en el Colegio Nacional Nicolás Esguerra -masculino, no fue muy divertido-. Se define como el pilo caspa. Tuvo varias citaciones de disciplina, pero le iba académicamente bien porque se interesaba más en el porqué de las cosas que por memorizar. Eso le ayudó mucho en el bachillerato. También le gustaba el fútbol e incluso intentó estar en una escuela para formarse, pero la farra y el cigarrillo no lo dejaron. En octavo de bachillerato conoció a sus amigos de barrio. Él tenía catorce años. Los demás, 18 cada uno. En consecuencia, Vampi era la mascota. Se hacían llamar Los Británicos. Llevaban en el brazo una banda de la bandera nacional, azul con rayas rojas entrecruzadas. No hay una razón clara que ex-

plique tal afinidad. Simplemente les parecía bonita la bandera y sonoro el nombre.

Y sucedió lo catastrófico: su abuela murió de cáncer –toda la familia de Vampi tiene el récord de cáncer. Por eso no le preocupa dejar de fumar–. No supo asimilar el golpe y se fugó de la casa. De ahí vino la rumba. Muchas mujeres pasaron por sus flacos brazos. No hubo buena comunicación con su mamá. Se fue a vivir con sus amigos. A los seis meses regresó a su hogar bajo ciertos parámetros. Era un niño problema. Casi no obtiene su grado de bachiller. Al poco tiempo abandonó de nuevo a su progenitora.

Destino: recorrer la Costa Caribe. Le dio el arrebató. Se marchó sin un peso en *autostop*. En el primer pueblo que pisó desde que salió de Bogotá, le robaron la mochila. A las dos semanas llegó a Cartagena en la indigencia total. Era de los pocos rolos que creía, equivocadamente por supuesto, que el mar limpiaba. Estuvo tres días durmiendo en la calle, pidiendo comida en los restaurantes. Pese a ello anota que no se arrepiente de la experiencia; se trató de una lección de vida. De ahí aprendió a ser agradecido con su techo, la comida, las cosas sencillas. Regresó a la Capital peor que cuando viajó. Siempre ha sido de contextura delgada, pero esa vez era notable. Se vio en los espejos, en las vitrinas, regresó en pantaloneta a Bogotá, oliendo horrible, con el pelo desastroso. Uno de los Británicos lo vio y huyó atónito. No lo había reconocido: pensó que era un espantoso ladrón.

“Eso solo me pasa a mí y al Chavo del Ocho”

Es viernes en la tarde. Septiembre, 2011. El personaje dijo que

esperaría en el reconocido Parque de las Banderas de la Universidad del Valle (estaban en audiciones en el *campus*). Hace mucho calor y el olor a marihuana es abundante. La música que se escucha es reggae. Todos, en su mayoría jóvenes, se mueven según la melodía. Se les ve reír, caminar, besarse, gritar, cantar, bailar, tomar cerveza. Jaider Rengifo, el cuentero de grandes y psicóticos ojos verdes, está al pie de las astas de las banderas. Parece dialogar con sus amigos. Tiene camiseta blanca, sudadera, tenis, gafas Ray Ban y el cabello largo agarrado en una abultada moña. Acaba de prender un cigarrillo de marihuana que fuma con placidez. Se ve fresco y relajado, caminando hacia donde la música no estorbe.

Jaider Rengifo, mejor conocido en el mundo de la cuentería como ‘Jota’, es de los que tiene la amabilidad de preguntar a los demás si les incomoda que fume. Sin embargo, para él es absurdo que la gente se moleste por ello. De ahí, explica, su tristeza por este país. “Yo no estoy molestando a nadie”, dice mientras exhala chorros de humo. ‘Esto’, dijo mientras caminaba, les va a servir como detalle para el reportaje. Explica que es de las personas que se fija mucho en las particularidades. Los detalles lo intrigan. Por ejemplo, sus gafas tienen el corte mariposa, son de las que se pueden doblar y guardar en estuche. Un momento después, una jovencita pasa por su lado. La mira con picardía. Se pierde un instante, luego, ríe.

—Me distraigo con facilidad—, dice Jota hundiendo el rostro en una de sus manos.

Cuando habla, no sólo usa su voz. Sus palabras están acompañadas de gestos, de constantes agarradas de cabello. Narra su historia con todo el cuerpo.

“Yo soy lo que ves en escena. Más allá de cualquier otra cosa, yo soy eso”. En la conversación va de lo plano a lo humorístico con un chascarrillo si le dan la oportunidad, y de ahí a lo absurdo y viceversa. La marihuana para él es una presión maluca, pero lo calma. A veces quisiera no pensar en nada. Fumar aquella planta es lo único que le permite concentrarse en algo. Lo ordena. Amilana su obsesión por los detalles. Le controla el insomnio. Es que pareciera que su cabeza trabaja a mil pulsos por segundo. A la edad de ocho años, por ejemplo, se acostaba a las 4:00 a.m. dando vueltas en la cama con una historia en la cabeza. Además, de niño era apasionado por los números y su capacidad era brillante. Quería ser ingeniero. Hoy, a sus treinta años, es padre de un niño.

Jota es caleño. Nació el 22 de junio de 1981. Dice que es el día más bonito del año, no por él, sino porque es solsticio de verano. El día del sol. Coincidencia, dirán otros. No obstante, si hubiera sido por su mamá, que naciera muerto. Ese dolor es una mierda, recuerda que le dijo una vez. Para su mamá ese fue un día de física tortura. Con Jota quiso parar de tener hijos. Ella es muy explícita cuando se refiere al asunto: “sí, muy bonito y todo pero eso duele mucho”.

Dice tener una memoria prodigiosa. Todo lo recuerda y todo lo imagina y reconstruye en su mente de forma vertiginosa así como expresa sus ideas. Se ha visto como un personaje de una historia o una película. Su frase favorita es “eso solo me pasa a mí y al Chavo del ocho”. Repitió segundo de bachillerato por vago. Su disciplina era y es desastrosa. Jota fue como un turista en su colegio. Ahí le pidieron que se retirara del plantel a pesar de sus buenas calificaciones. Presentó el examen ICFES mucho tiempo después de haber concluido sus estudios secundarios para entrar a la Universidad del Valle. Se inscribió ‘de puro parche’ a literatura. Su buen amigo

Vampi, compañero de casa y mentor en la cuentería, iba a presentar por él el examen porque Jota no quiso ir al segundo día. Le daba pereza. Esa vez revisaron las cédulas de ciudadanía de los evaluados. Menos mal Jota sí fue. A los 18 años vio el comercial de la empresa Picardías Recreación por televisión. Allá se presentó y le fue muy bien en la audición. Cuando entró a recreación, donde conoció y se enamoró de la narración oral, se fue de la casa en el barrio Calipso, suroriente de Cali, lugar donde pasó su infancia y adolescencia.

No se considera una mala persona, argumenta. Sólo es inquieto. Si las cosas no le interesan, se desenfoca. Por eso en el bachillerato fue mal estudiante. Siempre fue mal estudiante. Nunca ha hecho una tarea, nunca ha estudiado para un examen. Lo que no le interesa, lo abandona. Prefiere pensar. También le agrada el lenguaje audiovisual. Hace poco regresó de la Argentina. Su objetivo era estudiar Dirección de Cine. Esa era al menos la idea básica. Pero no lo hizo por vago. A los 25 años tomó la decisión de ir al país de Diego Armando Maradona, sin ningún miramiento. Es que todos en su familia son muy independientes. Tienen la capacidad de despegarse sin remordimiento.

Nacimiento de la cuentería universitaria en Cali y en Colombia

-Cuuueeeeeennntooooooooooooosss- fue el grito que tronó en la Plazoleta de Ingenierías de la Universidad del Valle –sede Meléndez– un medio día de miércoles, 20 de abril de 1994. Quien lo profirió fue Carlos Alberto Ortiz Patiño, conocido por el sobrenombre de Caoz, en ese entonces estudiante de Licenciatura en Arte Dramático. Aquel llamado era conocido como ‘el grito lastimero’. Caoz llegó, se plantó en la mitad de la plazoleta, y exclamó “cuen-

tooo, cuentooo”. La gente (cinco, diez personas, dicen que el número varía siempre que Caoz cuenta la historia), atraída, se reunía en torno a la figura del narrador de vistoso sombrero artesanal, y pinta de culebrero paisa. Así se recuerda que nació el considerado primer espacio de cuentería periódica en Cali, en el seno del *campus* universitario. Por nombre le pusieron El Perol, pues en un principio, como recuerda Caoz, el propósito era crear un lugar que emulara a La Perola de la Universidad Nacional en Bogotá, primer escenario permanente de cuentería en Colombia, luego de la cátedra del narrador oral, dramaturgo, escritor y poeta de origen cubano y fundador del movimiento de ‘Narración oral escénica en Latinoamérica’, Francisco Garzón Céspedes.

Aseguran los contadores de historias y expertos en la materia, que a partir de la presencia de Francisco Garzón Céspedes en el primer Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá, invitado por la hoy fallecida actriz, directora y empresaria colombo-argentina, Fanny Mickey, es que se gestan los cuenteros universitarios en Colombia, en 1988. Como alumnos de los primeros talleres de Garzón participaron actores profesionales de disímiles disciplinas y, sobretodo, estudiantes universitarios. Entre ellos son referencia Fernando Arenas, Diego Beltrán, Lem Echavarría, Ricardo Campo, Álvaro Hernández, Luis Liévano, Nelly Pardo, Jaime Riascos Villegas, Carlos Román, Carolina Rueda, Demetrio Vallejo y Andrés López, hoy reconocido humorista creador del *stand up comedy*, La pelota de letras. Se dice que entre estos participantes surgió el movimiento de cuentería universitaria en Colombia. En un principio, según recuerda Caoz, crear El Perol era una idea que se tenía conjunta con el narrador oral Miguel Ángel Miranda y Leonel Salas, estudiante de teatro que murió de una enfermedad congénita en 1993.

Sin embargo, ellos cuentan que realmente El Perol no fue el primer lugar de cuentería dentro de la Universidad o en Cali. Dicen que antes de ellos sí había cuenteros, pero no con un espacio puntual, con nombre y periodicidad, sino solamente oportunidades fortuitas de cuentería. En ese entonces, abril de 1994, recuerdan los primeros cuenteros constantes de Cali: Univalle vivía inmersa en un ambiente de compartir. Estaban las peñas estudiantiles (lo que ahora se conoce como audiciones), que son encuentros festivos que se dan los fines de semana en la misma universidad. En las peñas siempre había chicha, cerveza, vino y cultura. Se escuchaba trova cubana y poesía; otros cantaban música alternativa, y también estaban los cuenteros.

Despuntaba la década de 1980, cuando en Univalle todavía existían las residencias estudiantiles, narradores orales como Zien y Walner Jaramillo, conocido como el ‘Duende’, eran los mentores del naciente proceso cultural. Durante los primeros meses de vida de El Perol, apoyaron el espacio con sus cuentos. Caoz se forjó en ese ambiente. Tomó talleres con Francisco Garzón Céspedes, el considerado padre de la narración oral escénica en Latinoamérica luego de una temporada en Bogotá en el Festival Iberoamericano de Teatro en 1994, donde aprendió a contar cuentos en la calle y a pedir dinero por ello a través del sombrero. Caoz, en su tránsito por la capital colombiana, vio cómo funcionaban los lugares de cuentería. Descubrió La Perola de la Universidad Nacional, de donde sustrajo el modelo a seguir. Conoció al grupo de la Universidad Javeriana que está aún vigente y es uno de los más antiguos del país. También se influenció de la experiencia en la Universidad de los Andes, que se conocía como ‘La Piscina’. Entonces, inspirado en esos modelos y en la cátedra de Garzón Céspedes, llegó a Cali a crear un nuevo movimiento. Caoz relató un cuento. Y

recuerda que la historia le salió tan bien, que resultó teatralizada. Un nuevo género del arte, tal vez. Caoz, viendo el naciente brote de la cuentería en toda Colombia, había decidido narrar por fuera del ámbito académico de la Escuela de Arte Dramático de Univalle. De ahí, entre otras razones, que ese miércoles de abril hubiera sido tan significativo.

El último cuentero que mantiene la herencia de Caoz

La tarde del día lunes 19 de septiembre de 2011 estuvo pasada por una tenue llovizna. Jonathan Lenis Trujillo vestía una camiseta polo amarilla, pantalón café y zapatos deportivos oscuros. Esperaba en su casa. Para llegar a su apartamento, en frente de la estación del MfO del estadio Pascual Guerrero sobre la Calle Quinta, hay que subir una angosta escalera. Estaba hablando con su gran amigo, el cuentero Marco Mosquera, considerado uno de los más sobresalientes narradores orales de la tradición oral del Pacífico colombiano, gracias, según aseguran, al tesoro poético de su abuela. Hablaban a través de *messenger*. Le preguntaba Lenis cómo le iba en su festival de cuentería en Argentina. Al parecer, que muy bien. Dijo que se divertía.

La apariencia del apartamento es estrecha, aunque está matizada con detalles de orden y coquetería. Lindos muebles, televisor en la sala, pequeños adornos por todas partes y una amplia ventana que da una vista panorámica del oeste de Cali. Por ahí entraba una brisa fresca que en ocasiones parecía rugir. Antes de relatar su historia, ofrece un vaso de agua de panela fría. “El elixir de los pobres”, llama al delicioso líquido. Jonathan Lenis Trujillo, director de la Corporación El Perol, uno de los cuenteros constantes más ve-

teranos de Cali y considerado por muchos una de las personas que más conoce de la historia de la narración oral en la ciudad, cuenta:

Nació un 22 de agosto de 1974 a las cuatro de la mañana en el Seguro Social Rafael Uribe Uribe. Fue un parto complicado porque se demoró como seis días. Sus padres dicen que nació clínicamente muerto; supuestamente tenía un coágulo de sangre en la cabeza y pocas esperanzas le daban. De eso no hubo ninguna consecuencia. No lo hizo más inteligente como Cerebro, el ratón superdotado compañero de Pinky. Tampoco lo hizo pensar cosas como conquistar el mundo. Se crío en el barrio El Limonar, en el sur de Cali, al frente de la Universidad Santiago de Cali. Su mamá es una caleña con ascendencia huilense y tolimense. Su papá, un mecánico que recorrió mucho las haciendas del Valle. Proviene de un palenque. De ahí la tradición negra impregnada en su forma de ser. Su abuelo paterno era negro. Jonathan es de tez canela; técnicamente no es afrodescendiente porque su mamá es blanca y su abuela indígena. Entonces, asegura ser ‘amerindioafrodescendiente’. Tiene un monólogo al respecto. Su papá es caleño de acento arrastrado, corpulento, agualulero y jovial. Es de los que todavía usa zapatos de charol y pantalón blanco para salir a rumbar. Por él y sus historias, es que Lenis decidió ser cuentero.

Recuerda que su infancia fue feliz. De juegos y amigos de la cuadra. Fueron fundadores del barrio El Limonar, que era entonces un mundo en constante cambio. La Calle Novena tenía un sólo carril. La Universidad Santiago de Cali fue un bloque que vio crecer. El barrio en construcción era el fortín de los juegos: nuevos edificios, más árboles, más potreros, y fútbol hasta las 11 de la noche. A veces era de sentarse en el andén a debatir nimiedades como qué pensarán los perros o cómo sería vivir en la luna. La aventura de la

época para ellos era ir a Residencias Meléndez (que era un punto prohibido) a espiar por las ventanas a las parejas que estaban haciendo el amor.

Cuando creció un poco, peleó con la Iglesia Católica; con su mamá, con todo el mundo. Leyó la Araucana, el Popol Vuh. Cayó en cuenta que siempre hay deidades. Por ello, exploró todas las religiones y cultos. Pasó por el judaísmo, el rastafarismo, los hare kishnas, el cristianismo en todas sus presentaciones (le tiene terror a los Testigos de Jehová). Esto lo ha llevado a un cristianismo relajado, de no fregar la vida. Paralelo a la búsqueda espiritual, encontró un cartel por su casa de una empresa de recreación llamada Bosque Chispazos. Hacían convocatoria para nuevos recreadores. Tomó el taller a los 17 años y fue elegido sin problemas. Lo que aprendió en recreación (técnicas de liderazgo, proyección de voz, dinámicas de grupo, entre otros), fue su fundamento para ser cuentero. Poco después una mujer, Luisa Fernanda Orduz, empleada de Bosque Chispazos, crea su propia empresa a la que llamó Ant (hormiga en inglés), e invitó a Jonathan a vincularse, quien trabajó ahí diez años. Pasó por todos los rangos y conoció a los cuenteros Jorge Olaya y David Murillo, quienes serían sus mentores en la narración oral. Observa que ellos hacen algo a lo que llaman cuentería. David Murillo, estudiante de ingeniería electrónica de la Universidad del Valle y entonces coordinador del grupo El Perol, invitó a sus compañeros recreadores a este colectivo de cuenteros. Empiezan también a ir a la Loma de la Cruz, donde mucho antes que la Colina de San Antonio era el lugar tradicional para escuchar historias.

Ahora Jonathan Lenis, último de los cuenteros en llevar las riendas de lo que Caoz detonó en 1993, quiere recordar la anécdota sentado en una de las poltronas de la sala de su apartamento. Dice que

siempre que habla con Caoz le cuenta la historia sobre cómo nació El Perol. De mentalidad alocada, carnes enjutas, alto y con un deje paísa al hablar, así describe Lenis a Caoz. Eso, el deje paísa, dice Jonathan Lenis, puede ser el signo más característico de este legendario cuentero. Tal vez su profunda devoción por la tradición oral antioqueña es lo que lo hace parecer un culebrero ante los demás. Cada vez que narra, habla muy rápido. Es como un ataque verbal. Todo un paroxismo narrativo. Marcó la cuentería en Cali porque después de su 'grito lastimero' volvió a convocar al siguiente día. Y llegaron otros narradores orales de vieja data que estuvieron con Caoz en ese primer proceso. El espacio ahora adquirió la connotación de lugar de encuentro. Los narradores empezaron a encontrarse para compartir historias. Se generaron talleres de narración oral que Caoz, ya como licenciado en Arte Dramático, gestó en diferentes universidades de Cali como la Javeriana, el Icesi y la San Buenaventura, que abrieron espacios a los talleres para la formación de nuevos cuenteros. Por eso dicen que Caoz fue el padrino del proceso de narración oral desde las universidades, cuna primigenia de la práctica en Colombia y en Cali.

Como Mickey, el de Asesinos por naturaleza

Una de las cosas más curiosas del cuentero Jhon López, es que nació con una cicatriz en la cabeza. Es una raya rosada y lisa de carne donde no crece pelo. Parece una cortadura. Pudo haber sido el bisturí del doctor en la cesárea, dice su mamá. Nació el 5 de mayo de 1975 en el Seguro Social. Jhon López cree que es sugestión, pero le pasa que sueña (aunque hace años no sucede), que es un guerrero medieval subiendo una cuesta bien empinada. Corre. Lleva un hacha, van más guerreros a su lado. Es un enfrentamiento

con seres alados como gárgolas que corren, no sabe a dónde pero corren, hasta que siente que algo le golpea la cabeza, cae y ve a sus amigos adelantarse sobre él. Luego, tras el confuso sueño, se levanta con un fuerte dolor en su cicatriz.

Está en su casa, ubicada sobre la autopista Simón Bolívar en el barrio Antonio Nariño en el suroriente de Cali. Juega en su computador. Tiene tenis, pantaloneta roja, una camiseta con el estampado del rostro de una mujer y una gorra negra. Ahí vive con su madre, su esposa y sus dos hijas, rodeado de máquinas de coser, tubos de telas y marionetas a escala humana. Su mamá es de La Unión, Nariño. Lo crió sola. La empatía con su papá no fue mucha. Dice que nunca estuvo con él. De niño pensaban que era autista. Es que, explica Jhon, cuando piensa suele irse de la realidad. Por eso, es una persona no apta para conducir. Se distrae en sus pensamientos. Cuando algo le atrae, el mundo a su alrededor se desvanece. De su infancia lo recuerda todo, en especial, que era un muchacho violento. Le generaba muchos problemas a su madre que trabajaba hasta tarde en la noche y cuando llegaba a casa debía pagar los vidrios de los vecinos que su hijo quebraba de puro ocioso. Constantemente se escapaba de la casa y se iba a la autopista Simón Bolívar a quebrar los parabrisas de los buses que paraban en la intercepción vial de Puerto Rellena (dice que lo hacía porque no tenía nada más que hacer). No tiene hermanos; es hijo único y creció con todos los malos hábitos que podría tener: veleidoso, egoísta, intransigente. Era la máquina intelectual de sus amigos vándalos, una pandilla del barrio a la que le decían Los Pañales. Con doce años ya era una persona con fuerte capacidad oral, que le explicaba a los demás delincuentes precoces las fechorías a realizar. Fue quien le enseñó a sus amigos a hacer bombas molotov, y quien planeó el primer robo a un restaurante para que tuvieran un arma de fuego. Robaban ca-

rrros en la calle para ir a rumbear. Los usaban y cuando terminaban de divertirse, los dejaban en alguna parte por la vía al mar, en el Kilómetro 18 o en el barrio Terrón Colorado. Robaban estancos, gasolineras.

—Pobrecita mi mamá. ¿Se acuerda, mami, cuando peleábamos con esas pandillas?—, pregunta Jhon López. Ella, que está a su lado cosiendo, hace un gesto de desaprobación.

Recuerda la mujer que peleaban al frente de su casa sobre la peligrosa calle. Batallas campales, dice Jhon, de machetes y piedras en las que había muertos, mientras su mamá gritaba por la ventana ¡mijo, mijo! ¡pa' dentro!

En uno de sus brazos tiene tatuado el rostro de Mickey, el protagonista de la película de Oliver Stone, Asesinos por naturaleza. Dice que siente admiración por este personaje. Es que se parece mucho a él. Tras un leve momento de reflexión, todos en el cuarto, incluido él mismo, parecen llegar a la misma conclusión: este cuentero hubiera llegado a ser un despiadado villano.

“Uy, qué chimba. Yo quiero hacer eso”

Se podría decir que todo el mundo tiene una historia para su nombre, aunque Raúl es la excepción. Dice que le pusieron así porque a sus padres se les hizo bonito. A él no le gusta. Siempre ha pensado en cambiarse el nombre, pero nunca ha encontrado uno verdaderamente acorde como para hacer todo el trámite de cambio de cédula. Por ahora ése. Raúl. Apellidos: España Cruz. Cabello corto y negro; trigueño, con grandes ojos oscuros y expresión facial entre bondadosa y malévola parecida a la del gato Cheshire. Ahora está

en chancas y pantaloneta en una de las bancas del centro comercial Prica, sobre la Avenida Pasoancho, una noche de octubre de 2011.

Cuenta de su familia que su papá y su hermano mayor eran los que más leían. El padre influyó a su hermano y su hermano lo influyó a él. Compraron la colección completa de Caballo de Troya. Se leyeron toda la saga de Jurassic Park de Michael Crichton. Estaban afiliados al Círculo de Lectores. Fueron días bonitos, recuerda. Cada cumpleaños se regalaban un libro. Un día su padre le dio uno de sus mejores presentes: la novela Moby Dick. Su hermano mayor, Hernán Darío, cuando Raúl cumplió 18 años, le regaló los Viajes de Gulliver con una dedicatoria muy bonita. Decía: “un libro de viajes para un gran viajero”. Desde ahí se ha convertido en uno de los libros más influyentes en su vida. Tu vieron un acercamiento con el cine de antes, el de los teatros, el llamado cine de barrio. Raúl recuerda que en aquel tiempo como podían poner una película de El Santo, también proyectaban una de Luis Buñuel. No como ahora, dice, que el cine es una práctica elitista. “Eso era lo bueno del cine popular: después de un filme de Hitchcock, llegaba la cinta pornográfica”, recuerda. Uno de los mejores aparatos que trajeron a su casa fue un betamax por petición de Raúl. Otros niños querían ver películas animadas. Él quería ver Platoon, de Oliver Stone. Como en su familia nunca hubo censura, Raúl se quedaba hasta tarde viendo ‘La dimensión desconocida, monstruos y cuentos del lado oscuro’. Y muchas de esas historias no eran *scripts* originales, sino que eran basadas en historias literarias de Stephen King y Steven Blood, entre otros. Justamente llegó a la literatura más por el cine que por la literatura misma, porque veía en las películas que decían, “esto está basado en el libro de ‘yonosequien’”. También le gustan los *comics* (en esa época era popular). Recuerda que iba a la gale-

ría y así como se encontraba la yuca y las papas, se encontraba el *comic*. La revista de la Liga de la Justicia costaba en ese entonces entre diez y cuarenta pesos; ahora, trae a colación Raúl, en la Librería Nacional un *comic* de los X MEN cuesta 50.000 pesos. Además, veían películas de terror que les gustaban mucho. Se vieron Pesadilla sin fin; toda la saga de Viernes 13 casi cronológicamente, Nueve semanas y media, una película erótica. Raúl sintió placer de ver a los protagonistas del filme, Kim Basinger y Mickey Rourke, teniendo sensuales encuentros, pero hasta muy tarde llegó a relacionar el sexo con los niños. Cuando Raúl vio el filme, pensó, “uy qué chimba, yo quiero hacer eso”.

—¿Actuación?

—No. Tener sexo.

“En tierra de ciegos el tuerto es rey”

Johann tiene dudas sobre la razón de su nombre. Pudo haber sido por Johan Cruyff, el mítico futbolista holandés. O también por Johann Strauss, el virtuoso compositor austríaco. Se ríe cuando le dicen que algunas asistentes a sus funciones le dicen “el niño bonito de la cuentería”.

—Es que en tierra de ciegos el tuerto es rey—, comenta, mientras muestra fotografías de su familia en Facebook.

—¿Quién estimuló en vos la pasión por contar?

—Yo creo que el asunto tiene muchas fuentes y todas convergen cuando entro a una empresa de recreación. Vengo de una

familia donde mi mamá me dijo “haga lo que quiera. Sea feliz”. Entonces, bajo esa idea, hacés lo que te gusta. Nunca hacés nada impuesto. Por lo tanto, yo jamás he hecho algo que no me guste. Y en esa búsqueda fui a parar en el cuento. Que existieron muchas cosas que me fueron formando y me fueron llevando hasta ahí, sí. Por ejemplo mi mamá, como yo era muy inquieto, para asegurarse de que no hiciera daños, hacía cosas como leerme y abrazarme para tenerme calmado. Ella desde muy pequeño me fue motivando a la lectura.

Luego Jhohann entró a trabajar en una empresa de recreación. También estaban sus hermanos quienes conformaban ahí el ‘Clan Castellanos’. Ellos lo llevaban a todos lados. Mucha gente le dice ahora “¡Ay!, yo lo conocí cuando tenía ocho añitos” porque entró a un grupo de 150 jóvenes de 17 a 28 años.

Representaba al colegio y no le daba miedo pararse frente al público. La empresa de recreación donde entró a trabajar montó un show que giraba alrededor de un niño. Se llamaba Daniel y Pocahontas en el País de la fantasía. Consistía en que Daniel no creía en la fantasía, y había un señor oscuro que estaba matándolos a todos. Para salvar a Bunny, a Pluto, a todos, sólo faltaba que un niño creyera en ellos para que pudieran vivir. Viajó por Colombia haciendo ese show hasta que no pudo hacer más el personaje del niño. Después de eso entró a ser recreador.

En esa empresa conoció a un señor que se llama Lem Echavarría, quien asistió al taller del dramaturgo cubano, Garzón Céspedes. Con él aprendió sus primeros cuentos. Jhohann tenía 15 años y recuerda a Lem como un tipo normal, gordito y bajito. Muy brillante para la recreación y conocedor de la narración oral. Los cuentos

aprendidos los contaba en la empresa de recreación y esto fue muy oportuno para la adolescencia y su buena imagen con las demás quinceañeras.

“Cuentero, no: usted es cuentachistes”

Luego de encontrarlo recién llegado de la Costa Caribe en estado deplorable, a Vampi sus amigos lo llevaron a una casa. Lo bañaron con estropajo. El champú que derramaban en su cabeza no hacía espuma. Le dieron ropa; se quedó en casa de un amigo mientras le nutrían bien. También le consiguieron trabajo.

Vampi siempre hizo recreación como todos los llamados Británicos: Moppets Recreación, su primera escuela. Aprendió a hacer de payaso, mago y recreador. Después se vinculó con la Alcaldía de Bogotá (en el Instituto de Recreación y Deporte), en un Programa para la desmarginalización de algunas poblaciones vulnerables. Ahí hacían eventos en diferentes localidades y eso le abrió muchas puertas. Hizo cursos de liderazgo en la Universidad Distrital, un Programa en el que la Fundación Imago les pagaba por estudiar. Ahí cursó dos carreras semitécnicas: teatro y administración de empresas. Su primer contacto con la cuentería fue a través del trabajo con la Alcaldía de Bogotá, donde conoció a un cuentero llamado ‘Poncho’ Alfonso Gutiérrez. A Vampi le encantó. No sabía que existían unas personas que se llamaban cuenteros. El relato del negrito en el Polo Norte y la mujer en el cubo de hielo, a la que el negro no sabe cómo rescatar y cuya moraleja es que a veces perdemos el amor de la vida por no saber cómo romper el hielo, fue la primera historia que escuchó. Cuando vio a este y otros afamados narradores bogotanos, dijo “quiero ser así, que me presten atención, contar cosas bonitas”. Comenzó a

escribir historias. Sus primeros tres años fueron una escuela: la proyección de su voz era débil y la caracterización floja, asperezas que la calle fue limando. Comenzó siendo la clase de cuentero principiante que le tocaba ver al público abandonar el espacio mientras contaba.

Decide irse y viajar por Colombia. Llegó por primera vez a Cali con ‘Cuentos capitalinos’ en los que prevalecía el naciente y apetezido género del cuento-comedia, considerado paria de la narración oral. Sábados Felices era una ofensa para el cuentero ortodoxo. “Cuentero, no: usted es cuentachistes”, le decían despectivamente a Vampi. En Cali, sin embargo, la combinación de narrativa y humor fue apoteósica.

“Pues yo soy cuentero, cuento historias, sé tradición oral”

Ya en último grado de bachillerato en el Instituto Politécnico, en Cali, el problema era con Vilma, la profesora de Español -los estudiantes le decían Vilma ‘Palma’-. Ante la noticia de un examen, los estudiantes formaron sindicato. Jonathan Lenis, uno de los alumnos que protestaba, propuso que en vez de un examen a quemarropa se hiciera una peña cultural. “La cultura también es una forma de comunicación. Aquí hay gente que hace cosas artísticas. Que cada quien saque a relucir lo mejor”, argumentó el estudiante.

—¿Y usted qué sabe hacer?—, le inquirió la profesora.

Jonathan Lenis lo único que sabía hacer era títeres, pues en su formación de recreador se había especializado en su manejo.

Pero Jonathan, sorprendiendo incluso su propio yo, respondió:

—Pues yo soy cuentero.

—¿Cuentero?, ¿eso qué es?— le preguntó la profesora.

—Pues que cuento historias, hago tradición oral.

—¿En serio?— replicó sorprendida.

—Sí, claro—, dijo Jonathan Lenis entre atónito y arrogante— como no, por supuesto, en el mundo hay cuenteros y yo.

Tras un momento de meditación, la profesora dice:

—Bueno, entonces usted será el primero.

Jonathan, en efecto, no era ningún cuentero. Era recreador. Jorge Olaya, veterano cuentero oriundo de Buenaventura (dice que en su momento lo admiró), tenía un relato llamado ‘El negro más lindo del mundo’ que lo contó una vez en una reunión del grupo de recreación donde trabajaba. Jonathan lo escuchó una sola vez y le encantó. Decidió que ese sería su aporte cultural a la peña artística de su colegio.

Ante sus compañeros de salón y profesora, explicó que iba a contar una historia. El relato, recuerda, es visceral. Se sumergió en éste y el salón para él desapareció. Luego de casi hora y media, un atronador aplauso lo despertó de su ensimismamiento. Había terminado y no se había dado cuenta que delante de sí no sólo estaban anonadados sus compañeros de salón, sino los demás grados

once junto con sus profesores. No percibió cuando entró tanta gente para escucharlo. La ovación que recibió lo hizo enamorarse de la cuentería, pero también marcó lo que sería “el comienzo de los problemas”. Desde ahí, siempre en el colegio lo llamaban para contar cuentos. Se vio obligado a escuchar a otros cuenteros para refrescar su repertorio. Para su fortuna, en ese entonces había muchos narradores orales en Cali. Por ejemplo recuerda a Zien, Borracho, Caoz y la Fundación Juglares del Próximo Milenio, que agrupaba no pocos narradores con gran talento y experiencia.

Los escuchaba en lugares abiertos como la Loma de la Cruz, recuerda Jonathan. A veces iba en parches de colegio o con sus compañeros de la empresa de recreación, aunque prefería ir solo. Recuerda también que en el Festival de Arte de Cali, Caoz tenía convenio con el Concejo Municipal y el Festival Hablapalabra de Bucaramanga, con lo que se mantenía un flujo constante de cuenteros de otras regiones en la ciudad. Durante su servicio militar, los altos mandos se dieron cuenta de su talento. Se convirtió en la figura de mostrar. Así, el servicio militar se le hizo más fácil, pues una puesta en escena le representaba varias horas de licencia. Terminada su etapa de auxiliar bachiller, se fue para la Universidad del Valle. Su deseo era estudiar comunicación social porque pensaba que esa profesión le iba a ayudar a ‘ser rico, famoso y asediado por la mujeres’. Muy pronto se dio cuenta que no le iba a servir para nada de eso, pero de todas formas le cogió cariño a la carrera. Quedó admitido en la Universidad del Valle, en el año de 1996 a la edad de 21 años. Ahí se metió de lleno al grupo El Perol, que ya contaba con tres años de vigencia. Aprendió los cuentos de Miguel Caro Gamboa; de Jairo Aníbal Niño (dice que todos los cuenteros han pasado por su prosa) y de Tío Conejo, que, según afirman, todos los narradores han redibujado sus historias con palabras habladas. En los talleres de El Perol

comienza a conocer cuenteros más seguido. Conoce mucho mejor a David Murillo, uno de sus primeros mentores. Para Jonathan, El Perol era como el patio de juegos de los que, como él, se preparaban para ser mejores narradores orales. Ante el público univalluno, todos ponían en práctica lo aprendido.

David significa “amado de Dios”

David Murillo está en su oficina. Tiene un computador de mesa y un computador portátil Mac; dos ventiladores y unos cajones para archivar documentos. Trabaja como investigador académico de la Universidad Santiago de Cali en la sede que queda en el barrio San Nicolás, diagonal al Centro Cultural Comfandi. Tiene rizos rubios, tez blanca y barba en candado. Viste jean, camiseta violeta con estampado de silueta femenina, botas cafés y gafas de cine 3D que él adaptó con lentes para ver mejor. “Es el estilo Andy Warhol”, explica, a quien le gusta mucho la estética pop. Su voz tiene un acento peculiar, como si fuera extranjero. Pero no lo es. Por el contrario, se podría decir que su esencia es provincial. Nació en Palmira un lluvioso 26 de julio de 1975, a las 8:00 de la noche. Como todos en la población eran amigos, la mamá, pese a que estaba en dolores de parto, se esmeró en salir con una apariencia intachable. No permitiría que sus amigos la vieran mal.

Su nombre es Carlos David Murillo Carmona. Guarda el nombre de Carlos para cuando sea más viejo. De niño lo llamaban Tito, por lo chiquitito. En la adolescencia comenzó a identificarse como David para darse un nombre más fuerte, más juvenil, de mayor recordación. Hola, qué tal. Yo soy David, dice. Cree que uno se transforma desde las palabras y en las palabras él se transformó en David. David significa “amado de Dios”, asegura. Y a David le gusta

que lo amen. Su infancia fue muy paisa, muy cafetera, de vivir en fincas, recoger café, ver marranos. Las vacaciones eran dormir en un colchón en el suelo y al otro día recoger café y jugar con lo que había. Son cosas que se quedan en su memoria. Su abuela lo crió en Cartago, Valle. Ella fue la primera persona que le contó historias de miedo y de su vida. Alguna vez le contó historias de cuando era niña y de cuando mataron a su esposo. Un día, dice David, hará una película con el crimen de su abuelo. Tiene dos hermanos mayores y más guapos. David es el tercero. Por eso, por verse eclipsado por el éxito con las mujeres de sus dos hermanos, se fue por el camino de un niño solitario, con una vida y un espacio mental interno bastante desarrollado. Comenzó a inventar historias, a dibujar, a fantasear. Desde muy pequeño hizo teatro que lo ayudaba en muchas cosas. Estudió música y artes marciales. “Era un pequeño Ninja, un arma mortal”, asegura. Llegó a Cali a los once años. Vivió en La Rivera, barrio de clase popular al norte de la ciudad. Ahí salía mucho de fiesta a bailar salsa. No obstante, cuando entró a estudiar al Colegio Santa Librada, sus planes de ocio eran visitar el archivo histórico de la biblioteca del Colegio para jugar a ser investigador. Se quedaba toda la tarde leyendo libros.

Entrenaba toda clase de deportes. Hizo parte de la primera selección pre-juvenil de Waterpolo en el Valle del Cauca. “Porque no había nadie más, realmente”, explica. Al Santa Librada llegaban muchas cosas y él aprovechaba todas las oportunidades. De ahí el waterpolo y su piscina. Artes marciales, Judo, entre otras. Además, hizo parte de la Constituyente, un movimiento estudiantil impulsor de la Séptima Papeleta. Ahí conoció al desaparecido periodista y humorista colombiano, Jaime Garzón. Una vez le pidió un autógrafo por pedido de una chica enamorada. “Mira, tienes mucho éxito con las mujeres. Fírmame este autógrafo para ella y fírmame otros

dos para mí”, le dijo David, de entonces quince años. El famoso periodista le firmó el de la chica y los otros dos. A todos, rememora David, los marcó con una nota que decía “muestra gratis”. Pero David de todas maneras los vendió porque andaba mal de plata. “Y de la chica a la que le di el autógrafo nunca obtuve nada”, remata.

Paralelo a todo lo que hacía, siempre estuvo en un grupo de Teatro. Primero estuvo en varios comunitarios y luego entró a uno que se llamaba Grutela, dirigido por Francisco Henao, su primer maestro, quien daba clases en los colegios y sumaba gente a su grupo. Ahí comprendió que su búsqueda va en contra de la impostación teatral. La naturalidad en su escena y en las historias, era su anhelo. Además, Murillo estaba también en recreación en el grupo de Jorge Olaya, Ant Recreación. Ahí se conoció con Jonathan Lenís, Jhon López y los demás.

David era muy inquieto. Extremadamente inquieto. Mantenía un nivel de vida acelerado. Sufrió de estrés a los 15 años. Estuvo a punto de morir. Se perdió los Juegos Panamericanos de Cali del 71. Aníbal Murillo, su padre, pensionado del Ejército, hizo que recibieran a su hijo en un hospital militar. “Si no hubiera sido deportista, se muere”, ahí le dijeron. Luego entró a estudiar Ingeniería Electrónica, en la Universidad del Valle. En ese momento David no estaba en El Perol. Vio nacer el espacio desde su rol de espectador y estudiante univalluno.

“Francisco Garzón llegó con su impostación y con esas reglas de la narración oral escénica. Y eso es lo que vi en el naciente espacio de El Perol. Cazo es así, pues nace de ahí un poco. De la escuela Garzoniana, y de hecho asume la cátedra de narración oral Garzoniana en Latinoamérica”, dice David.

En el 95 ya estaba trabajando con la Corporación de Recreación Popular. Para llegar ahí compitió con cuenteros como Zien y Caoz. Ahí trabajó cuatro años siendo cuentero en varios parques de la ciudad.

David Murillo comenzó contando literatura y cuando llegó a la universidad contó tradición oral. Con Jorge Olaya aprendió cuentos conjuntamente sin saberlo muy bien. Tal vez, dice, fue él el primer cuentero que vio Jorge Olaya. Los dos decidieron contar cuentos en las funciones de recreación. Ellos usaron las historias como una herramienta para recrear. En la época de Caoz, recuerda Murillo, los círculos de cuentería eran muy cerrados, recelosos. David, por su parte, nunca buscó la aprobación de nadie. Luego partió para España. Las razones son varias. Entre estas, el cuentero quería explorar otras formas de hacer las cosas. Eran los años noventa. En definitiva, David Murillo abandonó el país porque gestionar en Colombia le pareció una tarea difícil.

“Oh, qué bacano contar”, pensaba mientras miraba en silencio

Está en el Centro Comercial Unicentro. Son las 9:00 p.m. Julián Maya –cabello largo recogido en una cola, carácter amable, deje paísa al hablar– toma un sorbo de cerveza. Exhala el humo de su cigarrillo. Es un fumador empedernido. Ya cómodo, cuenta que nació en Medellín el 26 de julio de 1978. La anécdota curiosa del día es que su mamá cumple años el 25 de julio. Julián le llegó de regalo al otro día. A veces la molesta diciéndole que el mejor presente para ella fue que él haya llegado al mundo. Sus compañeros lo presentan como “la reina de belleza de la cuentería” porque nació en Medellín, vive en Cali pero representa a Palmira. Su familia es de comerciantes y nómadas: han vivido en muchas ciudades. Su in-

fancia estuvo cruzada por muchos colegios. No establecía lazos de amistad. Además, en la adolescencia resultaba muy indisciplinado pues no le gustaban las normas. Le tocaron los profesores ‘Palabra Sagrada’. “No como los profes de hoy que tienen tanta cercanía con sus estudiantes”, cuenta Julián, quien además de cuentero es docente universitario. Hace poco se había encontrado con una de sus alumnas en el centro comercial. La saludó como si fueran amigos de la misma edad y le dio un beso en la mejilla. Ahora dice que eso, en su tiempo, hubiera cuando menos sido impensable entre profesor y estudiante.

Llegó a estudiar Administración de Empresas en la Universidad Nacional, seccional Palmira. No tenía ni computador. Fue a su casa a recoger las cosas para irse a vivir a ese municipio del Valle. Alquilaron una casa con otros amigos. Cuando se comía no se sacaba fotocopias y viceversa. Eran como una familia. Se hicieron conocer; los profes los invitaban a almorzar. Cada vez que se veía alcanzado, tal como había aprendido en su reciente experiencia de recreador, se ponía a contar cuentos y mochileaba en la Universidad, en el parque de La Palabra. La cosa funcionaba bien. Iba gente. Pero Julián antes fue monitor de Bienestar Universitario. En la Universidad, al contrario del colegio, podía ser todo lo rebelde que quisiera siempre y cuando rindiera en las clases. Así descubrió que era nerdo. Pero nerdo descarado porque no le interesaba la nota. “Ustedes saben que yo sé, mientras sea de 3.0 para arriba, lo que sea. Lo demás es plusvalía”, le decía al profesor. Había ya un espacio de cuentería fundado por él pero sin nombre. Entonces, un caricaturista, Mario Gálvez, estudiante de esa universidad, le dijo:

—Güevón, ponele La Butaca.

Porque la gente, argumentó el estudiante, cuando Julián ponía una butaca en la mitad del parque, sabía que había cuentos. Y era cierto. Desde 2001, Julián ponía la butaca en la mitad de la plazoleta. A los diez minutos ésta ya estaba llena, sin necesidad, a diferencia de Cali, de promulgar el llamado grito lastimero.

Empezó la Universidad desde 1998 e hizo 16 semestres. Salió a los 25 años. Le gustó mucho la 'Nacho'. Llegó a ser uno de los estudiantes y coordinadores culturales más antiguos. Gracias a la acogida del público, tenía muchas relaciones con la ciudad. Lo mandaban siempre a cualquier evento cultural. Pero esa vez llegó a la Universidad del Valle, en Cali, donde, a diferencia de Palmira, nadie lo conocía. Ahí su novia, una atractiva india latina de pelo negro, estudiante de literatura que ya ejercía su carrera, lo había invitado a escuchar los cuenteros. Así se cercioró de la fuerza del grupo El Perol en la ciudad. Había visto antes al cuentero Luis Mario Palta, mejor conocido por el seudónimo de Lucas Barbosa, porque había contado antes en Palmira, en el espacio de La Butaca. En Palmira, su nombre ya era reconocido y respetado. Pero en Cali se sentó como cualquier otro espectador más a escuchar al cuentero. "Ah, qué bacano contar", pensaba mientras miraba en silencio.

—Por qué no vas. Allá está Lucas. Decile a él que te presente a los demás—, le dijo su novia.

Esa vez Lucas estaba como invitado. Los cuenteros, recuerda Julián, en ese entonces eran un círculo muy cerrado, petulante y agresivo. "¿Tú eres cuentero?, ¿Quién es tu maestro?", recuerda que se preguntaba, y que dependiendo de quién fuera el maestro, decidían si le dirigían o no al narrador. Mejor dicho, Julián Maya no era nadie. Ni por tiempo ni por formación. Pese a ello, su novia lo

convenció. El hombre se acercó a saludar. Lucas le contestó la venia y lo presentó ante el público universitario, diciendo: "este pelado cuenta en Palmira". De ahí, Lucas lo presentó ante Jonathan Lenis, entonces reciente director del prestigioso colectivo.

—¿Quiere contar?—, le preguntó Lenis a Lucas, mirando con desdén a Julián.

"Negro hijueputa qué se cree", pensó Julián al instante.

—Si quiere contar —dijo Jonathan Lenis—, lo espero el próximo jueves que hay espacio. Nosotros contamos a las 12:32 de la noche. Es la lunada de El Perol.

Jonathan lo permitió por ser Lucas uno de sus mentores quien se lo había pedido. De lo contrario, asegura Lenis, no lo habría dejado. "Era El Perol, el espacio de narración oral más prestigioso de la ciudad, y yo como director no iba a permitir que cualquiera contara", argumentaría en su momento Lenis. Esa vez Julián Maya llegó tarde.

—Yo pensé que le dio miedo—, le dijo Jonathan a Julián cuando lo vio llegar. "¡Negro hijueputa!", pensó Julián esta vez con inquina.

—Vamos a ver qué tiene para contarnos— dijo Lenis adentrando en la plazoleta al invitado.

Julián se sentó y contó. Narró uno de los primeros cuentos que escribió. Cuento para la generación X. A la gente le gustó. Jonathan, al terminarse el cuento, recogió el dinero en su mochila. Sacó unas monedas y se acercó a Julián diciéndole "muy bien". Luego le dio el dinero suficiente para su bus de regreso.

“¿Negro hijueputa cree que vine aquí a contar por monedas?”, se dijo Julián para sus adentros.

Le explicó que él no estaba pidiendo monedas. Que fue porque quería contar. El Perol connotaba un emblema de la cuentería a nivel local, y presentarse ahí ya le significaba un logro tremendo.

“Caoz estaba muy agotado”

Caoz, según David Murillo, estaba muy agotado y por eso recuerda que vio El Perol como un objetivo importante a recuperar. Lo que hizo cuando llegó a dirigirlo fue rescatarlo como grupo estudiantil de investigación de la narración oral dentro de la Universidad, y a eso se le añadía el espacio de cuentería de El Perol.

David tenía 20 años y era el típico cuentero flaco, de pelo largo y voz aflautada. No solamente contaba historias para hacer pensar, sino para divertir a la gente. Por eso era muy criticado. “Me tildaban de payaso. Yo nunca fui invitado a ningún festival”, recuerda David.

Por esa razón, según él, se creó el Unicuento. “Se hizo para abrirle la posibilidad a otros. Ya no circuitos y bares para unos pocos donde sólo se le cuenta a gente de otro lado”, dice David.

Cuenta que él y su grupo hicieron cuentería de forma esporádica en lugares públicos de la capital del Valle como la Loma de la Cruz y la Colina de San Antonio, junto a Andrés Osorio, Jorge Olaya, Jonathan Lenis, Mauricio Camayo y Clandestino Rueda, a quienes les gustaba contar historias en la calle y en la Universidad.

“Era como una banda de músicos pero esta era una banda de cuenteros”, recuerda David, quien tenía en ese entonces 22 años. Ellos, asegura, armaron el primer festival para cuenteros en un teatro. Se abrió el Teatro Imaginario (que ya no existe), ubicado en San Antonio. “Fuimos unos de los primeros que hizo que la gente pagara para ver cuenteros”, arguye.

Historia de El Perol

Jonathan Lenis en su casa, con pleno atardecer y el viento del oeste de Cali rugiendo a través de la ventana de la sala, se dispone a contar la historia del grupo El Perol.

De Caoz a David Murillo

Sale Caoz de Univalle –según él “porque ya tenía vida propia el espacio de cuentería que fundó”–, y entra David Murillo (un cuentero incomprendido al que criticaban por el uso del humor en la narración oral) a coordinar el espacio de narración oral junto con el grupo de cuenteros que había en el taller. Ahí se conforma el grupo estudiantil de narración oral, El Perol. Nacen los estatutos y se conforman como un grupo estudiantil de la Universidad del Valle. Para esta fecha, en 1997, David Murillo viaja a España y deja a cargo al cuentero Juan Mauricio Camayo ‘Ángel’.

De David Murillo a Juan Mauricio Camayo, ‘Ángel’

Ángel comenzó a coordinar el espacio. Para ese entonces, Jonathan Lenis ya formaba parte del taller de El Perol. Era un narrador más. Alcanzó a trabajar un tiempo con David Murillo, quien

hizo su propio camino con propuestas escénicas como narrador independiente en el país y en el exterior. En 1997 surge la necesidad de hacer una muestra municipal de cuenteros universitarios. Entonces nace la idea del Primer Festival Universitario de Cuentaría Universitaria, Unicuento, que desde su primera versión se convirtió en la vitrina más apetecida por todos los narradores orales de la región.

“Ese primer año de Unicuento fue muy bonito porque éramos casi todos los narradores caleños. Yo no participé directamente, pero sí estuve en la logística del evento. Entre espacio y espacio los narradores le daban a uno la oportunidad de contar. Era lo rico que había antes. Cada vez que había alguien nuevo, se le daba la oportunidad de contar para que se fogueara. Contar cuentos no es solo de talleres. Es de enfrentarse al público. De darse a conocer en otros espacios diferentes al propio”, dice Lenis.

Ese Unicuento aportó mucho para la vida de Jonathan y su formación como narrador; fortaleció lo que era en ese momento la cuentería en Cali. Para él, fue el año en que la cuentería caleña tuvo más fuerza. En el segundo semestre de 1998 se cierra la Universidad del Valle. Hay paros y protestas. El ministro de educación en ese entonces fue el caleño Francisco ‘Kiko’ Lloreda quien, dice Lenis, fue el ministro que más instituciones públicas cerró.

“Para él fue más viable cerrar la Universidad del Valle que negociar”, recuerda Jonathan. Univalle entonces cerró el segundo semestre de 1998, y Unicuento ese año no se hizo. La Universidad Santiago de Cali con Jorge Olaya y David Murillo (con Huellas de Paz) asumieron el Unicuento, y desde ahí fueron encargados de llevar a cabo los demás.

En 1999 reabre Univalle. Recuerda que metieron tres semestres en un año para compensar el anterior cierre, actualizarse y ponerse al día. “Fue el año donde más mortalidad académica hubo. Eso generó un desarraigo en los estudiantes de la época. No había tiempo sino para estudiar, no había tiempo para la lúdica. La mayoría de los grupos culturales cerraron y solo quedaron dos: el de danza que ya tenía una identidad propia, y El Perol porque nosotros como estudiantes decidimos que el espacio no podía morir”, recuerda Lenis.

Para el segundo semestre de 1999, Juan Mauricio Camayo arranca una segunda carrera paralela a la que venía haciendo. Estudiaba dos ingenierías al tiempo. Por eso declina la dirección de El Perol y propone que alguien retome la coordinación. Los seis talleristas que estaban en ese momento trabajando, de forma unánime designaron a Jonathan Lenis como el nuevo coordinador del prestigioso espacio.

De ‘Angel’ a Jonathan Lenis

Jonathan asume las riendas de El Perol en 1999, y desde ahí consagró su vida a éste. De las primeras cosas que se hicieron ese año fue cambiar el espacio de narración oral de miércoles a jueves al medio día, en la Plazoleta de Ingenierías de la Universidad del Valle (que es como está actualmente). En el 2000 viajó a diferentes eventos a nivel nacional. Va a Bogotá al Hablupalabra. En Villavicencio fue al Festival Cuentabro; en Palmira estuvo en el Vení, Contame, Ve. En Medellín fue al Aquetecuento. Ahí ve que los grupos de cuentería funcionan independientes a las universidades, a diferencia de Cali, en donde todos los espacios universitarios dependen de estas instituciones. Jonathan se inspira con la experiencia de cuentería en Medellín, y paralelo al grupo estudiantil El Perol, inicia en el 2002 con Juan Mauricio Camayo, Mauricio Zúñiga, Juan Fernando

Aguilera, Marco Mosquera y Julián López, la junta directiva de una industria cultural bautizada con el nombre Corporación El Perol.

“Ellos en Medellín venden funciones como cuenteros independientes, ¿por qué no nos organizamos para poder tener una razón social y ser una industria cultural?”, pensaba Lenis.

Mauricio Zúñiga se encargó de construir la estructura organizacional de la empresa en su trabajo de grado para optar al título de Ingeniero Industrial de la Universidad del Valle. En el 2002 se crea la Corporación El Perol. “Ahí la historia se parte en dos. Por un lado está el grupo estudiantil de narración oral El Perol los jueves, y por otro, la Corporación El Perol”, dice Lenis.

En ese proceso, las personas que fundaron la Corporación El Perol empezaron a irse por sus líneas de vida. Jonathan ha sido el único que se ha mantenido igual y vigente. En un cambio de junta directiva, debido a que muchos fundadores renunciaron, el cuentero palmirano Julián Maya, con quien antes no se llevaban bien, se integró a la Corporación El Perol en el 2004.

Trabajaron. Se expandieron por fuera de Univalle. Empezaron a abrir espacios como el de Coomeva, que se hace bimensualmente. Actualmente le venden servicios a la Universidad Icesi, primero en funciones sueltas y ahora con un espacio permanente que se llama El Rincón, que lleva seis años funcionando. Tiene taller de formación de cuenteros ahí y prestan servicios de acompañantes en eventos culturales en la Universidad San Buenaventura.

Trabajan más de lleno en Palmira por Julián Maya, quien tiene allá un proceso fuerte. Con la Casa de la Cultura, hoy Secretaría de

Cultura de ese municipio, la Corporación El Perol hizo parte del Festival de Arte de Palmira en honor a Ricardo Nieto. Lograron gestar, gracias al empeño de Julián Maya, un festival independiente al Festival de Arte que se llama Vení, Contame, Ve, también en el 2002. Ahora es una muestra mensual.

Además, por Julián Maya, quien ha trabajado en nombre de la Corporación El Perol, se han gestado procesos en la Universidad Nacional -seccional Palmira- con La Butaca (el espacio de más tiempo en Palmira). Auspiciaron una Narratón de 48 horas hace cuatro años con diez narradores invitados y locales, dos noches, tres días. También el evento ‘La palabra cuenta’, que fue en el Teatro Jorge Isaacs con una duración de seis noches, una vez al año. El último año no se hizo por falta de patrocinio. “Hacer cultura en Cali con recursos propios es jodido y arriesgado”, dice Lenis.

Crecieron como institución y como empresa ofreciendo sus servicios de acompañamiento. Tienen presencia en casi todas las universidades de Cali y Palmira. Acompañan procesos independientes como ‘Cuento pa’ rato’ en Yumbo con Cajita Mágica. Ahora ya lo hacen solos. En Jamundí implementaron el Narramundí con la Casa de la Cultura, el cual se quiere retomar. Tienen el Bibliocuentando en la Biblioteca Departamental, que se hace el último sábado de cada mes. Y, por supuesto, el espacio en Univalle en el que religiosamente todos los jueves al mediodía en la plazoleta de la Facultad de Ingenierías de la Universidad, hay presentación de cuenteros y talleres de formación, apoyados por la Corporación El Perol.

“La intención es que Univalle acoja al grupo. Que les de apoyo para que puedan funcionar plenamente”, explica Lenis. Quiere que la Corporación El Perol crezca creando espacios de encuentro

social y producción económica, para hacer de la cuentería una industria cultural.

“Se quiere lograr que la narración oral tenga un estatus como práctica cultural; que no se siga mirando como la ‘cenicienta’ de las prácticas culturales, sino que se le dé su lugar, que la gente esté dispuesta a pagar. Que así como pagan teatro o conciertos, también paguen por ver un espectáculo de cuentería”, dice Lenis. En eso él es reiterativo. Siempre las conversaciones sobre el tema llegan a esta conclusión: “para lograr eso, necesitamos que la cuentería misma y sus productores, incluyéndonos, presenten eventos de calidad para ser tratados con altura”.

Historia del Unicuento, la vitrina más apetecida

Según David Murillo, Unicuento nace de la comunión de Jorge Olaya, quien estaba manejando el espacio de La Palabra en la Universidad Santiago de Cali, y de él, quien manejaba el espacio de El Perol en la Universidad del Valle.

“Pero Juan Mauricio Camayo, mejor conocido como ‘Angel’, estaba formando una especie de coalición en contra de nosotros con Miguel Miranda y con la Univalle. Desde el grupo de investigación El Perol planteábamos una propuesta desde lo local, y ellos planteaban una cosa nacional. El Perol pensó que eso no era acertado”, rememora David sobre el surgimiento de Unicuento.

“Así que nos repartimos así: ustedes hagan el nacional y nosotros el local. Era el Unicuento y el otro festival. Y efectivamente sucedió así: nació el Unicuento en 1997. La Universidad Santiago

de Cali apoyaba a Univalle y viceversa, pero hubo un problema y es que en las impresiones, tal vez por error, salió El Perol como si estuviera dentro de la Universidad Santiago, y de su espacio La Palabra. Motivos para pelear. Todos querían pelear. Incluso El Perol tuvo problemas con eso. En el crédito al Perol no se le puso que era de la Universidad del Valle porque la Univalle no puso nada, pero sí era obvio que El Perol estaba asociado a ella. Que no daba nada la Univalle, era cierto, pero eran un grupo de investigación de allá. El crédito debió darse y era un precio que había que pagar.

La cuestión fue que Unicuento salió con muy buenos resultados, con muy poquita inversión, aproximadamente 500 mil pesos. La Universidad Santiago de Cali organizó unos carteles y ya. El resto fue voz a voz. El grupo de cuenteros de El Perol que trabajaron esa vez, fueron Gina Viviana Morales, Jonathan Lenis, Mauricio Camayo, Julieta Buitrago, Gloria Amagán, Claritsé Soriano, y otros. También, por parte de la Santiago, trabajó la gente de Huellas de Paz y la gente de Jorge Olaya con el espacio de La Palabra. El mismo Jorge Olaya sigue creyendo en este espacio, además del prestigio dado por los mismos cuenteros. Esto no se hizo por lucro. Se hizo por el reconocimiento de “La vitrina”, cuenta Murillo.

Las dos perspectivas del Unicuento: la vitrina y la decadencia

David Murillo sí conoce la mala perspectiva que se tiene del Unicuento por parte de algunos cuenteros. Para él, esto tiene que ver con toda la decadencia en general de los contadores de historias de Cali.

“Pero eso no es sólo aquí: en Bogotá también. Y yo regresé de España para darle fuerza al Unicuento otra vez. Ya que estoy aquí,

quiero darle esa fuerza de antes al Unicuento. Con una planeación con anterioridad e invitando a otros colectivos a participar. En este Unicuento (octubre de 2011) no se pudo hacer eso por los problemas de la Santiago relacionados con las protestas estudiantiles sobre la reforma a la Ley 30, en la que un estudiante santiaguino murió con un explosivo mientras protestaba.

La Santiago era la que empujaba con mayor fuerza el Unicuento y se vio mermada su fuerza. Por eso se quiere separar el Festival de la Santiago, para que no afecte tanto. Se busca que el Unicuento sea planeado y concertado con gente que sí quiera trabajar. Tener el dinero listo antes de comenzar, por ejemplo. Quienes participen en Unicuento debe ser por méritos. “Pero todo eso lo da el trabajo anterior al Festival”, cuenta David.

Así fue Unicuento en su primer año. El segundo lo asumió la Universidad Santiago de Cali, con Jorge Olaya. David Murillo estuvo en los dos primeras versiones del evento.

Historia de Huellas de Paz

Jorge Olaya trabajaba en su colectivo de cuentería, Huellas de Locura, junto con David Murillo. Luego, éste se separa del grupo y empieza a trabajar más con Andrés Osorio en la Universidad del Valle en algo que ellos llamaban Cuentos de Paz, liderando proyectos para la no violencia a través de los cuentos. Jorge Olaya empezó a trabajar con Jhon López, Lucas Barbosa y Javier Ceballos en Huellas de Locura. Ellos tres empezaron a hacer títeres y cuentos. De ahí, en 1997, surgió la idea de juntar los dos colectivos porque Jorge y David trabajaban juntos en todos lados. La ecuación fue esta: Cuentos de Paz más Huellas de Locura, igual, Huellas de

Paz. Empezaron a trabajar y todo lo que salía era a nombre de este colectivo, considerado el más poderoso en cuanto a producción de narración oral en la región.

“Lo bueno en ese tiempo era que teníamos contradictores. Había gente que odiaba los cuenteros. Nos tildaban de payasos. Incluso algunos artículos salieron en la prensa y eso era un indicador muy bueno. “Las críticas las recibíamos con regocijo”, recuerda. Por ese entonces también se tuvo la necesidad de crear un espacio de cuento. La Casa de las Palabras, un lugar físico para ello, nació como sociedad con Eduardo Isaza, representante de la Fundación Juglares del Próximo Milenio.

“Todo era muy organizado. Se contaba en todos los lugares, en las universidades. Y coordinar era fácil porque era una programación sencilla. Éramos un grupo de trabajo. Antes era sólo Caoz y ya. De hecho El Perol subsiste por eso, porque las cosas se plantearon desde que lo dirigí como un grupo de trabajo”, cuenta Murillo.

“Yo soy cuentero,” Puedo decir cualquier mentira

Ahora Jhon López muestra fotografías de él en Facebook. En una se ve cuando tenía 18 años. Ahí posa de medio lado recién peluqueado, y tiene una chaqueta blanca sin mangas que deja ver sus brazos musculosos. Su rostro, igual que ahora, tiene un aire angelical. Ojos negros redondos y chiquitos, piel blanca, medio gordito, sonrisa fácil y traviesa. No aparenta ser el responsable de todo ese vandalismo que dice ha causado.

—Éramos vándalos pero vestíamos ropa de marca. Los robos que hacíamos dejaban mucha plata—, dice Jhon.

—¿Alguna vez has sido judicializado por esos delitos?

—No— contesta Jhon López, un poco divertido. Agacha la mirada y luego dice “igual, yo soy cuentero. Puedo decir cualquier mentira”.

Y retoma el hilo de su historia. Dice que no le gustó nunca trabajarle a nadie. Tuvo mucho dinero y amigos. Salía todos los días a rumbar y llegaba con 500, 300 mil pesos en los bolsillos que sus compinches le regalaban. Su mamá, que está al pie del cuentero cosiendo ropa, se entromete y dice que Jhon ha estado en los mejores colegios. Que ella se los ha procurado con mucho esfuerzo. Que el muchacho ha tenido buenas oportunidades y no las aprovechaba. La mamá le compraba uniformes caros y siempre quedaban tendidos en la cama. Un día, recuerda, Jhon llegó de primero al colegio. A los estudiantes que iban ingresando a la institución les decía que no había clases y a todos los devolvió. Por eso lo expulsaron.

—Es que quería ir a Pance —ripostó—, es mejor que sea honesto.

No le importaba que lo vieran consumiendo drogas, ni siquiera que lo supiera su mamá. Le gustaban las drogas estimulantes. Por eso, por durar tanto tiempo despierto por los alucinógenos, ha tenido dos pre-infartos.

Una vez, en una *paradise* (fiesta), una muchacha bonita le tiró un papel. Ella (luego se enteró Jhon) estaba en un grupo de recreación llamado Ant Recreación, en donde estaba Jorge Olaya con David Murillo y Jonathan Lenis. El mensaje era una invitación a un curso. Jhon fue con un amigo. Nunca había estado en una reunión social

de ese tipo porque lo suyo eran las rumbas, la gaminería, las motos. Inesperadamente para él, encajó muy bien en ese mundo desconocido: presentarse, jugar, ser amable, cantar rap y contar chistes, le pareció muy fácil. Se dio cuenta que tenía más capacidades para eso que los que estaban ahí. No sufría por el qué dirán. Tenía 18 años. Era el centro de atención en cualquier parte. Al comienzo iba detrás de la muchacha que les tiró el papel, y a lo último eso fue lo que menos le importó. Volvieron. Ya estaba muy dentro de la recreación. A los dos años ya era casi dueño de la empresa. El primer cuentero que Jhon López vio fue David Murillo. Recuerda que él contaba cuentos de tradición oral a sus compañeros.

No tenés que fingir. Esto no es gracioso

Después Raúl España vio ‘Como vinimos al mundo’, que para él es una de las mejores películas de muñequitos, que además le orientó en cuanto a temas sexuales. Estando en Kinder ya sabía cómo venían los niños al mundo. Luego, el hermano peleó en el colegio y se volvió metalero. Su familia no les dejó escuchar rock porque creían que era satánico. Les suspendieron lo sombrío y el terror. Mientras unos se tenían que camuflar la película pornográfica, ellos camuflaban películas de terror que veían a escondidas. Raúl, además, era violento en la escuela, es de los que arrea madre cuando no lo atienden bien.

—Ahora ya no porque maduré y debo conservar un perfil. Soy una figura pública— dice España con una sonrisita burlona.

Una vez en una función de narración oral, un sujeto se le reía sarcásticamente. Lo hacía a cada rato. Raúl no aguantó. Le dijo

“no tenés que fingir. Esto no es gracioso”. El sujeto continuó con su fastidiosa risotada, hasta que el cuentero paró la función y dijo “yo soy el artista y legalmente lo que diga en el escenario es válido y por eso le digo esto: usted es un hijueputa”. El hombre que se rió había pensado que era una broma del cuentero sombrío. Cuando lo sostuvo, hasta el público se pasmó. El hombre impertinente sonrió fingidamente por última vez y se fue.

Ahora Raúl cita al escritor norteamericano Stephen King y su concepto de la honestidad. Al respecto, cree que el lenguaje se ha convertido en una prostituta barata. Si eso no tiene otro sinónimo, cree que hay que decirlo así. Otra fuente de inspiración de este cuentero es el llamado poeta maldito, Charles Baudelaire. Le parece que en su poética agotaba muchas cosas, no se iba por los convencionalismos. “Un poema de amor de Baudelaire puede girar en torno a una mortecina y es hermoso”, dice. Muchos cuenteros le manifiestan que mancilla la cuentería. Que hay otras formas de decir las cosas. Él, por su parte, les contesta que lo bonito es relativo. Que uno puede hacer poesía de cualquier cosa de acuerdo a la experiencia estética. Él privilegia la honestidad. Se siente bien consigo mismo. Sus palabras en los cuentos pueden ser fuertes, pero asegura están en función del mismo texto y no del humor. “Es la diferencia entre la narración oral escénica y la comedia callejera”, anota.

Raúl era muy malo en sus inicios. Le narraba a sus amigos de bachillerato historias propias que al final resultaban deprimentes. Cuenta que cuando relataba escritos de otros, le iba mejor. Acepta que solo ha escrito dos cuentos buenos en su vida y uno de ellos ganó un concurso de literatura y salió publicado por la Alcaldía de Cali en una recopilación llamada ‘Nuevos mitos y leyendas

urbanas’. Ese es el único texto que le enorgullece reconocer. Todos los demás están reclusos en el baúl de sus recuerdos.

Él se dio cuenta que era bueno narrando cuentos de otros y decidió entonces inclinarse por ahí. Darle vida con palabras habladas a los cuentos que estaban en sus libros favoritos; adaptaba a Stephen King, a Ray Bradbury y muchos otros autores foráneos. No literatura colombiana porque para él es muy costumbrista.

No puede separar lo cinematográfico de lo literario, pues así fue su acercamiento a la literatura, y viceversa. Cuando lee un libro es como si estuviera viendo una película, y ver una película es como si estuviera leyendo un libro. De ahí que recurra a efectos sonoros como el ¡pum! ¡pan! tipo Mac Phanton en su narrativa oral. No puede separar eso. Es un mal lector en ese sentido. Si un libro lo aburre, lo desecha. Así haya botado plata en él.

Quemaron a Jhohann

Mientras tanto, Jhohann Castellanos, en el comedor de su casa, continúa su historia:

—Es que la adolescencia es verraca porque uno está en conflicto a toda hora. Por un lado estaba la recreación, y por otro, el colegio Luis Medina donde estudiaba, que era técnico. Yo quería estudiar Ingeniería Mecatrónica porque he sido bueno para los números y la electrónica. Yo todo lo arreglaba. Todo. Sin embargo, mi mamá dice que me quemaron porque yo todo lo arreglaba pero ahora no clavo ni una puntilla. De hecho trabajé en una empresa como jefe de producción. Yo sé de procesos. En la adolescencia se decía, “que se me quemó el ventilador, quién lo arre-

gla, ¡Jhohann!”. Yo era el técnico de la familia. Entonces llegó un punto en que todo el mundo decía “¡Jhohann!”, y mi mamá decía por eso lo quemamos, porque llegó un punto en que este man se mamó de que todo lo arreglaba él. Y no, lo que pasó es que yo dije que ya no quiero. Me quiero dedicar a otra cosa. Entonces por la empresa de recreación, fui a parar a una empresa de producción de artículos publicitarios de mascotas, de disfraces en forma de muñecos que se pone la gente. Allí aprendí a hacer esos muñecos. Yo era el que se encargaba de manejar el kardex financiero, pero de vez en cuando subía a la oficina del diseñador y ahí aprendí a hacer los muñecos.

Aunque a mí no me podían contratar. Tenía 17 años. Era menor de edad. Ah, eso fue otra cosa: me echaron del Colegio Luis Madina. Yo empecé mi especialización a lo último ya en décimo grado cuando me echaron porque no iba a clases. Pero conmigo pasaba algo muy curioso: iba a la primera clase, me averiguaba los temas, tenía pendiente los días que iban a hacer las evaluaciones, pero no entraba a clase. Entraba a las evaluaciones. Ganaba los exámenes y ya. Mis notas en noveno eran de 96% de faltas con el mejor promedio del salón. Décimo lo perdí por las faltas a pesar de tener un promedio distinguido. Me volaba de clases a jugar Dragon Ball Z.

Jhohann sentía que perdía el tiempo en clase. Él solo investigaba, presentaba el examen y lo ganaba. Estaba becado y, si seguía así, le iban a becar la Universidad. Por eso, cuenta, la expulsión del colegio por inasistencias fue uno de los golpes más fuertes de su vida. El alumno de las mejores notas fue echado sin ningún miramiento por sus profesores.

Se sabe también que Jhohann aplastó su lonchera de Tortugas Ninja por mal genio. Como no había plata, la volvió nada. A su primera novia la hartó por su actitud furibunda. Para rematar, era un buscapleitos junto con el negro Perea, su compañero de clases. A ese no lo echaron porque sí iba a clase.

“Una vez vi a un man en la Colina. Estaba sentado. Ahora es un hombre grande y yo lo cascaba todos los días en el colegio. Porque sí y porque no”, dice como si no lo creyera.

Jhohann fue a gestionar un permiso en la Oficina de Trabajo pero se lo negaron porque ningún menor de edad puede manipular elementos químicos. En consecuencia, le cayeron a la empresa donde estaba y de ahí también lo echaron.

Decidió entonces hacer muñecos. Su primer cliente fue Alival (Alimentos del Valle). Hizo la Vaca Nanda, de leche San Fernando. También el perro que parpadeaba de Tampico. Muy pronto se unió su hermano mayor, Óscar, quien terminó dirigiendo la empresa.

Y llegó el arrebato de los 19 años de Jhohann. La rebeldía, la música. Estaba ensayando con una banda de rock. Se había empezado a vincular con la comunidad cristiana por interés mas no fe, porque ellos tenían los instrumentos. Pero fue ahí en la iglesia donde conoció a Dios y descubrió al que hoy es como su segundo papá: Douglas Castrillón, quien murió hace dos años. Con él pasó algo tremendo que lo inquietó hasta lo más hondo de su ser.

—Un video muy *heavy*—, dice Jhohann mientras trae el ventilador. Estaba haciendo calor.

“Chino, esto es lo que usted tiene que aprender

Cali conoció por primera vez los *performances* de ‘Cómo parcharse a la gorda de la fiesta’ y ‘Causas y efectos de por qué es beneficioso que una paloma te defeque en el hombro’. Se rompió el esquema de la cuentería en Cali. El panorama de la narración oral en ese entonces estaba integrado por El Perol, dirigido por Jonathan Lenis, y los cuentos de la tradición oral del Pacífico. Cuentos serios, recuerda Vampi. Una narración oral muy escénica. Y él quería tener un espacio como en Bogotá. Algo no tan técnico y más lleno de humor.

La primera vez que se vio con Jonathan Lenis no fue un encuentro cordial. Vampi y sus amigos llegaron sin pedir permiso a la Plazoleta de Ingenierías de la Universidad del Valle, echaron sus cuentos y fue un boom. Jonathan, por el contrario, dice que no fue tan espectacular y que hizo que mucho público se decepcionara de El Perol. De todos modos, el cuentero y compañía se van de Cali dejando mal nombre. Vuelven a Bogotá. Muchos cuenteros ahí habían bajado la calidad porque repetían las historias. Él acepta que es de los que intenta respetar a su estilo, el deber de dar el crédito.

Una vez en una presentación en un Festival de Teatro de Cali, que se hace todos los años, Vampi asiste a una presentación callejera. Pide permiso para hacer su show. Se lo conceden. Cuenta varias historias prestadas porque no tenía ninguna propia. Muchas veces olvidaba dar el crédito. Precisamente, esa vez olvidó reconocerlo. Y ese fue el motivo de la siguiente escena. El narrador entrometido terminó de contar. Dio las gracias y pasó su sombrero. En ese instante un sujeto se le acercó y le preguntó:

—¿Ese cuento que usted acaba de contar a quién le pertenece?

—Creo que es de Óscar Corredor— contesta Vampi, y se va.

El tipo no aparentaba más de 30 años. Era de tez trigueña, cabello corto, vestía jean y camiseta. Vampi terminó su último cuento. Se despidió del público. Y ahí el mismo hombre que le preguntó se paró y exclamó:

—¡Un momento Vampi! Qué pena con usted y con el público asistente. Mi nombre es Carlos Alberto Ortiz, mejor conocido como Caoz, y muchos sabrán quién soy. Estoy seguro que si Óscar Corredor escucha un cuento mío en Bogotá, haría respetar los créditos como los hago respetar en este momento. Y por eso quiero pedirle el favor al señor Vampi que me acepte un contracuento (es cuando dos cuenteros se paran a narrar cuentos cortos y el ganador es quien más relatos cuente).

Vampi pensó “ah, jueputa, ¡la cagué! ¡paila!”. Sabía que el público ya lo tenía en el bolsillo y él fue quien apenas se presentó; además que era la primera vez que veía a Caoz y sabía de la significación que tenía quien en ese momento lo estaba retando para su oficio en Cali. Así empezó el show.

“Obviamente el man me volvió mierda. A mí se me acabaron los textos cortos. Caoz siguió y siguió”, recuerda Vampi. Al final, tras la presión del escarnio público, ofreció disculpas.

—Chino, esto es lo que usted tiene que aprender—, le dijo Caoz.

“Y desde ahí empezamos una amistad. El man me invitó a su casa, me quedé por una semana”. Le mostró videos de cuenteros y le

montó un pequeño taller intensivo. Caoz vio algo en él y lo pulió. Lo volvió más narrador oral escénico. Él, por su parte, le ponía quejas de Jonathan Lenis. Recuerda que le contestó: “cómo es posible que en un espacio público se le niegue la entrada a otros cuenteros”. A regañadientes, rememora Vampi, Jonathan permitió que él contara en El Perol de Univalle. Todo eso durante el año 2000, cuando el América de Cali consiguió su décima estrella al vencer en la final al Deportes Tolima. Vampi esa vez se la pasó gritando y vitoreando como loco por la Avenida Sexta.

Pero llegó un momento en que se cansó. Extrañó a los Británicos y se devolvió a Bogotá. Hizo trabajos varios. Duró dos años así. Anhelaba contar, pero había sobrepoblación de cuenteros. No quería seguir contando por 30 mil, 40 mil pesos diarios. Vampi quería ser el pionero de algo. Abandonó la ciudad. No tenía nada que perder, pues ya casi todo lo tenía perdido. A pie por la carretera, habló con Dios. Le dijo que si de verdad existía, que se demostrara, pues ya estaba cansado de su mala fortuna. Al percibir el sonido de una tractomula, movido por la fe de su oración, estiró por inercia su mano en señal de *autostop*. El conductor increíblemente paró.

—A dónde vas, ve— dijo el conductor, con acento caleño. Para Vampi, esa fue la prueba de que Dios existe y del destino que debía seguir su vida.

El 12 de octubre de 2002 llegó a Cali para radicarse. A la Loma de la Cruz fue a parar. Era un viernes. Hizo un espectáculo. Vampi, como hoy recuerda, ya era un narrador oral experimentado. A donde se parara tenía que hacer rueda de personas. Tenía en ese entonces 20 años. Quería ser como el personaje bíblico Abraham.

Fundar algo nuevo en una tierra prometida. No por nada el nombre de su hijo es Isaac. Además de ser el nombre del primogénito de Abraham, también significa ‘hijo de la risa’. “Qué mejor nombre para el hijo de un cuentero y comediante”, pensaría Vampi en su momento.

“O resuelvo o resuelvo”

Era una tarde de jueves. Jota, de 21 años, propuso a sus compañeros ir a la Loma de la Cruz. No era un día habitual para ir allá. Estaban todos agobiados por la dura situación económica, no había trabajo. Se fueron caminando desde la casa.

—Qué vamos hacer—, le preguntaban sus compañeros.

—No sé. Dios proveerá—, dijo Jota.

Compró un cigarrillo con el poquísimos dinero que tenían entre todos. Llegaron exhaustos al lugar. Con las pocas monedas que sobraban, se puso a jugar maquinatas. La tarde comenzó a oscurecerse. De las 6:00 p.m. fueron a dar las 9:00 p.m. Jota tenía ansiedad. “O resuelvo o resuelvo”, pensó. Se paró en una plaza a contar. Llamó a la gente. Contó las historias que sabía. A mitad de cada una, se detenía para hacer su respectivo cobro. Hizo lo suficiente como para pagar las tres comidas del grupo durante una semana. Fue la primera vez que contaba por necesidad. Una vez estaba improvisando en la Loma de la Cruz y alguien del público le pidió permiso para contar. Era Vampi. Cuando ambos terminaron, Vampi, Jota y un jovencito que también quería ser cuentero y estaba visiblemente agobiado por muchos problemas (llamado Diego Caicedo), descendieron de la Loma a tomarse algo. Vampi

le explicó la historia de los muchos años que llevaba contando en Bogotá y el proyecto de hacer algo grande en Cali. Diego le dijo que llevaba aproximadamente ocho años contando. Jota, por su parte, dijo que solo llevaba seis meses en la narración de cuentos.

Se hicieron amigos esa misma semana. Jota cree que al otro día. Una vez resultó que alguien fue personalmente a la Loma de la Cruz a contratar a Vampi y a Jota sin que estos dos se dieran cuenta, para un mismo evento. Era un show de narración oral para adultos mayores. Según recuerda Vampi, la mujer más “joven” era al parecer la que no usaba tanque de oxígeno y por eso era la envidia de las demás ancianas. Cuando llegaron los dos al mismo sitio, cayeron en la cuenta del error: habían contratado dos cuenteros para un mismo evento, por una sola paga de 30 mil pesos. Ellos dos, resignados, aceptaron contar por 15 mil pesos cada uno. Sacaron su mejor repertorio de cuentos bonitos y delicados. Estrecharon, ya por admiración mutua, el vínculo de amistad. Después de ese evento se fueron a contar a la Loma de la Cruz; de ahí a San Antonio y terminaron en el mirador de Sebastián de Belalcázar. Eran las famosas correrías cuenteras de un peculiar fenómeno creativo que aún no tenía nombre.

Jhon López y su lado bueno

Jhon López es apodado el ‘Cerdo’, no por gordo, sino por su mala mano para tratar cuando molesta ya sea en serio o en broma a las mujeres. Una vez, cuenta López, en una reunión amarró a una muchacha de pies y manos y la lanzó a una piscina. Los asistentes, asustados de que terminara ahogada, se lanzaron a rescatarla mientras Jhon reía desde la orilla. Es de los que escupe y clava lapiceros a los profesores que se meten con él. También es famosa su

broma de pasarse las manos por las axilas sudorosas y restregarlas en el rostro de alguna joven desprevenida.

También es adicto a jugar *online*. Vende objetos virtuales. Ha logrado conseguir hasta 600 dólares y asegura que está entre los 20 mejores jugadores del mundo. En este momento, está frente a su computador jugando una especie de Second Life pero de combate. Jhon saluda y por el parlante se escucha una voz de mujer respondiéndole.

—¿Qué hacen?— pregunta Jhon a través del micrófono.

—Matando, malitos—, le responde el juego.

—Si algo entro más tarde para que hagamos pecado, o algo—, dice y se ríe.

Ahora tiene esposa. Se llama Sandra Patricia Noreima. Tienen diez años de relación (era la hermana de una de sus mejores amigas). Ella no era muy loca. Los sábados se iba con la hermana, pero a Jhon empezó a gustarle Sandra porque le parecía un reto. “Si usted se cuadra conmigo, yo no me vacilo a nadie más”, le decía para seducirla. Ella aceptó y así le fue cambiando la forma de ser. Lo hizo dejar de rumbear con sus amigos. Se dedicó a estar más en la casa y a volver al Perol con más juicio. Jhon también hace títeres, tatuajes, pintura, esculturas. A sus amigos les ha hecho trabajos meritorios que están exhibidos en universidades como la Icesi o la San Buenaventura, obviamente sin su nombre.

Jhon López ha estado en el Teatro Experimental de Cali, TEC, y estudió Derecho en la Universidad Santiago de Cali. Al tercer se-

mestre estaba muy metido en el grupo de narración oral de su universidad, que era orientado por Jorge Olaya, jefe suyo en la empresa de recreación, y no quiso seguir estudiando. Sin embargo, dice que aprovechaba al máximo la Universidad. No le gustaba regresar a casa temprano. Se metió a teatro con el cuentero y amigo suyo, Lucas Barbosa. Estudió Dibujo y Diseño de Modas. Su capacidad con el lápiz la perfeccionó en la piel con los tatuajes. Además, hace títeres espectaculares, gigantes, de cuerpos enteros, coloridos y expresivos. Se le facilita mucho la costura de la ropa y las estructuras de las formas. Ahora, por ejemplo, muestra y hace hablar uno de sus títeres preferidos, un rey árabe que seduce con encantadores piropos. Este participará en un evento llamado ‘Qué suerte cuento’.

—Ellos no son títeres de un solo cuento. Son actores—, explica Jhon.

Siempre ha tenido el apoyo de las máquinas de coser de su mamá. La carrera de diseño textil que cursó le ayudó a hacer títeres que no fueran planos. Hace su propia ropa también. Se profesionalizó en alta costura, no en cualquier clase de ropa. Podría montar una empresa pero le tocaría trabajar y eso no le gusta. Su sueño es montar su propia escuela de artes escénicas y plásticas. “Quiero enseñarle a un mimo a contar cuentos. Acá no hay lugares que enseñen sobre narración oral y *stand up comedy*”. Eso ya no es tan lejano pues está en charlas con la Red de Bibliotecas Comunitarias de Cali y van a arrancar con los talleres de artes escénicas. También viene trabajando con talleres infantiles y juveniles. Con la Alcaldía de Cali dicta talleres de expresiones juveniles y habilidades comunicativas; ahora tiene el proyecto de montar una empresa de servicio al cliente. Hace juegos, dinámicas con materiales y enseña a trabajar con niños, jóvenes y adultos.

El estilo del cuentero Jhon López es participativo. Su voz es tan potente que puede abarcar un gran auditorio sin dificultad durante horas. Sus cuentos son inspirados en técnicas de la recreación. Cada que empieza una historia, aclara que sus cuentos involucran a todos los asistentes. Tras explicar las reglas del juego y elegir a tres o cuatro personas al azar, según el caso, les dice sus roles y lo que deben hacer. Habla con el público y les dice sus papeles de acuerdo a la señal que haga y, sólo así, arranca una historia con Jhon; es como el manejador de los hilos de todos. El participante involucrado, en el punto que es mirado por todos, podría sentirse ridiculizado. No obstante accede (casi nadie se niega) y se vuelve también un personaje en la historia.

Jhon López dice que es el único que no ha peleado con ningún otro cuentero. Dice que no pelean con él, primero, porque les gana a todos, y segundo, porque no le importa las “maricadas” de ellos. A Jhon le criticaban la comedia en sus cuentos. Lo criticaban mucho pero él no les prestaba atención porque los otros cuenteros no le dan trabajo. Por el contrario cuando lo señalaban, hacía que mucha más gente fuera a verlo.

Podría decirse que Jhon López es como un defensor de los pobres. “Mientras vea que la persona está trabajando bien bacano, no me gusta que discriminen o se la monten a alguien porque hace X o Y cosa”, dice. Con ese pensamiento siempre trataba de meter a gente de la calle a los eventos y talleres. Y así es como invitan a Vampi al mundo de la narración oral. Ayudaron a que cambiaran la imagen en la casa taller de San Antonio donde vivían Lucas Barbosa y Clandestino Rueda, líderes en su momento de la cuentería en la calle.

La historia de El Santo

La guitarra está en la sala. Tiene remiendos, cicatrices, vestigios de tiempos rebeldes. Jhohann la llama “ese palo”. Hace sonar sus cuerdas. Recuerda en cada tañido, episodios turbulentos que marcaron su alma y le han llevado a ser lo que es hoy. Hace sonar de nuevo las cuerdas. “Antes tenía cosas feas del rock y toda la película”. Ahora el instrumento tiene una curita pegada en su estructura de madera.

—Es una vaina muy rara que algún día pienso contar a través de un texto —dice Jhohann—. Yo en ese tiempo estaba leyendo El Silmarillion de J.R.R Tolkien, el de la trilogía de El Señor de los Anillos, y en ese mismo tiempo me llega otro libro llamado Conversaciones con Dios.

Jhohann tenía 18 años y quería renunciar a la fabricación de los muñecos físicos, actividad en la que le iba muy bien. Se dedicaba a tocar rock con un amigo. Enuncia que ya había recibido al Señor, “pero sin compromiso, sin saber que la palabra es una firma”. Hizo la oración de fe, sin convicción, y siguió tocando la guitarra. Le entró la depresión. Un día se fue a la iglesia donde estaban sus amigos, por los músicos e instrumentos. El recinto estaba desierto; no había nadie en el culto. El pastor se percató de la inusual visita. Esta vez le tocaría la prédica a Jhohann.

Ahí, sin más remedio, se puso en disposición de meditación y, mientras llegaban más personas a presenciar el culto, de su interior afloró una pregunta existencial: “Dios: yo no sé si tu existes, pero si existes, manifiéstate. Porque de lo contrario yo me voy a ir pensando que no existes, y voy a seguir mi vida”.

De repente, una descarga inexplicable de energía lo impactó. Sintió ganas de caerse, pero la pena pública no lo permitía. “No me voy a caer delante de toda esta gente”, se decía. Intentó pararse y fue peor. Directo al suelo. Ese día salió diciendo “Dios existe”. Fue con férrea convicción para su casa a leer Conversaciones con Dios, que era una historia de un hombre al que la mano le escribe sola porque el Omnipotente le responde a través de esa parte del cuerpo. “Hice una ecuación personal y básica. Si a ese man le pasó eso, a mí también me tiene que pasar”, dijo. Mano, cuaderno y lapicero en casa, se la pasó varios días probando. Y nada. Hasta que la mano, sin esperarlo, empezó a escribir por sí sola. Ese tiempo en la casa de Jhohann se le conoce como “el desconectado”. Hablaba cosas en lenguas extrañas, leía ensimismado la Biblia, regañaba a sus familiares como si fuera un maestro y vaticinaba eventos como el embarazo de su hermana sin que nadie, ni ella misma, lo sospechara.

—Santo significa separado para Dios. Es la forma como yo he hecho revolución. Pues a mí me dicen el Santo por eso. Yo esta película no se la cuento a todo el mundo porque no entenderían. Cada uno tiene que resolver sus asuntos. Dios usa a su gente como quiere. Por eso Santa Palabra sabe que la palabra tiene un peso. Que la palabra es sagrada. Que hay que tratarla bien. Y que pararse ahí delante de la gente es para dejarle algo bueno. Decirles, hey, no se discriminen entre ustedes, el amor debe basarse no en los cuerpos sino en lo que somos por dentro. Pero pues esto es una vaina que yo no cuento. Hay gente que me pregunta ve, ¿y por qué te dicen el Santo? Y yo les digo ¿la larga o la corta? Yo sé que hay gente que uno dice pa’ qué le cuento toda esta película. Entonces les doy la corta: no, por la película el Santo, la del James Bond que se pone en las misiones el nombre del santo del día, y que se vayan pensando en eso.

—¿Y cuándo descubriste ese nombre?

—Ese nombre me lo puse yo porque tenía ese fundamento. Y estaba con el Vampi y con todos estos locos viviendo días de desorden. Estos manes no creen en Dios. Ellos dicen que sí, pero realmente no. Una cosa es creer en Dios y otra es creerle a Dios. El Diablo cree en Dios. Pero no le cree a Dios. En ese tiempo yo decidí ponerme El Santo. A mí nunca me han puesto un apodo... hace poco estaba discutiendo con Jota. Él es un tipo con mucho talento, pero perdido en el limbo. Jota dice “ah, es que vos le debés el nombre a Vampi”. Y él no se alcanza a imaginar el trasfondo que tiene ese nombre. Ese man no se sabe bien la película del desconectado. No sabe todo lo que me marcó. A esos locos les duele que yo me haya salido de Cuentoluna y que les esté haciendo la crítica por su mal trabajo.

“No sean tacaños: regalen de vez en cuando sus cuentos”

Jhon dice que el objetivo del Unicuento se perdió. “El objetivo de Unicuento era netamente académico. Nosotros traíamos cuenteros para exprimirlos. Les montábamos talleres y los poníamos a que nos enseñaran a nosotros”, recuerda López.

“El Unicuento se deterioró porque nadie más trabaja con Jorge. Y Jorge se queda con un grupo de personas inexpertas, como trabajadores de él. Lucas Barbosa y yo invitábamos a la gente y llenábamos el Museo La Tertulia. Cogíamos cada salón de la Universidad desde las seis de la mañana y pasábamos ofreciendo botones alusivos al Festival; hacían la dinámica, contaban dos cuentos y promocionábamos el evento. Antes que comenzara Unicuento ya teníamos el 80% de la boletería vendida”, recuerda.

Pero se salieron ‘los soldados’ Lucas Barbosa y Jhon López (ellos argumentan que por un lío de dinero que les molestó) y, según Jhon, el Unicuento perdió esa dinámica. Dice que Jorge Olaya olvidó el Festival y lo delegó a otras personas. Él no participó mucho de los Unicuentos donde no participaron Lucas ni Jhon. “Fue tanto el desinterés por el Unicuento que hubo un año donde no se hizo”, recuerda López.

“La propuesta de Jorge Olaya era, aparentemente, unir los tres colectivos. El único que tiene problema con eso es Jonathan Lenis... ¿Jonathan Lenis? Para mí él es un guerrero, ante todo. Porque vea todo lo que ha logrado en la cuentería sin tener mucho talento. A mí no me gusta como cuenta. Me agrada más verlo haciendo comedia. Es que la pinta le da... No sé si Jhohann Castellanos tenga problema con la unión de los tres colectivos. Él tiene un mundo todo extraño; es muy raro ese marica. También muy bueno. Cuenta muy bacano. Como persona, no se da mucho a querer, al menos de la mayoría que yo conozco. Yo con él nunca he tenido ningún problema. Es más, nos llevamos muy bien. Pero los demás no lo quieren. Yo lo vi por primera vez contando con Vampi, pero era malísimo. Era el barrepúblico. Yo iba a verlos porque ellos me decían que tenían un cuento nuevo y yo los tallereaba. A mi taller ha ido Vampi, Jota, pero menos el Jhohann.

Los tres contaban igualito, se contaban los cuentos entre ellos. Copiaban cuentos de los demás. En ese tiempo no los querían por eso. Yo los defendía. Pero esos maricas tienen que contar viernes, sábados y domingos. Ustedes dejen de ser tacaños, regalen de vez en cuando sus cuentos, les decía. Es que ellos no tenían otra forma de ganarse su plata. Nosotros con Huellas de Paz teníamos muchas funciones empresariales y colegios, bueno, hasta que decayó por-

que se llenó de gente y Jorge Olaya mandaba a contar a cualquiera que no era tan bueno y no estaba a la altura del estatus del colectivo. Nuestro nivel era David Murillo, Andrés Osorio, Javier Ceballos, hasta Clandestino. Era un estándar alto.

Luego se dividió el colectivo: los malos de Jorge y los de afuera, Lucas Barbosa y yo. La gente ya no quería a Huellas de Paz porque nos presidía la mala imagen de las funciones malas de inexpertos, hasta que dijimos suerte y nos fuimos a trabajar por aparte”, cuenta Jhon López.

Nacimiento de Cuentoluna

El 12 de octubre de 2002 Vampi llegó a Cali para radicarse definitivamente. A la Loma de la Cruz fue a parar. Era un viernes. Hizo un espectáculo. Como hoy recuerda, ya era un narrador oral experimentado. A donde se parara, tenía que hacer rueda de personas. Vampi tenía en ese entonces 20 años. En la primera de sus presentaciones callejeras, ya llegando al final, exhausto, se le debilitó la voz. “¿Alguien más quiere contar?”, preguntó. Del público alguien se paró y dijo “yo”. Era Diego Caicedo. Vampi lo aprobó sin problemas. Diego contó par de cuentos y el rueda de personas se cerró. Ambos se fueron a tomar unas cervezas. Ahí el nuevo amigo le contó a Vampi que hacía ocho años era cuentero. Vampi, por su parte, lo consideró un cuentero de raza teniendo en cuenta su tiempo en el oficio. Le confió que su objetivo en la capital vallecaucana era formar un espacio de narración permanente. Empezaron los dos a bosquejar con visionarias palabras un espacio así ahí, en la Loma de la Cruz, que por ese entonces no tenía nada parecido. Según recuerda Vampi, al lugar sí iban cuenteros, pero eran de los que decían “¡Chorrooo!”, contaban, y con el dinero que se hacía, compraban

una botella de vino hasta que se les acabara y tuvieran que volver a contar para conseguir la siguiente.

Vampi quería un espacio profesional. Conoció durante su estadía a Wilson, -no recuerda su apellido-, quien se hizo aficionado a sus cuentos. Incluso se los aprendía de memoria para contarlos en los colegios.

—Dónde se va a quedar—, le preguntó Wilson.

Vampi le contestó que había pensado en un motel barato en el centro de la ciudad. Él le dijo que se podía quedar en su casa el tiempo que necesitase. Le dio posada, amistad, y fue quien lo llevó a descubrir la Colina del tradicional barrio San Antonio. Se dio cuenta que éste era un parque turístico que para esa época no era tan multitudinario. Iban, recuerda Vampi, no más de veinte personas durante el fin de semana. Casi todas de muy buena posición social. Pero era un paraje muy escondido para la gente. Cayó en cuenta que ahí le contaba a muy poco público, pero le iba mucho mejor económicamente. Se fue solo a contar en la entonces no muy concurrida Colina de San Antonio, y el espacio le gustó. Le contó la novedad a su nuevo amigo Diego Caicedo y así nacieron las correrías. Aún no se llamaban Cuentoluna. Ni siquiera tenían nombre. Eran una prueba de empresa. Empezaban a contar en la Loma de la Cruz, continuaban en la Colina de San Antonio, y remataban en el monumento Sebastián de Belalcázar.

Vampi vio por primera vez a Jota una noche, una semana después que llegara de Bogotá. Al terminar de contar invitaron a alguien más del público para que participara. Ahí apareció Jota. Vampi lo recuerda como “un mancito muy gomelito, muy pintica, muy

picado a chimba”, pero le reconocía en su puesta en escena su sutileza al hablar, el buen léxico y la claridad y consistencia, además de su poderoso vozarrón. Lo comparó entonces con su compañero Diego Caicedo, y llegó a la conclusión de que el invitado del público lo superaba por mucho.

Al terminar Jota su función, se le acercó y le dijo:

—Oye, bueno su trabajo.

—Ah, gracias—, contestó el apuesto jovencito.

Empieza a salir para todo lado con su nuevo amigo. Hace a un lado a Diego Caicedo quien, según Vampi, sintió celos y orquestó una campaña de desprestigio contra el recién llegado. Le decían que Jota era manipulador, que no trabajaba, que era perezoso y se robaba a las mujeres. Vampi, en consecuencia, se aleja. Jota le pide una explicación. Pensaba que había una buena amistad. Ese día reflexionó y decidió que primero debería conocer a la persona.

“Resultó que todo lo que me dijeron era cierto, que Jota era perezoso, que se robaba las mujeres, pero escénicamente era bueno y eso era lo que a mí me importaba”, dijo. Resolución: “chao a Diego Caicedo”. Así, Cuentoluna fue fundado por Vampi y Jota en octubre de 2002.

Se quedaron en la Colina de San Antonio porque de las tres paradas de las correrías (Loma de la Cruz, Colina de San Antonio y Sebastián de Belalcázar), era la que dejaba más plata. En la primera Feria de Cali no había un Andrés López u alguna otra referencia de *stand up comedy*. Fue mucha gente interesada en ellos. Muchos les decían: “vayan a Sábados Felices que allá ganarían mucha plata”.

Vampi comenzó a hablar y a educar al público sobre la comedia escénica, y Jota comenzó como un barrepúblico (era inexpresivo, sus cuentos cortos, planos, y a veces inciertos). Debió aprender algunas historias largas de Vampi, padre en el oficio narrativo. Al punto ya eran un “matrimonio organizado”.

—Eso sí, sin sexo. Fue lo aclarado desde el principio—, anota Vampi.

Su primera casa fue un apartamento en el barrio Chiminangos al norte de Cali. Una época de acaboses. Eran dos jóvenes cuenteros, solos y en plena Feria de Cali sin Ley Zanahoria ni vecinos que molestaran. La policía era feliz con ellos. Podían arrancar a contar cuentos en la Colina de San Antonio desde las 10:00 p.m. y terminar a las 3:00 a.m. con mochilas llenas desde 200 mil pesos, para luego ir a la Avenida Sexta a embriagarse y llegar hasta el amanecer a la casa. Así se formó Cuentoluna.

—¿Por qué Cuentoluna?

—Eso fue ahí mismo en el público. Ya había gente que cada ocho días estaba asistiendo. Yo les digo, bueno, ya ven nacer un espacio, pongámosle un nombre. Tarea, público. De hoy en ocho, los que van a venir, traigan un nombre. En ocho días vino el público que habíamos citado pero no tenían el nombre. Y fue ahí, en escena, que nació. Vamos a contar cuentos, es de noche, bonita la luna, era luna llena. Cuento. Luna. Cuentoluna. Entonces el primero fue Cuentoluna Lunacuenta, porque cada seis meses vamos cambiando nombre pero dejando el Cuentoluna. Luego Cuentoluna Puroblabláblá. Después Cuentoluna VIP, ahora Cuentoluna Historias... Siempre ha sido un eslogan, como Coca Cola.

En medio de una rivalidad que Cuentoluna sostenía con un supuesto dúo internacional de narradores orales en el mismo territorio del barrio San Antonio, llega un muchacho acompañado de su novia, portando un estuche de guitarra. Decía estudiar la carrera de música en el Instituto Popular de Cultura. Tenía el cabello corto, el rostro de un púber y casi no interactuaba.

—Ve, es que me quiero contar un cuentico—, preguntó Jhohann, quien dijo apodarse el Santo.

—Hágale hermano. Lo que hay es tiempo y público—, contestó Vampi.

A Vampi el joven recién llegado le dio buena espina. Sin embargo, a Jota no. Le inquietaron sus repetidas intervenciones en el espacio. La invasión no le gustaba para nada.

¿Usted quiere ser de Cuentoluna?

A las 8:00 p.m. abre Cuentoluna. A las 8:10 p.m. Jota estaba jugando en las maquinitas. Quince minutos después, Vampi estaba rogándole que fuera a trabajar.

—Oiga, marica, que es plata.

—Pere, perá.

“Que no me cogieran de manteco, que fuera yo quien calentara al público y Jota llegara como una princesita a contar, eso no era así”. Con esas ideas va llegando el director de Cuentoluna al lugar de trabajo y se topó con una escena que mucho le agradó: ve a Jho-

hann con el sitio organizado, contándole cuentos a cuatro personas. “Este man es ordenado”, pensó Vampi. Jota, al verse desplazado, abandonó su grupo y se unió a la competencia, un colectivo de cuenteros supuestamente internacionales que trabajaban ahí mismo en la Colina, llamado Latincuento.

“Dentro de la esquizofrenia psicorígida de Jhohann, uno se da cuenta que es muy ordenado. Uno lo tiene como amigo es por miedo, uno no sabe cuándo saca el cuchillo y chiquichiquichiqui”, dice Vampi.

—Jota, marica, yo acepto que esté rabón y se vaya de Cuentoluna, pero no se vaya allá con Latincuento... arme su espacio. Usted ya tiene su público, el femenino.

—Parce, es que ese Santo...

Entonces Vampi lo convenció. Le dijo “Jota, usted es desordenado y yo influenciable, necesitamos alguien que nos ordene. Y ese man es Jhohann”.

“A los dos años de armado Cuentoluna llega Jhohann con el cuento de que quiere aprender a contar. Yo soy muy celoso con mis cosas. Eso fue lo que pasó. Yo no quería que ese man entrara”, explica Jota al respecto.

“Cuentoluna, ahora completo, contaba abajo, en la parte empinada de la Colina. Ellos, Latincuento, arriba en el teatrino. Ese grupo estaba integrado por un man que era como de Bucaramanga o rolo, pero se hacía pasar por chileno. Había un man que era de Cúcuta, pero se hacía pasar por venezolano. Y había llegado un

loco que se hacía pasar por argentino. Ese man era de Bogotá. Pero en ese tiempo no lo sabíamos y resultó ser que al man lo habían robado. ‘Che, que me robaron, me robaron la camiseta del Boca’ y Mauricio casi le compra la camiseta, no, mentiras, eso lo decíamos nosotros después en chiste, pero ese man le metió el cuento y Mauricio se lo creyó”, cuenta Jhohann.

Su nombre es Iván Segura –pelinegro, corpulento, 1.70 metros de estatura-. Vampi, creyendo que esa persona era argentino de verdad, corrobora que le dio mucho pesar y dejó que contara cuentos. “Hágale hermano, hágase la mochila”, le dijo Vampi. Y siguió asistiendo. Hasta el supuesto visitante le “enseñó” a bailar tango. Una vez Vampi no fue a contar a la Colina por una presentación privada que tenía. Esa ocasión, ahí en el ágora delante del público, Iván Segura dijo terminando un cuento: “yo no le puedo seguir haciendo esto a Vampi. Yo no soy de Argentina. Soy rolo, soy de Bogotá. Y ésta es la última vez que cuento en Cuentoluna”.

“Iván Segura se va para Latincuento que se vuelve ya un ‘trío internacional’: el argentino rolo, un chileno bumangués y un venezolano manizalita. Tres Cuentoluna contra tres de Latincuento”, recuerda Vampi.

En ese rifirrafe cuentero, un vecino dijo que los narradores orales no tienen por qué trabajar en la zona verde de la Colina de San Antonio. Presionó con cartas a las distintas autoridades y obligó a Cuentoluna a subir con Latincuento en el teatrino, en el ágora, sin límites de horarios. Esa era la época donde todos vivían juntos. Una noche, Vampi invitó al falso argentino Iván Segura a tomarse una cerveza.

—Iván—, le dijo Vampi —¿Usted quiere ser de Cuentoluna?

—Sí, sí. Qué hay que hacer.

—Abra al chileno.

Y esa misma noche Iván dijo “ya no trabajo más con el chileno. Me voy con Cuentoluna”. El grupo sería ahora Vampi, Jhohann e Iván Segura, el falso argentino, apodado ahora el anónimo (“muchos textos han sido escritos por él”, solían decir para presentarlo en escena). Fue el punto más alto de Cuentoluna. De lleno total viernes, sábados y domingos. Pero Jota...

¿Jota se murió?

De repente, los tres Cuentoluna, compungidos, cabizbajos, arribaron al escenario. Ni con los vendedores ambulantes querían hablar. Jhohann tañía música triste con su guitarra. Vampi, frente al público lleno de expectativa, dijo:

—Hoy vamos a dedicarle este show a un compañero que ya no está con nosotros porque las cosas de Dios no le permiten estar acá.

“Marica, mataron a Jota, ¡Jota se murió!”, se escuchaba dentro del público.

—Jota descansó en Paz... en la Paz, Bolivia, y está en un festival de narración oral al que fue invitado y vuelve en tres meses.

Cuentoluna aprovechó que se fue Jota para emprender grandes empresas.

—Jota es el ‘Peroman’, el que le pone el “pero” a todas las ideas de emprendimiento. Entonces, aprovechamos que no estaba.

Vampi daba las ideas, Jhohann las direccionaba, e Iván Segura las ejecutaba. Entre los tres sacaron camisetas del grupo. Incluso alcanzaron a sacar mil copias de la primera y única edición de la revista Cuentoluna. Vampi vendió su televisor, Jhohann e Iván gestionaron otro dinero, y salió el impreso. Se vendió a 1.980 pesos (tenían que salir de un cerro de monedas de veinte pesos que tenían represadas).

—Pegó la revista, pero no hubo una buena administración. Para evitar peleas, de las 1.000 revistas nos repartimos 333 cada uno. Pero se malgastaron las ganancias. Además muchas revistas quedaron mal impresas.

Vampi derrochó la plata. Jhohann sí la invirtió bien. Iván Segura, quien ya antes la había embarrado con su mentira argentina, estafó a sus compañeros con la venta fraudulenta de unos celulares V3 muy apetecidos entonces.

—Cometió un error, derrochó la plata y se tuvo que volar. Hizo la fácil—, recuerda Vampi.

En el año 2005, Cuentoluna, o más bien Vampi, el miembro más reconocido del grupo, es invitado a Unicuento, el festival de narración oral más importante de la región. Él integró a sus compañeros. Se presentaron en el auditorio de los estudiantes de la Universidad Santiago de Cali. Justo antes de que les tocara el turno de presentarse, el ‘Absurdo’, un cuentero que venía de Bogotá, no le llegaba el músico para su montaje. Cuentoluna, que eran locales, cerraban el

evento. Pero ellos, solidarios con él, dijeron “no te preocupes, si no llega tu músico, nosotros nos vamos en la mitad, cierras tú”. Ah, bueno, gracias, contestó el Absurdo.

Habían preparado un montaje llamado ‘Corre volando’, idea de Jota que estaba recién llegado de Bolivia. Poseían un juego de luces espectacular coordinado con los movimientos de los cuenteros, lo que complejizaba el ejercicio de contar. Hasta coreografía de espaldas tenían preparada. Pero de nada sirvió. Recién empezando, con Jhohann en escena, ¡pum!, se va la energía en la mitad de Cali. Al final, los otros narradores salieron a abrazarlos porque sabían qué era lo que habían vivido. Tiempo después hicieron el mismo show en Caliteatro. “Queríamos sacarnos el clavito. Y fue la primera vez que Cuentoluna se presentaba en un teatro. Hicimos un montaje muy básico, sin enredos de luces ni acrobacias”, recuerda Jhohann. Una sola noche se presentaron. Esa vez se vistieron de smoking con converse rojos.

Jota regresó de Bolivia con más ganas de seguir viajando. Tenía planeada una travesía a Argentina por tierra.

—Me voy para Argentina, ¿se pega? —, le preguntó Jota a Vampi.

—No tengo plata.

—Mi mamá paga todo.

Vampi aceptó. Pero justo cuando estaba alistando sus cosas, su novia, Ángela Vanessa Vélez Contreras, lo llamó para darle una noticia. “Tenemos que hablar personalmente”, le dijo.

—Venía Isaac en camino... ¿Argentina o paternidad?... Decidí paternidad. Jota se fue. Él ya era papá mucho antes, pero no le pegó mucho eso de la paternidad. Yo preferí la mala vida—, recuerda Vampi. Cuentoluna sería ahora Jhohann y él.

¿El primer cuentero de San Antonio?

—Jonathan Lenis, ¿es verdad que fuiste el primer cuentero de San Antonio?

—No precisamente el primer cuentero. Los espacios abiertos en Cali siempre han existido. De esta última generación, los primeros que nos tomamos San Antonio fuimos Marco Mosquera y yo en unas vacaciones de la Universidad, pudo haber sido hace ocho años aproximadamente, no me acuerdo muy bien. En esas vacaciones nos tomamos el atrio de la iglesia de San Antonio y contamos ahí cada ocho días los domingos. Lo hicimos por casi dos, tres meses seguidos. Hasta que nos cansamos porque esas actividades nunca las hicimos por conseguir un lucro como tal, sino por foguearnos y estar activos. Fue en ese momento. Te estoy hablando... no lo tengo muy presente. Podríamos decir que sí, que fuimos los primeros en contar de una manera periódica en San Antonio. Estuvimos antes que Cuentoluna. Ese fue uno o dos años antes que Cuentoluna arrancara a tomarse el espacio de la Colina. Tal vez fuimos ese antecedente, pero no puede darse del todo ese crédito. Nosotros lo hicimos por chévere, bacano. Una cosa que siempre hemos tenido en mente, es crear espacios para la familia, porque consideramos que si estamos aportando socialmente, ese aporte es construir sociedad. Y el punto de partida de toda sociedad es la familia. Pero trabajar allá, al aire libre y sin sonido, no era apropiado para el oficio nuestro. Una cosa

que siempre hemos tenido claro es que si nosotros no valoramos lo que hacemos, nadie más lo va a hacer... tal vez esos fueron los motivos por los que dejamos ese lugar. Además, sostener cada ocho días un espacio callejero es tenaz. El desgaste físico, la vida familiar y social, sacrificar los domingos. Otros quizás vieron eso y fueron más persistentes y formaron espacios bonitos.

“Hermano, quiero participar.
Déme la oportunidad”

Unos meses más tarde de la lunada de El Perol en la que Julián y Jonathan tuvieron su encontrón, se organizó una jornada en el Teatro Imaginario con los considerados cuenteros más representativos de la región. Ahí estaba Julián Maya quien era de los nuevos cuenteros que surgía en la ciudad, junto con Raúl España. Ellos dos no se conocían. Raúl hoy no se acuerda de esto. Era el primer gran encuentro de Julián con los cuenteros como tal. Contó una historia del cofundador del movimiento nadaísta, Elmo Valencia, llamado El universo humano. Lo contó y se fue. No se sentía cómodo. Pero lo siguieron invitando. Durante el Unicuento de 2001, la persona encargada de hacer el enlace con la Universidad Nacional sede Palmira llegó tarde. Julián se enojó. Se fue a la inauguración de Unicuento en Cali y habló con el director del festival universitario de ese entonces, Jorge Olaya. Le dijo:

—Hermano, quiero participar. Déme la oportunidad.
Jorge lo miró. No se le veía muy convencido.

—Venga lo pienso—, contestó. Al rato Jorge Olaya dijo “vaya pues cuente” y lo incluyó en el evento.

Esa misma noche su novia, quien estaba ya sobre los nueve meses de embarazo, fue arremetida por los dolores de parto. Pero Julián solo quería participar en Unicuento. Ese día nació su hijo. Se la pasó entre funciones y la clínica. Alcanzó a hacer una función a las 10:00 a.m. Mantenía llamando a su novia “cómo vas, cómo van los dolores”. Su hijo nace el segundo día de Unicuento 2001, y al siguiente estaba de nuevo contando y los muchachos ya lo recibían con la felicitación de ser un nuevo papá.

“Ahí fueron los primeros talleres de cuento que tomé”, dice Julián. Sus compañeros eran Alexander Díaz Mateo, Luis Martín Trujillo, de Bogotá, Juan David Pascuales, de Medellín, Fernando Cárdenas, de la Costa, Cristian Saavedra, de Cali, Clandestino, Lucas Barbosa y Jonathan Lenis. Julián siguió contando y asistiendo a El Perol. Empezó a ser reconocido por otros cuenteros. Vivía ya en Cali. Participó en unos siete Unicuentos.

Los X Files

Jonathan Lenis invitó a Julián Maya como asesor administrativo de la Corporación El Perol. Ya todos los que fundaron la empresa habían renunciado. Sólo quedaron ellos dos. ¿Cómo transformar la visión de la gente y hacerles ver que somos una empresa respetable y válida, no unos vagos cualquiera? Esa fue la misión impuesta por Lenis a Maya, quien se desempeñaba como administrador de empresas.

“Jonathan decía ‘no, llegaron esos manes a perratearse el mercado. Acostumbrando a la gente a pagar monedas’, y yo le contestaba, ‘ustedes son muy güevones, ¿cuál es el problema? Muchachos, estamos en una economía de mercado. El cliente de las monedas,

no es el cliente nuestro. Y no pretendo ir a pelearles las monedas” dice Julián. “Bacano lo que los muchachos han hecho. Se han ganado un mercado. Han creado un espacio. El mercado de El Perol es otro: universidades, empresas...”, recuerda que les decía Maya.

Les pasaron cosas locas de las que fueron aprendiendo con el tiempo. Una vez una empresa de *software* que cumplía 17 años los contrató para una presentación de cuentería. Julián se cortó el cabello que le llegaba hasta los hombros, para esa ocasión. Quería que los clientes pensaran, ah, esto es serio.

“¿Tiene zanqueros?, que sí. ¿Qué si tienen tal cosa?, que sí, y no teníamos ni idea de lo más mínimo que nos estaban pidiendo. Estamos aquí para vender y vendimos”. ‘Paísa hijueputa’, habrá pensado Jonathan”, recuerda Julián quien dijo que hasta la historia la vendieron y ellos nunca habían escrito condicionados.

“Al final hicimos la historia de unos pasantes de sociología de Univalle, que querían averiguar el clima organizacional de la empresa. Hicieron pasar a los empleados y cada uno contó su historia. Así salieron los 17 años”, cuenta Julián. A ese trabajo lo llamaron ‘Los X Files’ y de ahora en adelante sólo le adicionaban el nombre de la empresa para venderlo. Ese discurso se convirtió en el servicio más especializado de la Corporación El Perol.

“Siempre he participado, pero más por amistad

Unos jóvenes de grado once, que tenían que hacer el proceso de alfabetización, decidieron hacer cuentería en los descansos de uno de los colegios de Comfandi. Ellos tomaban talleres con Caoz. Raúl aún

era estudiante de bachillerato. “Eran pelaos buenos”. No los volvió a ver. Luego, en un *Open House* en la Universidad Javeriana, vio a David Murillo. Le pareció también muy bueno. Aceptó la invitación abierta del cuentero de asistir a algo llamado ‘La Casa de las Palabras’.

Su primera función fue en ese lugar. Lo organizaba David Murillo en su casa-oficina. Lo adecuó como un teatrino. Había cine, poesía, y todos los viernes en la noche se contaban historias. Ese, según España, ha sido el único sitio por fuera de las universidades de narración oral en Cali, que no ha sido callejero.

Ahí Raúl contó un cuento que no volvió a relatar. A la gente le gustaba pero a él no. Después lo escuchó en San Antonio a Jaider Rengifo de Cuentoluna. Lo contó muy mal y no le gustó. Luego se dio cuenta que hasta en Bogotá estaban contando cuentos suyos. Y dice que no le gusta porque “lo copian”. Pero también es un cuentero injusto. Raúl sí cuenta cuentos de los demás. “Todo el mundo lo hace porque ya es parte de la tradición oral. Es como si el autor de la Patasola le reclama a alguien porque está contando su historia. Es una estupidez. Pero es más una cuestión de ego. Yo soy narcisista, hedonista, egocéntrico y no me gusta que cuenten mis cuentos”, dice Raúl.

Lleva ya once años en esto. Su primer festival fue en Buenaventura. Ahí contó para niños y le encantó ese público. Le gustan más que los adolescentes, a quienes odia. En ese festival recuerda que contó una historia de Jairo Aníbal Niño. Lo improvisó. Al final sintió vergüenza porque temió haberlos defraudado, pero los niños salieron a pedirle autógrafos y que contara más cuentos.

A los 18 años comenzó a contar en serio. Se metió a estudiar in-

glés en la Universidad Santiago de Cali, y aprovechó para meterse en los talleres de narración oral ahí mismo. Su formación como cuentero se la debe a los talleres de Jorge Olaya. Por eso nunca ha partido del todo cobijas con él. Siempre que le pide un favor, España está ahí.

“Y el Unicuento ha decaído mucho, pero siempre que él me llama yo voy. He participado pero más por amistad”, dijo Raúl, considerado hoy el narrador oral escénico que desde la parte técnica, mejor le va en Cali.

¿Ustedes fueran los primeros en contar cuentos en la Colina de San Antonio?

Johann Castellanos acepta que él, junto con su entonces grupo Cuentoluna, no fueron los primeros en contar cuentos en la Colina de San Antonio. En ese espacio estuvo El Perol. En ese estuvo, mucho antes que El Perol, narradores orales de vieja data.

“Pero qué pasaba. Estos locos iban por temporadas de vacaciones. Iban un mes y no volvían. No había un espacio constituido. Se tomaban el espacio de manera temporal y se iban. Igual pasaba con la Loma de la Cruz. Sabían que a veces había cuenteros y a veces no. Además, es cierto que Vampi venía con una corriente diferente de Bogotá, porque venía de los que estaban empezando a hacer humor en las calles. Yo soy del cuento, pero bebí también de eso que Vampi trajo. Claro, porque era un ritmo. Jota también bebió de eso. ¿De dónde bebió Vampi? Pues de los que estaban en Bogotá. Es que así funciona la narración oral, tiene sus tradiciones. Y dentro de esas tradiciones yo he bebido de lo que me han

enseñado muchos narradores. Y yo aprendí de Vampi esa fuerza que tiene para pararse en escena, que aquí en Cali no se veía. Él llegó con muchos trabajos de Bogotá y recuerdo mucho que el trabajo que más usó en ese tiempo y que a veces cuenta todavía, es ‘Performance de cómo parcharse a la gorda de la fiesta’. Y eso es de Alexander Díaz Mateo. Se trajo ‘Miguel: causas y efectos de cómo hacer que una paloma te defeque en el hombro’, una vaina así”, rememora Jhohann.

Agrega que Vampi, antes, no era tan vulgar. Incluso recuerda que él se resistía a contar chistes y hacer *stand up comedy*. “En la Revista de Cuentoluna se prueba cómo era su manera de pensar anteriormente”, dice Jhohann. Confiesa que ahora ve la revista y le da risa. En ese entonces tenía 20 años. Jhohann era el editor de los textos.

Ya en Cuentoluna, Jota admitió que Jhohann estuviera ahí y que cobrara. El grupo se consolidó en el cuento como tal. Los integrantes se entendían muy bien en escena. La gente que asistía a verlos recuerda ese periodo con nostalgia. Jhohann también lo recuerda así. La pasaban muy bien. No había proyecto de vida de nada. Era la época del cabello largo y la barba espesa. Del licor y en la que se fumaba sagradamente un porro de marihuana todos los días. Ellos ganaban muy buen dinero.

“Sólo hay que hacer un cálculo matemático simple: 300 personas por noche. Digamos que menos de la mitad ponga de a mil pesos. Para una persona por ronda. Eso es bueno. Por eso peleamos con los vendedores. Ellos dicen ‘ah, es que ustedes se la ganan suave’. Ah, que vayan hagan lo que yo hago... También se pelea mucho con el gordo. El gordo es jodido. Yo me le tengo que parar. Sabe que conmigo no se juega. A veces tengo que ponerme a actuar de malo.

Fraga, mi compañero, el diplomático de los dos, es quien me lo dice. Esos son los roles en Santa Palabra. Cristian habla y yo soy la barrera del otro lado. Porque cuando hay que pegar, salgo yo y pego. Pero cuando hay que acariciar, sale Cristian. Y es lo único que ha servido para poder manejar estos manes... Mauricio no tiene carácter. Le dicen algo y agacha la cabeza”, cuenta Jhohann.

“Cada uno pasaba su mochila,
cada uno hacía lo suyo

Ya se había decidido que el mejor espacio para contar era la parte empinada del césped de la Colina de San Antonio. La gente se sentaba y ellos narraban mirando hacia arriba. En ese desnivel, ellos ponían una tabla triplex pintada con un tipo asomado a una ventana. Unos ladrillos y un palo ayudaban a sostenerla y a marcar el escenario a la vez. Contaban sin apoyo de sonido.

A veces no estaban completos. Había días en que Jota ni Vampi llegaban para abrir. Entonces un día cualquiera Jhohann abrió. Y el arriesgado experimento, en el que el novato se atrevió, había funcionado. La gente se quedó. De un momento a otro se empezó a tejer una suerte de rotación entre todos ellos. A veces abría Jhohann, cerraba Vampi o Jota, y “cada uno pasaba su mochila, cada uno hacía lo suyo”.

—Las jornadas eran largas— recuerda Jhohann, porque no había límite de tiempo por la Policía ni nada. Podían dar las 12 de la noche contando cuentos. Yo recuerdo que una vez nos dio como las dos de la mañana, viernes, sábados y domingos. Siempre así. Al principio había poca gente pero después se convirtió en un fenómeno que tenía constancia. Pero empezó Vampi a hacer comedia...

Jhohann alguna vez le dijo a Vampi, “Güevón, usted qué quiere, ¿trabajar duro y que la gente lo reconozca por lo que usted es como comediante y cuentero, o irse a Sábados Felices y que todo el mundo se convierta en cuentachistes? Si lo vas a hacer, declárese cuentachistes. No vayás a decir que sos cuentero”. Vampi, por su parte, estaba aprendiendo a ser papá. “Jhohann no lo comprendió y eso es entendible porque él no sabe qué es ser eso”, dice. Empezaron los roces por ahí. Luego la separación de estilos en la Colina. Jhohann se inclinó por la narración oral, y Vampi por la comedia.

“Miller es como el oso. Hay que matarlo”

“De pronto aparece en escena un personaje que nadie pensaba que fuera a tener la transcendencia que tuvo: Miller. Era el que ponía el sonido. Llegó con la idea de ayudarnos. El man estudiaba en la academia donde yo terminé estudiando Comunicación Social, la Academia de Radio y Televisión. Fue con la excusa de un trabajo que él se acercó, y lo cierto es que el man empezó a hablarnos de nosotros y sabía más de nosotros que nosotros mismos. El man empezó a decirnos ‘no, es que yo me acuerdo cuando vino Jota, yo me acuerdo de Iván’, sacamos unos carnés en una época que se llamaban ‘yo soy garbinba’. Una idea que no tenía ni pies ni cabeza. En esa época hacíamos las cosas sin pies ni cabeza. Y entonces el hombre nos citó eso, tenía la revista, mejor dicho, se nos sabía la vida a todos. Era fanático de Cuentoluna”, cuenta Jhohann.

“Al principio nos asustamos. En el apartamento teníamos un oso de peluche. Yo tengo que terminar la historia de ese oso algún día porque de verdad le tengo algo escrito por ahí pero nun-

ca he podido terminar esa historia. Y era un oso blanco que le había regalado una admiradora a Jota. Un oso inmenso, inmenso. Y ese oso mantenía en la sala y en el tapete. Como yo sabía coser, a ese oso le hice una reconstrucción facial. Le hice una liposucción. Y le ajusté el cuerpo, las patas. ¡Y con esas farras que nosotros armábamos! Ese oso sabía de las novias y las amantes de todos. Nos conocía las nalgas peladas a cada uno. Osea, había servido de colchón a todos. Sabía tanto, que un día decidimos quitarle la vida. Dijimos, ‘ese oso sabe mucho. Hay que matarlo para que no hable’, y lo convertimos en cojines. Entonces habían muchos cojines con el relleno del oso. Y nosotros decíamos, ‘Miller es como el oso. Hay que matarlo’”, cuenta el cuentero ahogado en su propia risa.

“Las cosas con su nombre y tiempo”

Son las 6:11 de la tarde del 15 de septiembre del 2011. Miller Suárez Londoño, sujeto creyente y de buen humor, vive en una casa en el barrio Cristobal Colón. Ahí está sentado en el comedor de su morada junto a su alegre esposa, una encantadora rubia de contagiosa sonrisa, y algunos familiares. El hombre tiene 31 años, es *webmaster* (absolutamente empírico) y productor de audio y video para marcas y organizaciones sin ánimo de lucro. Tiene cabello crespo y potente vozarrón.

—¿Recuerdas la primera vez que viste a Cuentoluna?

—La primera vez que yo vi a Cuentoluna estaba en una mala racha. Me quedé sin nada y me encontré con esos personajes. Era el único foco artístico que había en la ciudad, teniendo en cuenta que para la música se necesita una boleta.

Una noche se arrimó. Cree que era un viernes. Charló con Iván, el supuesto argentino timador. Se hizo amigo de él. De ahí le presentó a Jhohann y luego a Vampi. Jota se había ido para Bolivia. Habló con los muchachos. Les contó que él hacía producción de sonido, de montajes y conciertos, y les propuso montar luces y sonido para Cuentoluna.

“Me había inspirado de verlos en la plaza con toda la gente. Quería que se vieran como un espectáculo de verdad, como un concierto de salsa. Comienza ahí la idea loca: conseguir y poner sonido. Animar con sonidos y música las historias. Comenzamos con las uñas. El sonido lo puso Jhohann. Otras cosas las regalaron. El público, como cosas del Señor, nos decían ‘vea, yo tengo un equipo que quiero regalarles’. “Era milagroso”, relata Miller.

Muy pronto se sumó el afán de tener presencia en Internet. Luego el de cuidar la imagen de los muchachos para las presentaciones. Que no se desorganizaran. Miller aclara que, no obstante, no era el mánager. Su rol dentro de la organización parecía al de un abuelito regañón para todos ellos.

“Yo siempre dije que la separación de Jhohann y Vampi fue como cuando se separan mamá y papá. Yo tengo la versión neutra, de amigo. Jhohann nació en Cuentoluna. Él, como cualquier persona, quiso montar toldo aparte. Pero a Jhohann le arrancó el afán de lo literario y lo poético y le cogió fobia al trabajo de Mauricio. Yo insistí en la no separación. Les propuse: una hora para la poesía de Jhohann, y otra para la comedia de Vampi. Pero Jhohann no quiso seguir en Cuentoluna. Quiso formar su cuento aparte. Mauricio aceptó. Pero le dio duro. Yo elegí quedarme con Vampi...

Hubo hasta partición de bienes. Fue muy maduro. Cervezas en el medio. Todo muy sencillo. A lo abogado. Los equipos valen tanto entonces yo me quedo con un valor y usted con el otro... lágrimas van y vienen. Quién sabe cuánta hipocresía.

A Miller también le empieza a ir muy bien. Se va de Cuentoluna porque económicamente el colectivo no daba abasto para tanta gente. Una supuesta tajada prometida a Miller por Vampi de todo lo ganado por el grupo desde que llegó, lo ha dejado en vilo hasta el día de hoy. Además la mujer de Miller, como Yoko con los Beatles, separó definitivamente al grupo.

Al año regresa y se encuentra con la riña entre Cuentoluna y Santa Palabra, pero ambos grupos trabajaban juntos contra la asociación de vendedores del barrio San Antonio, Asovan. Llega Leonardo Vargas y se enciende la guerra con nombres propios. Cuentoluna se llena de rabia contra la sátira de Santa Palabra. Comienzan las famosas tiraderas: pistas audiovisuales con música, populares videos llenos de rabia contra los cuenteros de Santa Palabra con punzantes moralejas para ellos. Eran muy duros e insultantes. No obstante, la fama de Cuentoluna se incrementó por esas mofas animadas. El público preguntaba, ¿cuándo será el próximo video?

Llegada de José Leonardo Vargas

Es una mañana de radiante luz. José Leonardo Vargas está en su casa, un apartamento ubicado en el barrio El Refugio, al sur de la ciudad. Su apariencia es la de un hombre obeso, con *piercing* en la ceja, cabello corto e incipiente calvicie. Su voz tiene un imborrable acento rolo. Su actitud es la de un sujeto atento y amistoso. Cuenta que su nombre es un homenaje que la madre le

hizo a su cantante favorito, el argentino Leonardo Favio. No tiene problemas en gastarse el día entero hablando de su vida y su pasión, la cuentería:

“Bueno, soy bogotano. Nací el 13 de abril de 1979. Era un Viernes Santo, que no pasa nada, ¿no? Vengo de una familia normal. Mi abuelo por parte de mi papá tuvo tres hijos. En cambio la familia de mi mamá si es un matriarcado porque son solo mujeres, solo tías. Mi papá se llama José Abel Vargas y mi mamá, Mercedes García Calleras. Tengo un hermano menor que se llama Mauricio Vargas y vive en San Gil, Santander”.

En noveno grado, Leo conoció a Vampi en el barrio Nueva Roma, sector donde crecieron. Ambos creían que solo habían dos cuenteros en el mundo: el hoy comediante Andrés López y Felipe Córdoba, un compañero suyo de recreación. Eso fue en 1997. Leo y Vampi escuchaban a Andrés López en la emisora radial La Mega. Iban también al Chorro de Quevedo, una especie de “San Antonio” bogotano, a ver cuenteros. Después de prestar servicio militar en 1998, se dedicó de lleno a contar cuentos.

“En Bogotá hay círculos de cuenteros. Cali no es tan grande. En Medellín está Viva Palabra. El parche del parcero. En Medellín hay escuela de narración oral. La narración oral es una cátedra allá. Allá tú te gradúas de cuentero. Es una profesión”, dice.

Leo, a sus 20 años, vivía de los fines de semana. Y ahí conoció a muchos otros cuenteros como José Moya y Javier Pinto.

“Contar cuentos en un bus es lo más duro que puede haber. Uno se subía y decía: buenas tardes, buenas... Mi método para que la gen-

te me pusiera atención era decir: voy a poner una bomba en este bus. Claro, yo me hacía 10 mil, 7 mil pesos en cada montada”, recuerda.

Leo saltó del Chorro a las Universidades. La Universidad le pagaba por función pero también le daba licencia para que pasara mochila. Tomó taller con el reconocido cuentero Alexander Díaz Mateo. Tomó también taller con Carlos Pachón. Con Roberto Nield, cuentero argentino que pasó mucho tiempo en Colombia y en su capital. Con este último, considerado por Leo el padre del cuento-comedia en Colombia, contó en el Parque de Lourdes, hasta que fue cerrado por riñas entre los mismos cuenteros. Todos se fueron al Chorro.

En 2007 Leo participa en el programa humorístico Sábados Felices, donde fue invitado gracias a su buen amigo y también comediante conocido como Chester, y le va muy bien. Llega a la final de un programa en vivo. Ganó la semifinal junto con los humoristas llamados Los Siameses. Pero para una final de fin de año no se preparó muy bien y no triunfó. Esa final se la ganó Rosendo, de segundo quedó Hassán. De ahí la depresión de Leo.

En diciembre de 2007, José Leonardo Vargas, uno de los cuenteros más veteranos de Cali, sólo sobrepasado en edad por Jonathan Lenis, buscaba otro aire. Se fue a Boyacá para despejar la mente. Se quedó cinco meses por fuera de Sábados Felices, su más reciente trabajo. Se dedicó fue a escribir y contar cuentos en colegios. Aún era reconocido por los demás, por su trayectoria como narrador callejero bogotano y humorista de televisión. En uno de esos días de retiro, Vampi, su amigo de infancia, le escribió por chat.

—¿Qué estás haciendo?

—No, nada.

Le cuenta lo del viaje de Jota para Argentina, que él lo iba a acompañar pero no se pudo y su reciente pelea con Jhohann. “Ve, éste por qué es así. Si Vampi lo creó, le puso un nombre. Ahora cómo Jhohann lo va a sacar del espacio”, pensó Leo. Hizo maleta y se fue para Cali. Ya conocía los antecedentes de Cuentoluna y su rivalidad con Latincuento. Leo se sorprendió del distanciamiento: dos espacios de cuentería en el mismo parque. Arriba, el teatrino era territorio de Santa Palabra, y abajo de la Colina en una especie también de teatrino, de Cuentoluna.

La primera noche con Leo a Cuentoluna le va muy bien. “La gente de Cali es muy cálida. Le gusta reír, divertirse. Es más desinhibida”. En Santa Palabra vio un ritmo cadensioso, académico.

Vio también el ataque de Santa Palabra a Cuentoluna por las groserías y su supuesta ofensa a la cultura. Al principio le dio poca importancia. Su amigo Vampi le preguntó, ¿por qué no se queda ocho días más? Leo le dijo pues bacano, ¿no? Conocer los espacios de cuentería en Cali. Mauricio luego le dijo ¿y por qué no se queda del todo? Leo aceptó. Reforzar la marca Cuentoluna era la misión. Todo esto en un espacio que parecía no aguantar dos colectivos simultáneos. “La gente a veces se quedaba debajo de la Colina a escucharnos. A veces se quedaba arriba. Unas veces nos iba bien, otras mal”, recuerda Leo.

Desde ahí hubo una ‘guerra de públicos’ entre Cuentoluna (Vampi y Leo, ubicados en el parte inferior de la Colina) y Santa Palabra (Jhohann y Cristian Fraga, ubicados en el tradicional teatrino en lo alto de la Colina). Hasta que llegó la época de las lluvias. Los más

perjudicados fueron Cuentoluna pues su espacio no estaba bien diseñado para las precipitaciones. Para la gente era imposible sentarse en medio de la hierba, los charcos y la tierra enlodada.

Vampi sacó a Leo porque las mayores quejas hacia su grupo venían por sus vulgaridades. Leo lo supo entender. Se fue a contar a la Loma de la Cruz, donde no le fue bien económicamente. Cuentoluna regresó arriba al ágora.

“Jhohann nos peleaba como si el espacio fuera de él. Yo le decía no, usted mantuvo un espacio pero esto lo creé yo. Jhohann me decía, ah, pero el trabajo colectivo y educativo... me importa un huevo. Hay cuatro horas de cuentería. Dos son tuyas, dos son mías”, recuerda Vampi. Empezaron las peleas. Jhohann, asegura Vampi, se le pasaba de tiempo porque veía que él era sólo un trabajo. En venganza, y conociendo el malestar que le generaría esa reacción, Vampi llama a Leonardo Vargas para que lo acompañe en el teatrino.

“Nosotros somos los parias, pero somos los que más conocen. Y somos los más caros. Y a la gente le gusta lo que hacemos. Estamos contentos con lo que hacemos. A la gente también le gusta. También nos dicen que somos groseros. Pero, si nos les gusta eso, ¿a qué vinieron a martirizarse? ¿Por qué no se van? Eso es ser masoquista”, asegura Vargas.

Piensa que es muy difícil que los dos colectivos trabajen juntos. Son estilos, visiones de la vida distintas. Cuentoluna quiere hacer reír, ellos quieren otra cosa.

“La estructura de contar de Jhohann me la aprendió a mí. Pararse a decir ‘cueeeeeentooooos’, el grito lastimero, el cobro a la mitad,

eso se lo enseñé yo a él. Una de las críticas de Jhohann hacia mí en escena era porque yo copiaba rutinas de humor a otras personas”, dice Vampi. Gobernó entonces la guerra de públicos, de quién grita más duro, de quien aplaudiera más.

“Hay que apoyar el movimiento. Los cuenteros tenemos la responsabilidad de rescatar la historia y la tradición. Hacer que los niños lean. La infancia no es la misma de antes. Ya no es el grupo de amigos del barrio. Parece que cambia para mal... Yo sé que a mí no me quieren mucho, pero esto lo hago honestamente, mirando por mí y mi familia. Siempre haré cuentería en Cuentoluna y ayudaré a mis dos amigos”, remata Leonardo Vargas.

Nacimiento de Santa Palabra

Un año antes de la confrontación de Jhohann y Vampi, se había empezado una conversación entre Jhohann, Omar Romero (cuñado y amigo de Jhohann) y Paola Lenis, dueña de una cafetería llamada la Casa Café, ubicada en el barrio San Antonio, lugar donde nació Santa Palabra como un espacio íntimo de cuentería y literatura. Iniciaron en unas vacaciones todos los jueves haciendo una narración y se leían cuentos, poesía, fragmentos de novela. Al principio iba mucha gente, pero después no. Luego decidieron hacerlo cada mes. Entre Jhohann y Omar Romero levantaron el espacio.

“Omar le puso el nombre Santa Palabra. Yo creo que hizo matemática básica. Él pensó: palabra, el Santo, ‘Santa Palabra’. Después nosotros lo llenamos de significado: ‘la palabra es sagrada’”, recuerda Jhohann, quien estaba moviéndose por los vericuetos del cuento, la literatura, la reflexión, y cerrando la

etapa de la bareta y el sexo degenerado, loco, cochino y sin amor. Era un estudiante que apenas cursaba el pregrado de Literatura en Univalle.

En Casa Café se contaba el último jueves de cada mes. Empezaron a cobrar y llevaron narradores orales de experiencia, según el criterio de Jhohann. Ahí, según Castellanos, se llenó el local. Tuviron que abrir los días miércoles. No había por donde caminar. La gente se sentaba en los cascos de las motos, en plena calle, para escuchar las historias.

A los cuenteros que Jhohann consideraba buenos los llevaba allá: el Negro Marco, Jaime Riascos, Cristian Fraga, Jaime Escobar, el Duende, Raúl España, Mauricio Trujillo, entre otros. Jhohann pagaba las funciones en la Casa Café Santa Palabra. Llegaron a remunerar hasta 100 000 pesos a los narradores visitantes por función.

Mientras tanto, en la Colina se había restringido el horario por tres horas para Jhohann, y tres para Cuentoluna, que estaba conformado por Vampi y Leonardo Vargas. Vampi con sonido y Jhohann a pulmón. La excusa de Jhohann para no alterar al público y aparentar neutralidad, “era que contaba sin sonido para hacer más silencio, para dar vida al cuento”. Por su parte, Vampi se inclinó por la comedia.

Jhohann decidió, junto con su hermano mayor Sergio, hacer una lista de la gente para un posible compañero de escena. Y llegaron a una conclusión: esa persona era el joven cuentero nariñense, Cristian Fraga, a quien Jhohann había visto en escena en la Casa Café Santa Palabra.

“Fraga es de la escuela de Humanidades de Univalle y yo era de Univalle. Es un persona que me generaba buena vibra”, dice Jhohann.

Ya Fraga había recibido la llamada de Jhohann en la que lo citaba en el segundo piso de la cafetería de Humanidades, donde una señora de nombre Diosa. “Le tengo una propuesta indecente”, le dijo.

—Compadre—, le dijo Jhohann a Fraga en la cafetería. —¿Usted quiere hacer parte de Santa Palabra?—

—Sí—, contestó Fraga, quien quería salir del colectivo El Perol.

—¿Sí sabe que eso significa alejarse de El Perol?

—Probemos. Hagámole—, dijo Fraga.

Y comenzaron a contar los dos como Santa Palabra en la Colina de San Antonio partiendo mochilas equitativamente, así dijeran en público que contaban y cobraban por separado.

“Nosotros tenemos algo que no tiene Jonathan, el negro Marco, Raúl: la calle. En la calle vos enganchás o enganchás. Es el público más difícil. Y el más honesto, también. Si hay alguien en la calle que no le gusta lo que estás haciendo, no tiene ningún compromiso contigo; se para y se va. Vos vez, se levantaron cuatro y se fueron. No les gustó. A veces se paran y dicen es que me tengo que ir. Uno dice, es que tienen que “irse”, aclara Jhohann.

La llegada de Fraga: buscando un rumbo diferente

Cristian Álvaro Fraga Villa es bajo y tiene el cabello largo y ne-

gro. Sus ojos son verdes y la forma de ser calmada, meditada. Su tono de voz preciso y pausado. La fisionomía da cuenta de un innegable mestizaje étnico; es sociólogo graduado de la Universidad del Valle. Conoció la cuentería cuando llegó a estudiar su carrera. Venía de Ipiales, de donde es oriundo, una población a 72 kilómetros al sur de Pasto, capital del departamento nariñense y dos kilómetros antes de llegar a la frontera con el Ecuador. Ahora está en su apartamento (que está muy cerca de la residencia de su compañero de escena, Jhohann Castellanos. Se pueden ver desde sus respectivas ventanas), en el barrio Meléndez. Lo comparte con otros tres compañeros, con quienes se reparte los gastos. Su cuarto es un lugar agradable, con una cama, buena luz natural y afiches del Che Guevara pegados en la pared, e instrumentos musicales indígenas regados en el piso.

“Tenía 17 años, si mucho. Entré a la Universidad del Valle y ahí conocí al grupo El Perol y empecé a asistir a los talleres. Recuerdo la primera vez que conté en la Universidad del Valle. Yo estaba recién llegando a las inducciones. Leí un letrero que decía ‘Cuenteros los jueves al medio día’. Fui a ver. Y vi los cuenteros. Observé a un chico que no era tan bueno. El otro jueves le dije a alguien ahí, oye, es que me gustaría ir a los talleres. Yo ya he contado cuentos. Vengo de Ipiales. Y el otro dijo, ah, qué bien, y después dijo, dame un segundo, y se paró y dijo, bueno, hoy nos acompaña un narrador que viene desde Ipiales, y me sacó a contar así. Conté tres cuenticos cortos. Y me fue bien. Comencé a asistir a los talleres de El Perol”, recuerda. El Perol en ese entonces estaba a cargo de Jonathan Lenis, quien para Fraga fue un mentor.

Ahí empecé de una manera más formal. Asistía a los talleres cada ocho días. Era muy juicioso con eso. Me gustaba mucho. Te

enseñaban cómo contar, técnicas. Y me empecé a pulir; después me fueron llamando a presentaciones, me llamaban de los colegios. A mí me parecía increíble que me llamaran a contar cuentos y que pagaran por eso. Pero así era, le pagaban a uno. Y ya llega el momento que hay mucho más por hacer; sentía que debía dejar El Perol, que necesitaba algo más. Es que ya eran cuatro años ahí, ya quería cosas nuevas. Solo que El Perol tiene el mismo público de siempre: público universitario; mientras que el público de la Colina es otro. Siempre cambia. Un día es un público bien, al otro es un público raro, difícil, y así...

—¿Entonces llegó el momento en que te desencantó El Perol?

—No, no me desencantó. Yo le tengo mucho afecto a El Perol. Pero fue que... no, simplemente estaba buscando algo más. Como cuando trabajas en una empresa y querés ascender... fue eso. Y apareció Santa Palabra. Jhohann y yo estábamos buscando un rumbo diferente.

La hada madrina

Una mujer que viene de España (Fraga le dice el hada madrina) va una vez a la Colina y los ve. Por celular le dijo a Jhohann “ustedes tienen que salir de aquí, ¿eh? Vamos que voy a regalarles un viaje a ustedes para que conozcan y se muestren”. Lo llamó una vez y no le creyó. La española insistió. “¿A dónde queréis ir?, ¿a Chile o a Cuba?, venga”, le dijo en otra llamada a Jhohann. Luego habló con Cristian. Ella le dijo “Jhohann no me cree. Dame tu número de cédula y el número de cédula de él”.

“Cuando menos nos dimos cuenta, en el correo nos llegó el tiquete con destino a Chile. Y nosotros dijimos: ¡Qué!”, recuerda Jhohann.

La española de buen corazón se llama Eliana Eli. Cada vez que viene a Colombia va a la Colina de San Antonio y los ve. Ella, según dice Jhohann, trabaja con fundaciones y con niños. Acumula a veces tantas millas de vuelo que no puede usarlas. Entonces las regala. “Para que se pierdan, mejor las regalo”, cree Jhohann que fue el pensamiento de su hada madrina.

“Yo había estado en ‘Cuenteroconvoca’, un festival en Bucaramanga y había conocido a Paty, una chilena. A ella le había gustado mi trabajo. Entonces hablé con ella. Me había inscrito en la Red Internacional de Contadores de Cuentos. Regamos la información en la Red. Había un productor de Perú que nos había visto acá y dijo ‘me los quiero llevar al Perú’. Entonces le escribimos. Y armamos la gira por Perú, Chile, Bolivia y Argentina. En Argentina fue a punta de correos electrónicos”, dijo Jhohann.

Con Omar, Jhohann había trabajado un cuento que se llama ‘El hombre que calculaba’, que es un libro de Mal Batahan para hacer un montaje llamado ‘Un cuento para viajar’. Se hizo en un teatro de San Antonio, con boleta a precio, durante tres días con lleno total. Con éstos y otros recursos, emprendieron la gira por el continente suramericano.

Apenas llegaron de su gira por Suramérica, Paola Lenis de Casa Café le dijo a Jhohann que abrieron convocatoria para el diplomado del Proyecto de Industrias Culturales, PRIC, que se gestó desde que se vincularon con las industrias culturales. Llama a Fraga. Enviaron la ficha y su proyecto cultural. Llegaron a la primera entrevista, pasaron las diversas pruebas y concluyeron satisfactoriamente el diplomado que los ha vinculado con muchos espacios de la ciudad de Cali. “Organizaremos un festival de narradores orales para

el 2012. Volveremos a hacer un 'Cuento para viajar' en septiembre en el Jorge Isaacs. También nos hemos venido vinculado con las empresas privadas... Vienen cosas muy grandes", augura Jhohann con una sonrisa en su rostro.

"Estamos en una generación de jorobados"

Julián Maya dice:

"Enseñar a contar es como enseñarle a la gente a hacer sancocho: cada quien tiene su sazón. Se puede dar la receta pero eso no garantiza que va a quedar bien. No hay fórmulas matemáticas. Cuando el primer cuento sale bien, ahí comienza el reto de estudiar, leer, escribir. No de creerse 'el putas' después. Hay que seguir trabajando...

Estamos en una generación de gente sin pasión. De Jorobados con Blackberry. El único desarrollo que tienen es en los dedos, porque ya ni son capaces siquiera de hablar con el otro. En un café te encuentras parejas que ni siquiera se hablan. Pasan más tiempo en su Blackberry que comunicándose con el otro. Lo que hacemos nosotros los cuenteros es hablar. Y lo hacemos bonito y fantástico. Lo exageramos. Le damos matices. Desafiamos la postura del amor. Y lo hacemos hablando. A partir de la palabra la gente se calla y escucha. Ese es el fenómeno: que estén dispuestos a callar; a escuchar, a imaginar. Pero entonces, ¿cómo enseñar eso, cuando ni uno mismo lo entiende? ¿Cómo le meto al otro mi gusto por eso, por contar, por ser cínico en el escenario, coquetear, ser descarado, enamoradizo? Que la gente sonría, que preste atención, ese fenómeno es difícil explicarlo.

La narración oral es una droga. Como decía un cuentero, es la forma más barata de deshacernos de los traumas. No tengo que pagarle a un psicólogo. Escuchar a un cuentero en un casete o en un video no tiene sentido. Es un fenómeno evidentemente comunicativo, que tiene que ver directamente con el público, con el ahí, con el ahora. Se necesita de esa relación directa en el espacio donde se genera una convención en un mutuo acuerdo con el público y el cuentero, donde se permite todo, que la gente participe y no se sientan ridiculizados. Que no le encuentren mayor problema a participar.

—¿Qué piensas de la cuentería en Cali?

—Tiene que repensarse mucho. Darle mayor oxígeno a los espacios de cuentería. Volver a los teatros, a los centros culturales; volver a los bares. Hacer de nuevo un festival que tenga coherencia. Yo creo que estamos en un proceso de transición. Creo que el Unicuento ha perdido el norte a lo largo de los años porque dista mucho de lo que fue a lo que es ahora y a lo que representa, sin entrar en particularidades. Tiene que haber un momento en que los cuenteros nos sentemos en la mesa a pensarnos como un gremio. Es importante para podernos meter en la política pública, para meternos dentro de las gestiones. Para que podamos tener festivales y apuestas fuertes como en otras ciudades. Y para eso hace falta reflexionarnos. Y eso hace parte de un proceso de transición. Por ejemplo, la gente está pensando si hace *stand up comedy* o cuento. Creo que estamos en un tiempo donde la cuentería calleña necesita evolucionar sin dejar de ser cuento. Reposicionarse y replantearse para ser más visible de lo que es y, sobre todo, más vigente.

Ah, ¿usted cuenta cuentos?,
cuénteme un chiste!

Raúl España dice:

Justamente hoy cuando estaba en la Universidad del Valle, alguien me pasó un flyer de un grupo de teatro diciendo que hubo una obra. Valor de la boleta: 2.000 pesos. Y va mucha gente. Y es en un auditorio. Y la gente sabe que hay teatro. Y nosotros todavía seguimos pidiendo monedas en el teatrino, ¿me entiendes? A mí por ejemplo la convocatoria al chisme (acto de bullicio, silbidos y aplausos que se hace antes de cada función de cuentería para atraer a más personas), me cae al culo. ¿Por qué tenemos que mendigar público? Si el espacio es a las 12:30 p.m., a las 12:30 p.m. debe estar lleno. Si a las 12:30 p.m. no hay gente, algo está fallando.

Además, para qué hay que hacer la convocatoria al chisme, si yo no vengo a contarle a desocupados. Eso me parece absurdo. Sí, claro, es una mierda contarle a cinco pelagatos. Uno necesita mucha gente. Pero es mucho mejor y mucho más gratificante contarle a gente que te va a ver al Teatro Jorge Isaacs, que la gente que va llegando sin saber. Eso es muy chimbo.

A mí eso también de los cuentos cortos me aburre. ¿Cómo es que hay que contar cuentos cortos para que la gente se caliente? ¿Acaso la gente no sabe qué es un cuento, no están preparados? Osea, si vos te vas a ver una obra de teatro, una obra de teatro dura una hora y los actores no se van a poner a hacer maniobras de cinco minutos para calentar al público. No, ni mierda. Y la obra, sea buena o sea mala, puede durar hasta tres horas; y si es mala perdiste tu plata y

ya. De malas. Pero no vas a salir hablando pestes del teatro porque viste un mal grupo.

Pero sí es como esa intención de querer encajar, de buscar siempre el aplauso y la carcajada y hacerlo bajo cualquier costo hasta rayando en la ridiculez y la vulgaridad y en la comicidad fortuita. Eso me ha desmotivado mucho de la narración oral. Me gusta por ejemplo Medellín, donde hay escuelas de narración oral, casas, teatros, y está la cátedra de narración oral escénica aprobada por el Ministerio de Educación. En el proceso que se ha llevado allá, la gente sabe qué es un cuentero, no tragan entero. Allá de hecho no hay cuenteros callejeros. Son procesos diferentes. Allá hay cómicos, pero los espectáculos son a puerta cerrada en bares y demás. Para la muestra Suso el Paspi, personaje que ahora está de moda, pero que ya lleva quince, veinte años en el oficio.

En Medellín no existe el cuentero gamín como en Bogotá. Allá están bien acreditados. Los grupos son cerrados pero más por una cuestión de calidad. Hay estímulos. Hay becas de creación. La Gobernación de Antioquia le da recursos a proyectos para que los puedan poner en práctica. Hay cuenteros que se han ganado esas becas de creación. La Alcaldía de Medellín también apoya. Aquí en Cali la Alcaldía ni siquiera da un reconocimiento a los cuenteros. Entonces somos el entretenimiento para la Ciclovida, lo baratico para el cumpleaños. En Medellín se ha vivido un proceso completamente diferente. Allá está más dignificado el oficio de la narración oral. Allá los festivales son tesos. Y tal vez por eso fue que me sentí tan bien contando en esa ciudad. En cambio acá la narración oral escénica hace rato está en decadencia, por la misma parte económica.

Y yo no sé... es que imagínate, en tantos años y no ha habido desarrollo. La historia de la narración oral en Medellín ha tenido muchos cuenteros. Además de festivales, tienen sus salas. En Bogotá no tanto; se están dedicando más a la comedia. Es que mirá: ¿Cuántas funciones al año de cuentería hay en un teatro, por lo menos en la Máscara, que es un teatro pequeño? No hay funciones de cuentería. En auditorios, pero no es lo mismo que un teatro. Sí, pienso que hace falta una buena estrategia que vuelva a levantarla y para mí va a desaparecer porque mirá por ejemplo lo que pasó con Marco (Mosquera). Marco es la historia de un Caoz o un David Murillo. Gente muy buena que se la llevaron. Y ya. Por el bien de ellos que ya no vuelvan. Para venir a Colombia, mejor quedarse viviendo como artista en Argentina.

—¿Por qué crees que ha decaído el Unicuento, Raúl?

—Yo creo que es la falta de una estrategia de mercadeo, en primer lugar. Porque no se ha sabido construir un buen público. En esa parte ha fallado. Y ese es un error que ha condenado al movimiento de narración oral en Cali. La narración oral tuvo su boom que fue la época de Caoz, Carolina Rueda, y salieron tantos como David Murillo. Además el movimiento de narración oral había salido del proceso del Festival Iberoamericano de Fanny Mickey. Francisco Garzón no era cualquier 'lagaña de mico'.

Vos a la gente le llegabas y le decías mire, vea, Francisco Garzón, y la gente decía listo. Caoz era un man que le podía vender a una Universidad como la Autónoma una función en un millón de pesos y se los pagaban. Él, de hecho, hizo un festival que se llamaba Cuento de Olla, en el Jorge Isaacs, donde la boleta más barata valía 20 mil pesos en aquella época. Mucho antes de los Comediantes de

la Noche, hubo cuenteros en el Jorge Isaacs con boleta cara. Y Caoz hacía todos sus cuentos con las universidades privadas.

Pero pasó algo: se mató la gallina de los huevos de oro. Osea, Caoz manejaba una rosca, entonces él decía "en Cali no hay cuenteros", pero él se los inventaba, los traía. Y lo que hacía era ir a las universidades y decir, mire es que hay una cosa muy buena llamada narración oral escénica pero aquí no hay. Yo se la traigo. Vale un millón de pesos. Y, claro, la universidad los daba.

Entonces llegó un momento en que no se volvió auto sostenible porque se volvió muy caro. No se podía. Cuando no le dieron más plata a Caoz se fue el negocio, pero de igual forma lo que tú consumes una vez no lo vuelves a consumir. Las universidades ya no compraban. Ahí se falló porque entonces ya no hubo construcción de público. Ese público se explotó. Pedir un millón de pesos ahora es difícil. David Murillo se fue a España y se acabó La Casa de las Palabras. Muchos procesos como el Unicuento se quedaron solos. Para mí el Unicuento era un sueño.

Ese es el problema. De mercadeo. No hay posicionamiento. No hay recordación. Al otro año, el que había comprado la función ya no está porque lo echaron o cambió de puesto. No tenemos por qué volver a comprar, decían. Por eso hay que construir mercadeo y después producto. No hay una buena construcción de público porque ya la gente de los primeros Unicuentos, ¿cuántos años tendrán ahora? Unicuento se empezó a quedar sin recursos. Traían extranjeros malos. La calidad desmejoró. No había presencia en medios. Menos gente asistía. El año pasado hubo menos de 40 personas. Todo eso ha contribuido para esa decadencia de mercado. Y eso ha afectado a todos los narradores escénicos. Se les

han cerrado oportunidades. Es preocupante. Ahora los cuenteros se están volviendo comediantes. El público es ahora de los comediantes. Ellos tienen medios. Tienen recordación. Comediantes de la noche, Suso el Paspi, Andrés López. Vos le decís a la gente, yo hago comedia, y pagan. Vos le decís a la gente, yo hago narración oral escénica, y dirán, ¿eso qué es? Ah, ¿usted cuenta cuentos?, ¡cuénteme un chiste!

La meta de Jonathan Lenis

Otra de las metas de Jonathan Lenis es montar una industria cultural. Sueña con montar un espectáculo de cuentería en el parque con un público así como el de Jorge Barón. Con pantallas gigantes en la que se vea el cuentero. Que la gente pague una boleta en el Jorge Isaacs para escuchar narradores orales. Que se pueda poner un parque en el Distrito de Aguablanca y la gente sepa qué va a ver. Que no haya necesidad de poner música para llamar la atención. Que no haya la necesidad de gritar o contar chistes malos y grotescos para sacarle una moneda al público.

“Me duele que la gente piense que nosotros, a riesgo de sonar peyorativo, trabajamos en un parque por monedas. Me duele que no nos ponga a la altura de un autor de teatro o un cantante, cuando menos. Que la gente todavía piense que el cuentero es el marihuanero sin oficio que está en un parque. Hay que luchar por hacer entender que el narrador/comediante es alguien que se mató para producir lo que se ve. Que sea profesionalizado el oficio de contar cuentos. Pero es un trabajo que se logra en colectivo.

La cuentería en Cali es un oficio de individualismos y de egoísmos donde más puede el ego. Se ha intentado convocar, reunir,

pero todas las veces han terminado en promesas que nunca se cumplen. Desde Juglares del Próximo Milenio, hace veinte años, hay reuniones de éstas cada cinco años. La última se hizo hace dos en un café que yo tenía. Estaban Santa Palabra, Cuentoluna, los de Unicuento, otras universidades. ¿En qué termina cada reunión? En que cada uno cuenta su historia y su versión de los hechos, pero nadie se para y dice, bueno, qué vamos a hacer. Y al que hace algo a nombre del movimiento, le caen y le dicen es que la está cagando...

Así nunca vamos a tener un movimiento de cuentería en Cali. Si la narración oral gana alguna dignificación, es por los intereses individuales de alguien. Espero ser yo. Espero hacer las cosas correctamente. No sé si esté haciendo bien, o mal; si esté beneficiando o perjudicando a otras personas pero... francamente... me importa un bledo. Porque yo fui una de las personas que intentó unificar; intentó conciliar, y lo único que uno siente es que se ha ganado son señalamientos y enemistades. Como Corporación El Perol he resuelto hacer eso. Hacer visible la cuentería desde otro ángulo. Hacer que los cuenteros que trabajan para El Perol sean figuras mediáticas. Siempre que vamos a una emisora nos dicen “¡un cuento!”, pero nadie se toma la molestia de hacer una crónica, o por lo menos investigar previamente quien es uno.

El objetivo es convertir en producto mediático el contar historias y hacer comedia. ¿Por qué los Comediantes de la Noche y cada uno de sus comediantes tienen tanto renombre? Porque aparecen en un canal nacional. Lastimosamente los artistas en Colombia ganan su nombre cuando aparecen en televisión. La gente pregunta, ¿dónde hay cuenteros? En la Loma o en la Colina de San Antonio. Porque son figuras visibles. Que si hay calidad o no, no soy quién para de-

cir. Yo velo por mi gente nomás. Y el objetivo es ese, que la gente que trabaje conmigo se vuelva figura, referencia, calidad. Para qué: para dignificar el oficio de contar historias. Porque hay cuenteros que han contado hace 20 mil años y no han evolucionado de contarles a los mismos diez amigos.

¿Qué va a pasar con un Cuentoluna o un Santa Palabra cuando estos locos salgan de ahí? ¿Qué pasó en la Santiago cuando Jorge Olaya dejó de dirigir el espacio de cuentería? ¿Pero por qué se da todo esto? Porque la cuentería en Cali no tiene un nombre. Ay, venga, venga llémenos este espacio. Eso es el cuentero, alguien que llena huecos de programación. No sé si pueda lograrlo y muera en el intento. Por lo menos daré la lucha. Más allá de las individualidades, cada uno está construyendo algo. Cada uno por su lado. Unos aportan, otros destruyen, pero todos hacen algo.

Mirada al presente

La Corporación El Perol ya no existe. Cambió de nombre (según Jonathan Lenis, por resolver problemas fiscales de su antiguo colectivo) y ahora esa misma empresa resurgió como La Fábrica Productora Cultural. No obstante, el grupo estudiantil El Perol se mantiene en Univalle. Su director ahora es un joven y entusiasta cuentero llamado Eduar Córdoba, oriundo de la población de Isnos, en el Huila, estudiante de Filosofía de Univalle, formado en la cantera de narradores orales de El Perol. Jonathan Lenis se dedica a preparar, con La Fábrica Productora Cultural, temporadas de cuentería, y trabaja por diferenciar estos espacios de los escenarios de comedia, que también manejan en varios puntos de Cali. En julio de 2012 fue distinguido por la Alcaldía de Cali con el Premio a la Caleñidad por su labor social a través de la palabra.

Jhon López ha trabajado en los eventos culturales a los que ha sido invitado. Junto con su compañero de escena y director de El Perol, Eduar Córdoba, ha realizado varios montajes que les han merecido buenas críticas e invitaciones para presentarse en diferentes países. También ha realizado actuaciones individuales muy buenas, dirigidas al público infantil, en el Centro Cultural de Cali, donde es recurrente que le llamen para que haga lo que sabe hacer. Ahora está trabajando con cuenteros de la talla de Eduardo Isaza y Whalner Jaramillo, el célebre 'Duende', de la Fundación Juglares, anteriormente Juglares del Próximo Milenio.

David Murillo está trabajando en el ahora llamado Encuentro Iberoamericano de Cuenteros, Unicuento, en su versión número quince, con la Fundación Huellas de Paz, la cual reactivó en Colombia luego de haber regresado de España. Julián Maya le dijo adiós a la antigua Corporación El Perol. Ahora tiene una empresa propia llamada Artilugio y está produciendo el festival que fundó 'Vení, contame, ve', en su natal Palmira. Raúl España, por su parte, está interesado en su formación académica. Acaba de graduarse como diseñador gráfico de la Universidad del Valle y está adelantando en esa misma institución, una Licenciatura en Artes Visuales.

Santa Palabra, Jhohann Castellanos y Cristian Fraga, están preparando el primer festival de narración oral organizado por ellos que se presentará en junio de 2012 y han dado apertura a otro espacio para realizar cuentería al aire libre, en un centro comercial al sur de la ciudad.

Leonardo Vargas trabaja en Sábados Felices como humorista, y en el montaje de su acto de comedia 'Estoy gordo y qué'. Continúa

en Cuentoluna y refiere sobre la relación con el colectivo Santa Palabra, que “no se puede tratar con ellos”. Están pensando convertir a Cuentoluna en fundación o corporación, “para entablar un diálogo serio con la Alcaldía”.

Jota está haciendo comedia y cuentería con sus compañeros y amigos, Vampi y Leo. Vampi participó en la producción del *reality* del Canal RCN ‘Colombia tiene talento’. Además dice estar empeñado en rescatar la narración oral de cuentos en los primeros diez años que está por cumplir Cuentoluna desde que se fundó allá en el barrio San Antonio. Y así, de estas diversas maneras, y cada uno a su modo, todos ellos coinciden en un deseo: esperan que para la narración oral en Cali se avencinen días mejores.

“Esto es cíclico”

Jota regresó de Argentina el 1 de enero de 2011, luego de cinco años de proscripción voluntaria. Al día siguiente contó en Cuentoluna. “Bienvenido a su casa”, le dijo Vampi. Lo primero que hizo el recién llegado tras pisar suelo caleño, fue ir a la Loma de la Cruz a fumar un cigarrillo Piel Roja. “Ni siquiera un pucho de marihuana, yo quería un Piel Roja”, recuerda en su momento Jota, quien al regresar al teatrino de San Antonio con la apariencia física trastocada por el tiempo y por su larga cabellera, hubo, increíblemente, gente que lo saludó y recordó sus historias.

Ahora, debido a la llegada del viejo compañero, en Cuentoluna tratan de reducir la duración de las historias para que los tres puedan contar en el tiempo debido. Sobre los roces que hay en el espacio que es compartido con Santa Palabra, Vampi refiere que “si no son ellos, somos nosotros”.

“Jhohann pelea con su doble moral y sus comentarios. Dice que está para otro público, que lo educan. Está bien. Pero que no critique a los otros. ‘Es que hay que ser ignorante para utilizar la vulgaridad’, pues ese es su estilo, hermano. Déjenos nuestro estilo quieto. Yo digo lo que voy a hacer. Si a alguien le molesta, pues dese la vuelta. Nadie está a la brava. Si a Jhohann le molesta, que se vaya. Jota y Leo cada vez que se reúnen para discutir temas de Cuentoluna, dicen que están ‘rabones’. Jhohann pega la puya y se va. De ahora en adelante vamos a hacer esto. Vamos a hacer respetar su nombre. ¿Cómo se hace respetar? La mejor manera: cuando Jhohann termina de contar, vamos a decir, “un fuerte aplauso para los excelentes narradores orales de la Universidad del Valle, Santa Palabra. Ahí el caballero queda uno. El que pelea es él”, explica Vampi.

—¿Qué piensa de Santa Palabra?

—Son los únicos contadores de historias de Cali. Tienen un estilo muy bacano. Los admiro. Hasta los envidio. Han construido buenos textos. Yo me siento y los gozo. Van muy bien; van por el camino de la narración que es. Lo único sería que dejen de creer que tienen la verdad absoluta. En nada lo hay. Yo me debo es al público normal, quien me paga.

—¿Qué piensa de El Perol?

—Organizacionalmente son muy buenos. Organizan muchas cosas en Cali a punta de cuento. Escénicamente no me gusta. Y menos ahora que quieren ser comediantes. Escénicamente son flojos. Les faltó explorar más cosas. Fueron los primeros en criticar la comedia y ahora ellos quieren hacer comedia. Jonathan Lenis hizo un favor y a la vez un perjuicio a los cuenteros: gracias a él se

perdió una etapa de la narración importante en su época, que fue la transmutación del cuento a la comedia. Crear cuentos urbanos con el realismo mágico y la ciudad. Eso se perdió en Cali. Jonathan Lenis hizo pura narración folclor del Pacífico; algo contrario, lo desechaba. No aceptaba ideas nuevas. Y de un momento a otro lo que Jonathan Lenis decía era la Ley en Cali. Esto es cuento, esto no. Y lo que hizo fue frenar un proceso en la ciudad. La narración va a llegar al mismo punto donde arrancó, donde unos poquitos van a contar historias. Todos se volverán comediantes. Como en España. Todos los cuentacuentos se volvieron comediantes y los cuentacuentos se quedaron ahí, poquitos. Hasta que se queme la comedia. El paso siguiente del *stand up comedy* serán los shows de improvisación. Soy realista. Y mi referente es lo que pasó en Europa... mejor dicho: esto es cíclico.

De vuelta al desalojo

Luego de la penumbra de aquel viernes 20 de enero de 2012, en el que los cuenteros Jhohann Castellanos y Cristian Fraga, del colectivo Santa Palabra, fueran desalojados del teatrino de San Antonio, llegaron desmoralizados a sus respectivos hogares pensando qué hacer para tratar de solucionar el incidente. La mañana de ese sábado 21 de enero de 2012, atravesada por un sol picante, había despuntado con el estremecimiento causado por el revuelo de una nefasta noticia para todos los que llegaban a tomar asiento en el escenario.

Hacía mucho tiempo (tal vez era la primera vez) que representantes de los tres colectivos que en Cali se dedican de manera constante a la práctica de la narración oral, estaban juntos en un mismo espacio geográfico. En una de las dos entradas del teatrino se podía ver a Jonathan Lenis acompañado de su esposa. Junto a él estaba Jota, y

hablando con ellos Cristian Fraga y Jhohann Castellanos, probablemente informándoles sobre el suceso de la detención de la noche pasada. Los circundantes, todos llenos de inquietud, fueron poblando las graderías y los alrededores del teatrino. Era una noche apacible en la ciudad. El cielo estaba despejado y la brisa era fresca y persistente.

Leyeron un comunicado de prensa escrito por ellos en el que explicaron lo sucedido la noche del viernes 20 de enero, y para alegría de los presentes, informaron que los cuenteros de la Colina no serían desalojados. El Secretario de Gobierno local lo corroboró a través de una llamada celular que fue amplificada a través del altavoz, y a su vez por el megáfono. De ahí todo fueron aplausos, felicitaciones, intervenciones de funcionarios públicos y, al final, cuentos. “Muchos no tendrán los diez mil pesos para ir a otras opciones de diversión como el cine o el teatro, pero esto es de todos”, decían Santa Palabra, Cuentoluna, Jonathan Lenis y Marco Mosquera, quien había regresado de su gira por Argentina. Los espectadores asintieron. La mala noticia de un posible desalojo, al parecer, y aunque fuera por un instante, unió a los cuenteros de esta ciudad llamada Santiago de Cali.